

EJERCITO



M A R S O N A

REVISTA ILUSTRADA DE LAS ARMAS Y

MINISTERIO DEL EJERCITO

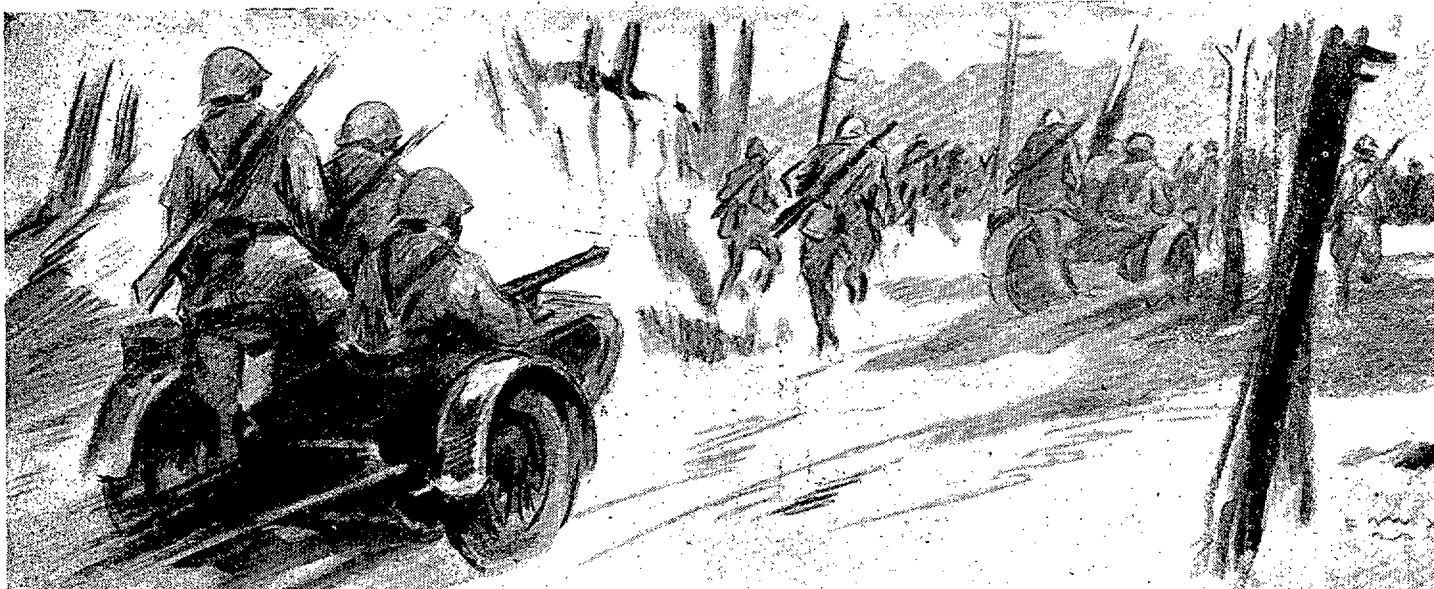
Ejército

REVISTA ILUSTRADA DE
LAS ARMAS Y SERVICIOS

NÚMERO 28 • MAYO 1942

Sumario

Unidades de Infantería moderna. Coronel Márquez.—**El momento actual de la Fortificación y Aviación.** General Latorre.—**Temas deportivos. Las marchas.** Comandante Cervera.—**Empleo de la Artillería. El Grupo.** Comandante Del Oso.—**Paracaidismo.** Comandante Sáenz Aranz.—**La Patria. La Educación del patriotismo.** Manuel García Morente.—**Capitanes y alféreces antañones.** Capitán García Rodríguez.—**El Servicio rojo de Información en la batalla de Brunete.** Teniente Coronel Mateo Marcos.—**Santa María de la Cabeza.** Capitán Suanzes.—**Bloqueo naval.** Capitán de Navío Díez de Rivera.—**Ideas, Reflexiones.—Información.**



FUE hace ya cuatro lustros, cuando, pudiendo recogerse algunas enseñanzas de la Gran Guerra, publiqué en el *Memorial de Infantería* un escrito con este mismo título, en que exponía las ideas que voy a desarrollar, que ni son caprichosas ni deseo sean de las que se lanzan para llenar un hueco y entretener al lector; son hijas de mi modesta aplicación a saber y comprender lo acontecido en aquella y en la actual lucha; de su examen y estudio soy un tan ferviente y entusiasta partidario, que los renglones que siguen no serán ni primor literario ni amena lectura, pero sí fiel reflejo de un gran entusiasmo y de un incansable anhelo de ser útil a mi querida Infantería, mi Arma sin par, la siempre decisiva y gloriosa.

Empezaré por señalar lo imprescindible y urgente que es disponer de los elementos de combate que la Infantería moderna usa para luchar; pero organizando las Unidades de modo que rindan la máxima eficacia en el uso de esos elementos; y demostrado esto, detallaré cómo estimo debe ser organizado un Batallón de Infantería, según mi pobre saber, pero leal entender. Nadie hay infalible, y no he de constituir yo una excepción; si en lo que propongo hay defectos, subsánense; mejórense los detalles, si es preciso; acóplese lo que falte, si algo falta; quítese lo que sobre, si sobraduras tuviese; pero si su esquema, su esencia, perdura, lo consideraré como una máxima ventaja. Que la idea, conocida y tenida en cuenta, sea discutida y perfeccionada por quien tenga mayores méritos y, finalmente, implantada, constituye el colmo de mis aspiraciones.

Que la guerra, dentro de su sangriento y perenne fin, cambia de modalidades, es tema que no admite discusión; y tal vez la más principal de las causas en cada cambio que se opera es el carácter científico que presentan los elementos de acción, tanto ofensivos como defensivos (aunque más intensamente los primeros), con transformaciones, en los últimos lustros, muy rápidas, que parecían haber alcanzado la meta en la llamada Gran Guerra. La transformación fué, a partir de entonces, tan honda y trascendental, que no puede dudarse se caracterizó como creadora de iniciativas y procedimientos de combate nuevos, y de nuevas orientaciones estratégicas. ¿Pueden unos y otras considerarse como lo último y lo mejor? Jamás puede asegurarse esto, pues equivaldría a imponer un alto definitivo en la marcha del Progreso.

Claramente salta a la vista la necesidad de no quedarse detenido ni un solo instante en el camino del avance científico e industrial, y de sacrificar cuantos medios sean precisos para marchar a la cabeza, so pena de ser un pueblo sin vida o inexistente. Esto, en cuanto a la parte material; pues en lo que afecta a la parte moral, se ha de dar una enorme importancia a la organización; por un lado, y a la formación espiritual del ciudadano, por otro.

No trato a fondo el asunto de la preparación física y moral del hombre, por ser ajeno al objeto de este trabajo; pero sí he de insistir en la importancia que encierra una perfecta y bien estudiada organización. Un distinguido jefe del Ejército belga, en un trabajo profesional escrito y publicado a raíz de la Gran Guerra, expuso magistralmente ideas tan pertinentes al caso y objeto de estos renglones, que no resisto a la tentación de darlas a conocer, sin variar ni una palabra ni una coma, ya que, de otro modo, perderían gran valor. Dijo así:

La Guerra Mundial enseña la necesidad de modificar la distribución y la composición de los Ejércitos y de las Unidades.

Las armas modernas son una necesidad imperiosa. Ahora bien: desde el principio de la contienda ha sido preciso aumentar constantemente la potencia del armamento. La fuerza de las circunstancias condujo a una especie de pugilato para aventajar la potencia del armamento de las tropas. Vemos ahora la composición actual de las Unidades, en notoria contradicción con la idea que presidió la primitiva organización. Sin embargo, ésta ha continuado siendo, con pocas diferencias, la misma que antes; no ha evolucionado suficientemente. De esta necesidad de medios diversos para contener al adversario o para forzar sus posiciones, resulta que las Unidades compuestas de una sola Arma están llamadas a perder importancia. El caso no es nuevo. Hemos conocido la División de Infantería unidad simple. Después, la Brigada de Infantería se hizo mixta. En esta Guerra Mundial, los Regimientos de Infantería y Caballería han sido aumentados con ametralladoras; la Compañía y Escuadrón las han recibido también. La Batalla de Champagne, en 1916, demostró en seguida la necesidad del cañón de batallón. De este modo, el Batallón, unidad táctica secundaria, está próximo a convertirse en unidad mixta principal.

No son las anteriores las únicas modificaciones que parecen próximas a implantarse. El combate exige que el soldado sea, a la vez, zapador, granadero, artificiero, etc. La pequeña duración de tiempo de servicio, ¿permitirá que dicha instrucción llegue a adquirirla suficientemente? Es razonable dudarlo, y la necesidad conducirá a especializar ciertos soldados en cada una de estas ramas peculiares de un oficio, y que sólo tengan nociones fundamentales de los demás.

Hay, pues, que prever el que sea necesario especializar soldados en las mismas condiciones que lo están los obreros; y como en las industrias, será necesario especializar no ya individuos, sino equipos. Volveremos, pues, así a las antiguas Compañías de soldados escogidos de los Batallones de antaño; Compañías de fusileros, granaderos, artificieros, etc., entrarán a formar parte de cada Batallón.

Estas agrupaciones no serán, pues, solamente Unidades mixtas; es decir, compuestas de Armas diferentes, sino que, aun dentro de cada Arma determinada, habrá unidades o agrupaciones cuya instrucción y cuyo armamento responderán a una necesidad peculiar de la guerra.

Será necesario organizar el Parque de Infantería. El material necesario para la construcción de atrincheramientos, abrigos, defensas accesorias, enmascaramientos, etc., debe formar parte integrante del material de la Infantería. Serán un elemento de su Parque. De este modo se realizará el principio de organización, tanto técnicamente como práctico, que exige la guerra moderna.

La reflexión y el estudio sobre lo ocurrido, y lo que está ocurriendo en las dos grandes contiendas europeas, modifica mi añejo criterio en algunos puntos, especialmente en uno sobre el que varias veces en escritos profesionales publicados en el *Memorial de Infantería* me declaré decidido adversario: me refiero a la adopción del fusil automático sustituyendo al de carga múltiple o reglamentario.

Yo encontraba dos inconvenientes, a los que entonces daba gran importancia, en la mencionada adopción; uno, el del municionamiento, pues este cambio nos alejaba, en vez de acercarnos, a la buscada solución del problema que plantea la rapidez de tiro conseguida con el arma de carga múltiple; y otro, la mayor dificultad de mantener la disciplina del fuego. Mucho se puede discutir acerca de ambas cuestiones; los razonamientos sustentadores de aquel mi criterio, en su esencia, no han perdido valor, pues el problema de muni-

Coronel de Infantería

ANTONIO MARQUEZ

UNIDADES DE



LA INFANTERIA MODERNA

cionamiento no sólo seguirá en pie, sino que se acrecienta; pero no son lo suficientemente fuertes para contrarrestar las grandes ventajas que reportaría el armar a todos los infantes con armas automáticas. La economía de tiempo, compensadora del mayor gasto de municiones para conseguir el objetivo; lo reglable del fuego en manos del Mando, el poder inundar de proyectiles una determinada zona de terreno y la mayor probabilidad, casi asegurada, de obtener la superioridad de fuego en un momento determinado, son elementos todos de tal trascendencia, que pesan más en mi ánimo que los inconvenientes citados; pues el del municionamiento cabe considerar como problema difícil, pero no insoluble, y resolverse forzando la producción y estudiando el transporte; y el segundo, deja de serlo si, contando con una buena organización, la instrucción de las tropas, y especialmente el mando de los escalones inferiores, es acertado y completo.

Estimo sería tarea innecesaria ocupar cuartillas tratando sobre el progresivo y triunfante avance del automatismo, pues todos somos convencidos y partidarios de él; pero si aún hubiese espíritus regresivos que no compartieran esta general opinión, tal vez modifiquen sus ideas y juicios si se toman la molestia de leer lo que voy a transcribir y que procede de un Reglamento oficial de una nación beligerante en la Gran Guerra, redactado posteriormente a ella y teniendo en cuenta sus enseñanzas. Dice así:

Las armas automáticas han logrado hacer específicas y absolutas las propiedades que saca la Infantería de la potencia de su fuego; asimismo, en los nuevos procedimientos de combate todo gravita alrededor de esta Arma, y la cuestión del municionamiento se ha convertido en preocupación de primera magnitud. La Compañía ha perdido la uniformidad; ella es siempre la unidad moral por excelencia, pero no se evalúa ya en fusiles; se dispone de un cierto número de armas de tiro automático, alrededor de cada una de las cuales se agrupa el efectivo necesario para desplazarla, servirla, municionarla y cubrirla.

Se me argüirá tal vez que esta transformación representa un gasto considerable para el Estado, y ello es cierto e indiscutible; pero yo pregunto: ¿No pondríamos todos los medios y haríamos incontables sacrificios para salir victoriosos? ¿No ansiaríamos alcanzar el triunfo lo más rápidamente posible? ¿No nos resultaría más caro y ruinoso el salir vencidos? Aun en el caso de no vernos empujados a entablar la lucha, el estar en inmejorables condiciones para ella nos hará ser respetados, y esto también es indiscutible que representaría una gran economía, no sólo metálica, sino de hombres aptos y necesarios para la próspera vida del país. Si el medio de acción más importante de la Infantería, reconocido por todos, es el fuego, ¿cabe regatear medios de cualquier clase que sean para intensificarlo y darle el mayor valor posible?

A España hace ya varios años que le fué propuesto por la Casa Grogstueck, de Berlín, la transformación del actual Mauser en fusil automático, sin perder su característica de arma de carga múltiple, operación realizable en breve plazo, y hasta creo que en nuestras propias fábricas; ignoro las causas por las que no fuese aceptada aquella propuesta; pero es de lamentar que (salvo las de una completa inutilidad del armamento) no fuesen despreciadas, atendiendo a lo grande del progreso, trascendencia de la mejora y a que siquiera en aquel entonces, y por una vez, no fuésemos los últimos, sino los primeros.

No insisto más sobre este punto; lo expuesto es más que suficiente para que queden convencidos todos los que no sean espíritus de contradicción, de que se impone la necesidad de armar al infante con un fusil automático, siempre que cumpla el modelo elegido, con la precisa condición de poder ser usado indistintamente como tal arma automática o de tiro a tiro. Sin embargo, he de añadir que en un porvenir tan cercano que pudiéramos decir presente, ha de desaparecer el actual fusil, sustituyéndolo por un arma más corta, de menos peso y de tiro más rápido, ya que la experiencia nos demuestra que los combates se resuelven a distancias muy inferiores a la del actual alcance del fusil reglamentario. Esta arma pudiera muy bien ser el fusil ametrallador, corto y de poco

peso, de cuyo modelo disponen los alemanes; y bien recientemente, en la invasión y conquista de la isla de Creta, se ha demostrado que una Infantería constituida en principio por unos paracaidistas, y posteriormente por refuerzos transportados en aviones, se han bastado para hacerse dueños de puntos estratégicos vitales, a base principalmente de este armamento indicado. Claro es que esas primeras conquistas fueron consolidadas por la Infantería divisionaria, dotada ya de elementos de mayor importancia y potencialidad de fuego, que se les agregaron en los desembarcos; pero ello no resta valor al argumento.

Sobre todos los elementos empleados en la Guerra Europea descuella, por su ininterrumpida e intensa aplicación, *la regadera del diablo*, nombre con que bautizaron los japoneses a la ametralladora, haciendo un verdadero derroche de fuego y viéndola en todas partes funcionando, lo mismo en la acción de maniobra, que en la guerra de zapa y líneas estabilizadas, en las retiradas, en las columnas de asalto, en los tanques, en las motocicletas, en los aviones, etc. Idea más completa de su importancia nos la da la comparación de unas cifras: al empezar la guerra ruso-japonesa, uno de los adversarios (Rusia) poseía 24 máquinas Maxim; al terminar la Guerra Europea, solamente Francia disponía y utilizaba más de 30.000. La diferencia de estas cifras nos dice clara y concretamente que la marcha de la ametralladora ha sido ascendente, rápida y definitivamente triunfal y victoriosa.

Se la tuvo al principio como elemento exclusivamente defensivo; pero la realidad se impuso e hizo sufrir un cambio radical de criterio, hasta hoy, en que no hay argumentos capaces (a no ser ficticios) de contrariar la afirmación de que es ofensiva por excelencia, y en gran escala, aunque sin exclusión de su utilísimo y acertado empleo con éxito en la defensiva, ya maniobrera, ya de posición.

¿Será necesario exponer razonamientos y alegatos para hacer patente la necesidad y conveniencia de aumentar las Unidades de Ametralladoras? No; pues la realidad, superando a cuanto se esperaba de ellas, es más elocuente que cuanto pudiera escribirse en su favor, y que sólo produciría molestias al lector, sin finalidad alguna provechosa. La cotización del valor de estos elementos era la más elevada cuando comenzó la Guerra Europea; al terminar ésta, llegó a límites insospechados; y actualmente no se puede, en la actual contienda, formar un juicio concreto; pero es de esperar se haya llegado a resultados que nos parezcan insuperables. Lord Northcliffe dijo: "Todo el éxito obtenido por las tropas francesas en Verdun, se debe a las ametralladoras." No cabe mejor elogio de la triunfante actuación de estos elementos en la primera Gran Guerra.

Las granadas de mano. Prescindiendo de la idea que de ellas se tuvo en el siglo XVI, cuando aparecieron y se utilizaron por primera vez, aunque no tan perfectas como las actuales, y prescindiendo también de la que merecieron en el siglo XVIII, en la guerra de Crimea, y campaña del 70, y refiriéndome a la época de su postrer resurgimiento y paulatino desenvolvimiento (guerras balcánicas, ruso-japonesa, Gran Guerra y nuestra Gloriosa Guerra de Liberación), el concepto de su aplicación en el campo de batalla se limitaba a casos especiales, eventuales y siempre defensivos; y de utilizarse como excepción, en el asalto a posiciones, valiéndose de unidades especiales e independientes de las fusileras. Hoy, ese concepto es mucho más amplio.

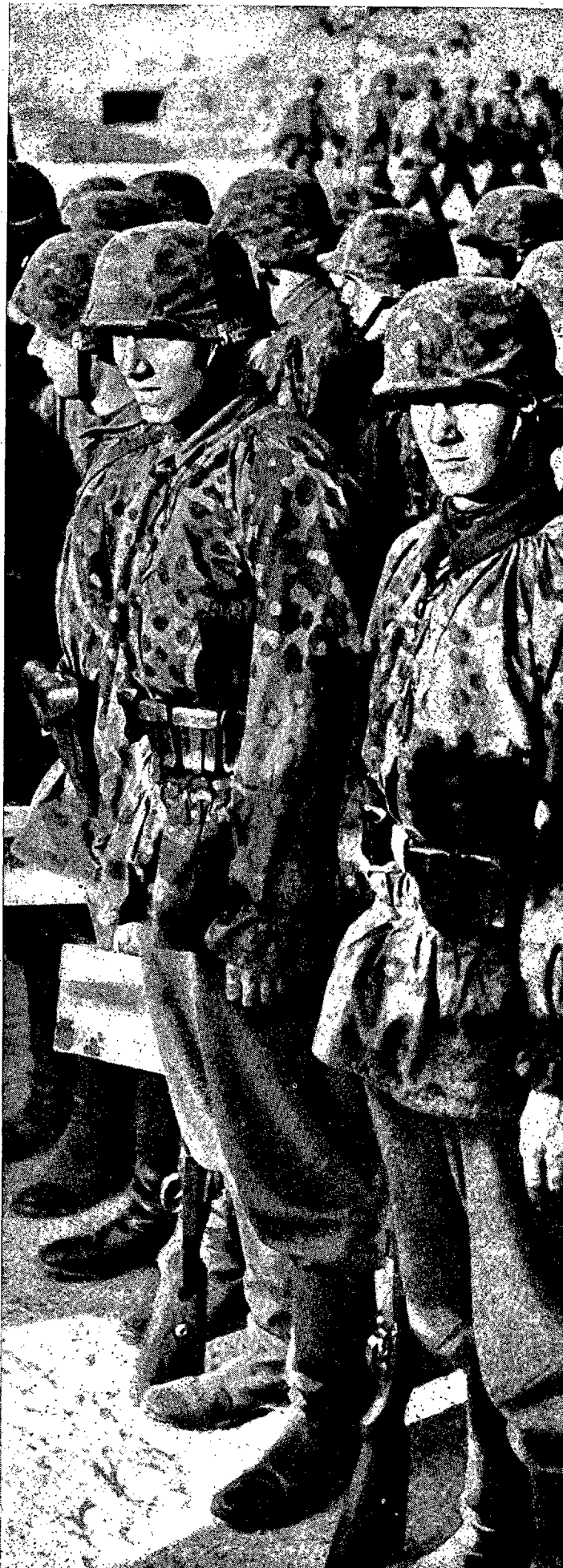
Es evidente que hay ocasiones en la lucha en que, bien por la clase del terreno, bien por encontrarse el enemigo perfectamente atrincherado, se hace casi ineficaz el uso del fusil, y entonces tiene la palabra la granada, de grandes efectos morales y materiales para ese momento cercano al cuerpo a cuerpo. Ahora bien: son muchos los partidarios de que todo fusilero debe ser granadero, y exponen como razón decisiva el inconveniente de que, de no ser así, sería precisa la creación de grupos especialistas que a largas distancias resulta-

rían elementos inactivos, y cuya misión, reducida al momento preparatorio del asalto, exigiría muchos hombres portadores de municiones, toda vez que gran parte de su éxito depende del número de las que se arrojen en el menor tiempo posible. Otros, por el contrario, son acérrimos partidarios de la sección especial (la llamada *nettoyeur* por los franceses), sin otra finalidad ni armamento que el de su peculiar cometido, argumentando que en el efecto de este elemento destructor influye decisivamente la destreza (sin olvidar el valor personal), y hay que buscarla a todo trance y primordialmente a cualquier otra consideración. A mi juicio, y presente en él el axioma de que los extremos son viciosos, considero como solución el disponer de núcleos que, provistos de un arma automática, corta y de poco peso, estén adiestrados preferentemente en el lanzamiento de granadas de mano; y siendo portadores del mayor número posible de ellas, sean los encargados de realizar las misiones especiales que se les confíe, pudiendo rendir servicios como fusileros cuando el mando estime conveniente su aplicación en este concepto; pero todo ello sin exclusión de la enseñanza de lanzamiento a la masa general. En una palabra: todo infante debe ser granadero; pero los más aptos y aventajados, constituir en la Compañía un grupo de granaderos de asalto.

Estos elementos deben considerarse como ayuda resolutive del combate y los adecuados para desalojar a un enemigo aferrado a los modernos atrincheramientos, para impedir el arribo de olas asaltantes a una posición y para audaces golpes de mano. Su uso en la Gran Guerra fué frecuentísimo, como lo prueba el hecho siguiente: en Maissons de Champagne, 48 granaderos lanzaron en tres horas 10.000 granadas, precisando el concurso de 4 secciones de fusileros dedicados a municionarles. Otros hechos podría citar de nuestra Gloriosa Guerra de Liberación; pero son tan conocidos y tan elocuentes sus resultados, que considero inútil citarlos siquiera someramente. Sólo un dato basta: ha habido División que en un determinado período de tiempo combativo ha consumido enorme cantidad de granadas de mano, y una pequeñísima de municiones de fusil.

Por consiguiente, sin considerar a este elemento como pancea ofensivo-defensiva, ni mucho menos como sustitutivo del armamento del infante, pues no ha faltado quien haya supuesto pudiera esto ocurrir, hay que considerarlo desde el punto de vista de su relativa importancia y estudiar una orientación sana y fija en su aplicación.

Son muchas las ocasiones en que hay que bñtir con tiro indirecto las ametralladoras, los escudos o pantallas, los puestos de observación cementados, los blindajes verticales o las bocas de fuego que sobresalgan del parapeto enemigo; y para conseguirlo, la Infantería debe contar con sus cañones, utilizados con este fin en el ataque y en las posiciones defensivas para contrarrestar los efectos de los contrarios. Grande fué la variedad de los construidos durante la Gran Guerra; pero la experiencia señala dos tipos, caracterizados por su distinto mecanismo y empleo táctico: el cañón de Infantería ofensivo y el de trinchera o defensivo. Del primero existe el modelo tipo alemán, que es, en pequeño, un cañón de campaña de tiro rápido con afustes de rastra mecánica y susceptible de acoplarle unas ruedas para facilitar su transporte rodado. Tiene 75 cm. de largo, calibre 37 mm., 65 kgs. de peso y lanza un proyectil perforante rompedor con espoleta de percusión de 15 cm. de largo. Es de corto alcance, 300 a 600 m., gran precisión y con aparato de puntería en dirección y alcance muy eficaz, y construido para un rápido y fácil manejo. También es tipo apreciable el cañón francés igual al famoso de 75, reducido y de más pequeñas proporciones, pero sin faltarle detalle, incluso el de retroceso sobre el montaje. Este tiene mayor alcance, 1.500 m., con velocidad de tiro de 35 disparos por minuto, proyectil de 36 cm. de largo cargado con alto explosivo, y desarmado es fácilmente transportable por seis hombres, aunque sólo necesita dos para su servicio. De la importancia que se dió al cañón en la Gran Guerra tenemos como muestra la creación de



Escuelas Especiales, como la inglesa de Bryas y la francesa de Bondy, para la más perfecta instrucción con estos elementos de combate.

Del segundo tipo, o cañón de posición, considero como mejor el modelo neumático, cuya característica es la carencia absoluta de ruidos de explosión para que el atacante no pueda centrar sus fuegos sobre esta boca, que tiene enormes efectos, hijos de la gran cantidad y calidad del explosivo que arrojan. Presenta la ventaja de no precisar espesor las paredes del cañón, lanzando hasta 100 kgs. de carga explosiva sin necesidad de la de proyección, y además es sencillo y de poco coste. Existen los modelos Holloway, Boileau y De Madis, siendo este último muy original por verificarse la salida del proyectil automáticamente cuando la presión del aire tiene determinada potencia, lo que permite, sin rectificación de puntería en alcance, enviar todos los proyectiles que se quiera al punto donde se haya dirigido el primero. Durante la proyección, por medio de una válvula regulable a voluntad, a mano o automáticamente, se modifica la puntería en altura y el ángulo de caída. El aire comprimido está en depósitos de acero que cargan los soldados con bombas neumáticas. El mecanismo es curiosísimo.

Moderno elemento de combate, que va adquiriendo importancia de día en día, es el tanque; hasta el punto de constituir, por hoy, uno de los enemigos más peligrosos para la Infantería en el combate. Mucho se ha hablado y discutido respecto a cómo debemos defendernos de este elemento; y si bien el arrojado individual en muchísimos casos ha producido efectos verdaderamente sorprendentes, en un estudio técnico tenemos que considerar que ese valor individual debe ser complementado con un arma que contrarreste los efectos ofensivos del tanque. Esta arma no hay que inventarla; existe, y con éxito en su aplicación, y es el cañón antitanque. Ninguna Infantería bien organizada puede prescindir de este elemento, y hay que dotarla de él de modo ponderantemente proporcional, para que pueda en todo momento contrarrestar un ataque de esos carros, combinando su uso con los elementos tácticos y dotes de mando de la unidad que los utilice. No hablo ni cito modelos, pues los que actualmente existen responden perfectamente, hoy por hoy, a la misión que tienen confiada, esperando no pase mucho tiempo sin que estos modelos actuales se perfeccionen con un mayor rendimiento en eficacia y velocidad.

Una nueva Arma, que hoy constituye un nuevo ejército; ha aparecido en estos modernos tiempos, con una potencia y una eficacia que hace pocos años eran insospechadas; me refiero al Arma aérea. De sus distintos modos de actuar y de los rendimientos que está proporcionando, y que hay que calcular serán mayores en el porvenir, no cabe dudar; y es indiscutible que a cada elemento nuevo ofensivo hay que oponer otros que contrarresten sus efectos.

La Infantería, tanto en marcha como en combate, o en estacionamiento, puede ser duramente castigada por una Aviación decidida; y además, quedaría a merced de sus efectos si no contara con elementos que anulen o, por lo menos, disminuyan los efectos verdaderamente terribles de los bombardeos aéreos, efectos que no son sólo materiales, sino de índole moral, por lo cual se necesita una tropa perfectamente serena y disciplinada al mando, cualidades éstas que podrían conseguirse no sólo con una elevada instrucción, sino con el convencimiento de que tiene en su poder elementos para contrarrestar esos efectos de la Aviación. Decir más sería inútil si ello condujera a constituir argumento respecto a la necesidad de dotar a la Infantería de armas antiaéreas en número y cantidad suficiente y proporcional al frente posible de combate de la unidad a que estén afectos. Se impone, pues, el que la moderna unidad de Infantería esté dotada de cañones antiaéreos fácilmente transportables, de gran movilidad y con personal especializado en su manejo y con grandes prácticas en tiempo de paz que auguren una eficacia de su fuego con rendimiento provechoso.

Durante la Gran Guerra se han utilizado aparatos destinados a lanzar materias explosivas o incendiarias, debido este uso al deseo que hubo por parte de cada beligerante de sobrepasar al contrario en potencia destructora; los cuales, sin desvirtuar (por imposible) la importancia de La Valerosa, sino, por el contrario, acrecentándola, introdujeron muchos elementos que podrán ser utilizados circunstancialmente, pero que estimo no merecen el ser considerados en su totalidad como de carácter orgánico permanente. Tales son los lanzagranadas, lanzaminas, lanzacargas, lanzabombas y creo que pudiera agregarse el *lanzalotodo*, aparatos que muchas veces se confunden unos con otros aun entre los profesionales, siendo lógico que así suceda, puesto que no obstante existir perfecta separación entre los artefactos a que corresponde cada apelativo, ya por su mecanismo y calibre, ya por sus efectos balísticos, tienen todos ellos una cosa que los une: su finalidad táctica, sólo diferenciable en detalles de poca monta.

Descuella entre estos aparatos lanzadores el mortero en sus varios calibres, cuyos resultados han sido tan excelentes que han hecho considerarlo como elemento necesario a la Unidad de Infantería. Necesita, pues, la moderna Unidad de Infantería, estar dotada de esta arma, organizándola en sección especial y siempre a disposición del mando, que es el que ha de sopesar el momento, emplazamiento e intensidad de su actuación. Estimo como mejor modelo el que actualmente poseemos, de calibre 81 mm.

Un elemento que, aunque restringido en su uso por acuerdos internacionales, no sería extraño que en algún momento actuase con insospechadas modalidades, es el de los gases varios comprendidos con el común adjetivo de asfixiantes, cuyos efectos, cuando aparecieron por primera vez, fueron no sólo inesperados, sino desconcertantes; impresión que duró hasta que los químicos, al estudiarlos, vieron el análisis de su composición y, consecuentemente, no sólo con el medio de prevenirse de sus efectos, sino el procedimiento de fabri-



cación para responder al enemigo, buscando el debido equilibrio de medios ofensivo-defensivos.

En aquel entonces, en España la noticia nos causó sorpresa, indebida e imperdonable sorpresa, puesto que a Daza, con su "toxpiro", debe considerársele como el primer iniciador de ellos; y su idea, desarrollada y perfeccionada, dió a otro país las primicias de un fruto cuyo árbol nosotros plantamos. Otro tanto nos ocurrió con los submarinos; pero esto es tan español, que dejaríamos de serlo si obrásemos de otra manera. La duda de nuestros propios valimientos ha sido, es y creo será, un defecto del que difícilmente nos desprenderemos.

Si estos gases asfixiantes entrasen en las normas de la ley de la guerra entre pueblos civilizados, su uso resultaría no sólo temible por su constante perfeccionamiento, sino antihumano, pues entonces se convertirían en realidad unas utópicas ideas del General ruso Skugarewski, que decía: "Grandes flotillas aéreas, provistas de aparatos lanzagases, convertirán instantáneamente en desiertos sin vestigios de vida animal ni vegetal, enormes zonas de terreno." En una palabra: se llegaría al aniquilamiento sin freno; y esto, habremos de convenir que desvirtuaría y sobrepasaría el concepto de la guerra; tal y como ha sido tenido hasta hoy.

No voy, pues, a ahondar en esta materia, señalando características de gases mortíferos o mortificantes; y sólo he de indicar que en la moderna Unidad podría existir una unidad especial dedicada al lanzamiento de humos (no de gases), para establecer en determinados momentos cortinas que oculten los movimientos propios. Esta unidad especializada podría estar también instruida en la desimpregnación de terrenos, y serviría como modelo para el resto de las fuerzas de la Unidad en lo que afecta al rápido y perfecto uso de la careta antigás. Real y verdaderamente, si incluyo esta unidad especializada en la organización, no lo hago con un íntimo convencimiento de gran necesidad, sino como un avance de lo

que pudiéramos llamar más moderna organización, puesto que las columnas de humo debe constituir las la artillería de largo alcance, como nos lo demostró el paso de los austríacos del Piave, cuyo curso envolvieron de densa niebla en una zona de dos kilómetros de extensión por 20 m. de altura, formando una pantalla que fué la decisiva colaboradora del éxito de la concepción estratégica y operación táctica que les valió el triunfo.

Aunque soy decidido partidario de la guerra de movimiento, pues estimo que en ella, en la voluntad de vencer y en la sorpresa existen el máximo de probabilidades de éxito, no puedo negar que en muchas ocasiones el soldado de Infantería se tenga que ver obligado a resguardarse por lo menos de las vistas, y también del fuego del contrario; y si el terreno no presenta accidentes para ello, se precisa que ese soldado sea en pequeña escala zapador; y el útil de mango corto como parte de su equipo individual, se impone. Pero no basta esto, pues los incidentes de la lucha obligarán en muchas ocasiones, ya porque la acción táctica del enemigo o su fuego lo imponga, ya porque la propia conveniencia lo aconseje, a una relativa estabilización; y para atender debidamente a esta contingencia,

debería existir un grupo que por su instrucción, constante práctica y adecuado material, responda a llenarla cumplidamente y con gran rapidez.

El trazado de las obras, el manejo y pronta colocación de defensas accesorias, el aprovechamiento de elementos circunstanciales para unas y otras, la construcción de abrigos, de puestos de escucha y observación, el enmascaramiento, etc., son trabajos que requieren práctica y destreza no improvisables, y que no en todos los casos podrán hacer las tropas de Ingenieros, por lo que considero indispensable que pueda ejecutarlo la propia Infantería, dentro de los límites marcados por las necesidades de la unidad batallón.

Respecto al útil de mango corto, deberá buscarse un modelo de poquísimo peso, para que no aumente el del total equipo, restándole movilidad a las tropas, o bien que en conjunto sean porteados en un vehículo apropiado.

La iluminación del campo enemigo durante la noche para observar sus movimientos y trabajos de aporche, y la del propio para evitar sorpresas en una guerra de estabilización, se hace especialmente con proyectores, utilísimos aparatos de cuyo manejo está encargado el Cuerpo de Ingenieros; pero cuando esa estabilización es extrema-





damente fugaz, o no se dispone de ese material, o sus servicios no pueden alcanzar a todos los puntos de un extenso frente de combate, hay que echar mano de otros elementos manejables por la Infantería y que, por lo tanto, debe ésta conocer, saber aplicar y estar dotada de ellos. Algo voy a decir de los mismos, puesto que elementos de acción son, aunque ni sean exclusivos del infante, ni podamos considerarlos como arma ofensiva ni defensiva, sino sencillamente como un servicio o un medio más de la acción. Estos elementos son las pistolas, cohetes y bombas de iluminación.

Las pistolas son armas cortas de retrocarga con cartuchos de proyectil ígneo; éste alcanza una altura de 150 m., produciendo coloraciones varias a voluntad, por lo cual puede rendir, el doble servicio de iluminación y de señales, según la clase de cartuchos que se utilicen y de luz blanca o de color; sus proyectiles forman en el espacio una estela luminosa que esparce gran claridad en una extensión de unos 200 m. durante medio minuto. Para vigilancia de defensas accesorias y facilitar el combate de noche, son muy convenientes.

Los cohetes de iluminación fueron muy usados en la Gran Guerra, y es innecesario dar idea de cómo son, pues la vista de los lanzados en los fuegos de artificio en los festejos populares la dan bien completa. Presentan la ventaja de no necesitar aparatos de ninguna especie para su lanzamiento, y los inconvenientes de ser su duración muy corta, pues está circunscrita al tiempo que tarda en descender; y además, la de que no da seguridad en la dirección a que quiere enviarle el que los emplea. Valiéndose de los morteros de trinchera y de los cañones de Infantería, pueden también lanzarse unas bombas especiales, que al llegar a cierta altura, dependiente de la intensidad de la carga de proyección y de la puntería en alcance, producen una luz muy intensa que ilumina una gran extensión de terreno. Iluminación que puede hacerse casi ininterrumpida por medio de lanzamientos sucesivos y combinados. Aún puede mejorarse este funcionamiento exigiendo menos frecuencia en los disparos y utilizando bombas que pueden permanecer en el aire más de cuatro minutos por medio de un paracaídas que hace extremadamente lento el descenso del proyectil iluminante.

En Francia vi disparar con éxito, por estos cañones, un proyectil de forma esférica y peso de 750 gramos, que tiene un alcance de 200 metros con altura de otros 200, y llegaba a tener una velocidad de tiro de 10 disparos por minuto; velocidad máxima a la que no habrá necesidad nunca de recurrir, puesto que la sustancia luminosa de que se compone

la granada, y que es muy potente, permanece suspendida en el aire más de tres minutos.

Considero, pues, conveniente el uso de estos elementos, por su gran utilidad en múltiples ocasiones. Formando parte de este grupo, y con objetivos destructores de obras propias o, más generalmente, de las del enemigo, debe contarse con personal especializado en el uso y manejo de explosivos, colocación y destrucción de minas terrestres, etc.

Estimo absolutamente necesario preconizar como uno de los factores para que el éxito acompañe a toda acción estratégica o táctica, la existencia de buenos enlaces y transmisiones entre las unidades, cualquiera que sea la importancia numérica de éstas, que persigan un determinado objetivo. Todos los reglamentos propios y extraños así lo reconocen; y al concederle esta importancia, hay que hacerla prácticamente efectiva mediante una constante y bien orientada instrucción del personal especializado y del material conveniente a su actuación, como radios, teléfonos, bicicletas, banderas, silbatos, etc.; etc. La transmisión de órdenes ha de ser siempre rápida; el mutuo auxilio, siempre oportuno; la relación entre mandos superiores y subalternos, segura y constante, y todo esto facilitará grandemente el armonioso y buen resultado del conjunto. Actualmente se verifica un curso cuyas enseñanzas han de difundirse en los Cuerpos.

Bien recientes están otros cursos que se han dado sobre información y observación, a los que han asistido personal de todos los Cuerpos del Arma, que han recogido enseñanzas básicas muy interesantes, enseñanzas que se han difundido entre los Oficiales y Suboficiales y que están plasmadas en la organización de este servicio en cada unidad de Infantería.

Todos, pues, conocen con gran detalle lo referente a esta materia, de la que prácticamente quedó demostrada su importancia en nuestra Guerra de Liberación, pues el Servicio de Información existente en las filas Nacionales, avalorado con el que se montó dentro del campo enemigo, y que con verdadero heroísmo, en muchos casos, fué realizado por lo que los marxistas llamaban "quinta columna", relevan de insistir en esta materia, si bien no he de silenciar el que por los pocos datos concretos que me han podido llegar de la actual campaña, deduzco que muchos de los éxitos, tanto estratégicos como tácticos, que estamos presenciando, deben una gran parte de su feliz resultado a la magnífica organi-

zación de ese Servicio de Información y Observación, que no puede limitarse ni a un sector determinado ni a uno de los ejércitos (Tierra, Mar y Aire), sino que ha de ser resultado, primero, de sabia combinación; y después, fruto ofrecido por un organismo central que se ocupe exclusivamente de cuanto a este asunto se refiera.

Estos servicios se inician sin solución de continuidad en las épocas de paz, y se intensifican, acentúan y completan en tiempo de guerra, sirviendo en la mayoría de los casos los obtenidos durante la lucha como colofones o suplementos de los existentes con anterioridad a ella.

Al transcribir un párrafo de un distinguido jefe del Ejército belga, se hacía referencia a la necesidad de que la Unidad de Infantería organice y disponga de su Parque, que deberá estar constituido por una o dos máquinas de guerra de cada clase en concepto de repuesto, un 10 por 100 de armamentos portátiles, útiles de zapador, material para defensas accesorias y abrigos, explosivos, elementos de iluminación, material para enmascaramiento, municiones para todas sus clases de armas (sin perjuicio de su dotación anual), piezas de repuesto y, en general, de todo el material de guerra que se considere necesario, a fin de que todas las partes constitutivas del conjunto puedan practicar y realizar perfectamente sus fines y reponer sus medios de acción.

Con fines económicos para el Estado, las plantillas de personal de tropa de la Unidad Batallón, que propongo a continuación, sería conveniente dividirla (en lo que afecta al servicio) en dos períodos: uno, de actividad, y otro, de reposo. La duración de uno y otro la señalaría anualmente la Superioridad; pero estimo que si ha de cumplir bien su misión el Arma cuando se le pida, el primer período no deberá ser nunca menor de seis meses, y tanto mayor cuanto los recursos del erario público lo permitan.

La plantilla de Clases, así como la de cornetas, músicos, conductores de ganado y la Compañía, inactiva en su mayor parte, por razones que a nadie escapan, deberá ser la misma en ambos períodos.

Y sentados los razonamientos base de la moderna Unidad de Infantería, podemos señalar un esquema de su plantilla, que a mi juicio deberá ser la siguiente: Un Teniente Coronel, jefe de la Unidad; un Comandante, jefe de las Compañías de fusiles; otro jefe de las Unidades de Ametralladoras; otro jefe de las Unidades Especiales y del Parque de Batallón; otro Mayor, jefe del Detall; un Capitán Ayudante, otro Cajero, otro Auxiliar y Almacén; Médico, Capellán, Músico

mayor; un Teniente Secretario, otro Auxiliar del Parque; tres armeros; dos herradores, etc., etc.

- 1.ª C. F. (Compañía de Fusiles)
 - 2.ª C. F. (Compañía de Fusiles)
- } Con tres Secciones de hombres armados con fusil automático.

Con un efectivo cada una de 90 hombres, de los cuales 15 por Compañía estarán equipados e instruidos especialmente como granaderos.

- 1.ª C. A. (Compañía de Ametralladoras)
 - 2.ª C. A. (Compañía de Ametralladoras)
- } Con tres Secciones de seis máquinas cada una; dos de las tres secciones, con máquinas antiáreas modelo Oerlikon.

Con un efectivo de 95 hombres cada una, y el ganado correspondiente.

- 1.ª C. E. (Compañía Especial)
- } Con tres Secciones de 30 hombres cada una.
- 1.ª Sección, con 6 antitanques.
 - 2.ª Sección, con 6 antiáreas.
 - 3.ª Sección, con 6 morteros de 81.

- 2.ª C. E. (Compañía Especial)
- } Con tres Secciones de 30 hombres cada una.
- 1.ª Sección, con 3 cañones de Infantería.
 - 2.ª Sección, de zapadores y enmascaramiento.
 - 3.ª Sección, de explosivos e iluminación.

- C. M. (Compañía de Mando)
- } Con tres Secciones de 30 hombres cada una.
- 1.ª Sección, de información y observación.
 - 2.ª Sección, de enlaces y transmisiones.
 - 3.ª Sección, de desimpregnación, antigás y humos.

C. I. (Compañía Inactiva), 160 hombres. (Servicios de Parques, Oficinas, asistentes, ordenanzas, músicos, tambores, cornetas, gastadores, rancheros, barberos, zapateros, carpinteros, electricistas, albañiles, etc., etc.; o sea, todos los destinos que pueden cubrir en gran parte los declarados para servicios auxiliares.) El total para el Batallón resulta de unos 800 hombres.

No se me oculta la posibilidad de que en este trabajo existan errores. Corrijanse por quien pueda y deba; y si así, ya pulido, se convierte en realidad, este modesto infante se sentirá satisfecho.



Roberto Montoya

General LATORRE ROCA

El momento actual de la Fortificación y Aviación



EN una revista internacional de fama mundial, un ilustre general francés finalizaba uno de sus artículos sobre *Nos fortifications du Nord-Est* con esta frase decisiva: *Assez de béton! Elargissez les ailes!* Y ya antes había escrito: *Le béton suscite les ailes.* Todo esto se escribía allá por las postrimerías del año 1934, cuando la línea Maginot estaba ya a punto. Por cierto, y a propósito de dicha línea, se escribía: "... detrás de esta barrera, Francia, ya más segura, se pregunta qué ocurriría ante una nueva agresión, y hace presente que los ataques se encontrarían en presencia de un dilema: romper o envolver; al ataque frontal el Ejército sabe qué oponer; el envolvimiento, la diplomacia sabe cómo pararlo. Queda otra solución, el *rebondissement* de la batalla en los aires, y he aquí la obra de hoy día; sin duda es inquietante; pero ¿se ha medido la importancia del coeficiente que la fortificación atribuye a la potencia aérea? Momento vendrá — está muy próximo — en que convendría concentrar sobre las fuerzas aéreas los mayores esfuerzos de la defensa nacional."

A consecuencia de los famosos artículos del general von Seckt sobre la ruptura frontal por sorpresa, Francia refuerza su vigilancia en la reciente línea fortificada, y desecha esa hipótesis, como ya antes había desechado también otra: la del ataque metódico en regla. En su vista, y conjugando la estrategia con la política, va a otra nueva hipótesis, la del envolvimiento, por el norte o por el sur: Bélgica o Suiza. El primero lo descarta, porque se dice que el plan Schlieffen, potente ala derecha, concitó muchos descontentos, y además, porque hoy día — finales de 1934 — Bélgica cuenta con un buen Ejército y se afirma en su voluntad de resistir construyendo fortificaciones importantes. "La invasión — afirman los franceses — no se beneficiaría ya de las facilidades del año 1914, porque la mayoría de las cosas se encuentran peligrosamente cambiadas para el invasor; pero, además, Inglaterra no consentiría se atacase a Bélgica sin intervenir; ahí está el tratado de Locarno... y ahí está la frase lapidaria de M. Stanley Baldwin: "Nuestra frontera está en el Rhin", al dar a la Aviación la importancia debida."

En el binomio estrategia-política se ha llegado a establecer que si Francia puso en su frontera nordeste esa barrera infranqueable de la línea Maginot, ha sido con el designio maquiavélico de obligar a Inglaterra y Bél-

gica a intervenir al lado de Francia, al forzar a Alemania a invadir Bélgica; más influencia de la política sobre la estrategia, no cabe.

Pero volviendo de nuevo a nuestro primero y principal objetivo, diremos que la Aviación, por sí sola, ni rompe ni envuelve las líneas fortificadas, en términos generales; pero las salta o franquea (1), y es el momento precisamente en que el Ejército del aire entra en línea. ¿Hay que aumentar los créditos presupuestarios referentes a Defensa Nacional, o hay que efectuar una nueva repartición proporcional de los existentes? En todo caso, serán los recursos económicos de la nación los que decidan, y es casi seguro que la decisión consistiría en encontrar una tercera proporcional; lo cual, en ciertas naciones, encontraría serias dificultades, porque nadie querría ceder sus posiciones.

Las ideas apuntadas anteriormente, un poco en forma de mesa revuelta, eran las que Generales y personalidades francesas exponían en sus Revistas en forma de profecías, y una vez más la realidad ha demostrado que "nadie es profeta en su tierra". ¡Qué contorsiones han sufrido ciertas seguridades y afirmaciones!

Ahora bien: un hecho innegable existe, y éste es que, al romperse las hostilidades en septiembre de 1939, contra la línea Maginot, no se intentó la ruptura estratégica. Se argüirá que convenía resolver antes el problema del Este, evitando la lucha en dos frentes; pero en la primavera de 1940 — resuelto el problema del Este, más por la política que por la estrategia —, se prefiere atravesar Holanda y Bélgica, con los inconvenientes políticos y militares, sobre todo los primeros, que la operación lleva consigo, y únicamente cuando la moral del Ejército francés está del todo deshecha y la línea Maginot rebasada, ésta se rompe cuando ya no es más que un cuerpo sin alma. Sin embargo, la historia dirá en su día, al estudiar la guerra en su totalidad, en qué forma contribuyó a la victoria o derrota, el forzamiento de Holanda y Bélgica, en lugar de enfrentarse directamente con el obstáculo.

Otro factor que no podemos pasar por alto para nuestro objeto, es el ataque y toma del fuerte belga de Eben-Emael. No es éste el momento de detallar los incidentes de la operación, de todos conocidos; de si hubo o no defensa móvil, en lugar de sumergirse en las obras; de si actuaron o no los fuegos de flanco; de si fueron 60 ó 70 hombres los que, en realidad, llevaron a buen término la operación; de si los cementos eran o no de pésima calidad, etc. Lo que es de preguntar es si, invirtiendo los términos, es decir, convirtiéndose los ofensores en defensores, la operación se hubiese desarrollado en forma análoga.

La línea Metaxas se rompió; pero entretuvo lo suficiente para que en otros teatros de la guerra las cosas se pusiesen lo más a punto posible, y si de la línea griega pasamos a la de Stalin, nadie negará, si no hay pasión en sus juicios, que en el momento actual del frente oriental ha influido grandemente dicha línea fortificada, que se rompió también, pero después de cumplir plenamente su misión, disminuir la velocidad y capacidad de penetración del contrario.

En nuestra modesta opinión, en la campaña actual, como en todas, la fortificación ha cumplido su misión, porque ha obligado, en unos casos, a crear un problema político de retaguardia superior al estratégico que se creyó resolver, o ha dado tiempo a prepararse en otros teatros

(1) El 3.º flanco, el espacio aéreo.

de la guerra, o ha contenido hasta que la situación estratégica creada, a consecuencia del retardo subsiguiente, mejoró notablemente.

Quiero pasar por alto las fortificaciones costeras, objeto de otro artículo, las cuales también han cumplido su misión (sin sus cañones de costa no se concibe la base naval, y sin ésta, las Escuadras; y ejemplos típicos los tenemos hasta el momento en Malta y Heligoland, entre otras muchas), a pesar del olvido, imperdonable en muchos casos (obras costeras de Noruega, por ejemplo), de carecer de frentes defensivos terrestres o ser éstos de debilidad extremada. Donde no hay fortificaciones costeras, las operaciones de desembarco no pueden sentar doctrina, desde el punto de vista del valor de la fortificación, como es natural.

* * *

No es éste el momento de historiar la fortificación, que se remonta a la época en que los pueblos dejan de ser nómadas para convertirse en sedentarios, ya que es innata en el hombre la idea de aumentar los medios de defensa contra el más fuerte. Los restos de construcciones ciclópeas, las ciudades lacustres, etc., son ejemplos de fortificaciones prehistóricas. Ya, cuando en los tiempos históricos hacen su aparición los caldeos y los egipcios, recurren a sus toscos muros y murallas. A continuación siguen: la *acrópolis* griega, el *capitolio* romano, la *alcazaba* árabe, el *castillo* de la Edad Media, con las *torres del homenaje*, la *ciudadela*, etc., hasta las modernas líneas fortificadas. No ha habido, pues, solución de continuidad en el empleo de la fortificación; y, por considerársela necesaria, sólo se ha procurado en cada época, o período, dar respuesta a estos dos interrogantes: ¿Dónde se fortifica? ¿Cómo se fortifica? Sobre todo a la segunda, ya que el valor táctico del terreno, que contesta a la primera, no ha sufrido grandes transformaciones en el transcurso de los tiempos, pues partiendo del principio, de todos sabido, de que el adversario geográfico lo es siempre, y del otro principio, tampoco desconocido, del determinismo geográfico, resulta, según ellos, que a ciertos puntos o accidentes se circunscriben en todas las épocas los hechos de armas decisivos o típicos. En lo nacional tenemos la zona que, a partir de la Edad Media, hemos dado en llamar Maestrazgo, y en la que desde Aníbal, pasando por el Cid y Cabrera, entre los caudillos más famosos, vinimos a operar al Cuerpo de Ejército de Galicia y al del Maestrazgo en nuestros días. En el Norte tenemos todos los pasos de la Cantábrica utilizados, desde los galaicos, astures, cántabros y vascones, hasta las modernas Brigadas de Navarra. Los puertos de Belavieta, Iciar, Azcárate, Descarga, Arlabán, Urquiola, Orduña, Carranza, etcétera, se encuentran en los relatos históricos de todas las campañas norteñas, jugando papel análogo, y lo mismo puede leerse en la historia militar de todas las naciones. Lo que varía con el tiempo es el cómo fortificar: desde el recinto fortificado de Jerusalén, a las modernas líneas Maginot, Sigfrido, Stalin, etcétera, las palabras aspillera, flanqueo, gola, se repiten a través de los años en todos los tratados de fortificación.

Conveniente es repetir una y mil veces, ahora que las guerras son totales, que fortificar no es sinónimo de inmunizar contra los ataques a la nación, hoy menos que nunca es esto cierto, y esto conviene dejarlo bien sentido, porque podría dar lugar a equívocos fatales, sobre todo entre el elemento civil, que es la gran masa del país. Una nación vecina pagó cara esta creencia.

La obra fortificada contiene, retraza, canaliza, desgasta al enemigo, y ésta y no otra fué siempre su misión; y ese desgaste puede ser tal, que determine su derrota, pero *a posteriori* de la fortificación. Claro está que damos por descontado que las líneas fortificadas cuenten con las guarniciones y armamento debidos, y que aquéllas se hallen animadas por una moral a prueba de bomba, y nunca mejor aplicada la frase; sin esas condiciones, la obra fortificada carece de razón de existir.

El primer problema a resolver, cuando de fortificar se trata, es, por consiguiente, de orden táctico, esencialmente táctico, de importancia primordial; es contestar a la interrogante anterior: ¿dónde? Y de que tácticamente se resuelva bien este punto, nace lo que un autor de gran fama dice a propósito de las *enfermedades de la fortificación*. Esas enfermedades provienen de *crear algo que sea fuerte*, olvidando que su misión se limita a hacer *más fuerte* lo que ya lo es. Por eso se ha dicho que el influjo estratégico de la fortificación no puede ser base de ella, sino consecuencia; donde no hay posición adecuada para la defensa, ésta es imposible, aunque todas las estrategias del mundo puedan aconsejar la resistencia en aquel paraje. Vemos, por consiguiente, el perfecto enlace que en todo momento debe existir entre la fortificación y la táctica.

Y así se tuvo presente siempre en España, ya que nunca fué un problema aislado del infante, artillero, ingeniero o Estado Mayor, y sí lo fué de conjunto, conforme en todo tiempo con lo mandado en nuestros reglamentos *mixtos*. Es lo que, como todos sabemos, se designa con el nombre de "Tanteo de Defensa", que lleva consigo el reconocimiento y estudio detallado del terreno *tácticamente*, y la Junta mixta es la que elige las posiciones que, a su juicio deban armarse y fortificarse — en este orden precisamente —, lo que da nacimiento a los "Tanteos de Armamento y Fortificación". La propuesta pasa a la Superioridad y, una vez aprobada, es firme. De no seguir lo mandado, podría darse lugar a puntos muertos en la fortificación o a que su rendimiento no fuese el debido, aunque el deseo patriótico de quien se separase de este camino, único eficiente y de mayores probabilidades de acertar por tanto, fuese grande. Las ideas propias, sin el marchamo de los organismos competentes y reglamentarios, suelen ser de fatales resultados. Lo que se bautiza con el nombre de ideas propias, lleva por apellido paterno desconocimiento de lo mandado y falta de "Unidad de Doctrina"; es decir, falta de subordinación, en potencia.

De lo expuesto se deduce que si el material artillero, arma automática, antitanque, mortero, etc., está más o menos adelantado en distancia horizontal, o más o menos elevado en distancia vertical, es decir, no está tácticamente bien situado, la culpa no es del infante, del artillero o del ingeniero, sino de la Junta que la eligió y de la Superioridad que dió el *placet*, y esto conviene dejarlo bien sentado para no inducir a error.

Hasta los primeros quince años del siglo actual, con lo expuesto se daba por terminada la misión y se procedía a la ejecución de la obra; pero al presentarse en línea el Ejército del Aire, como al principio indicamos, aparece el arma que ni rompe la obra fortificada en el sentido de ruptura frontal, ni tampoco la envuelve por sus flancos; simplemente la *salta*, para buscar a su similar enemiga, a fin de tratar de dominar el espacio aéreo, y, conjuntamente con la Artillería, tratará a su vez de demoler o quebrantar desde el aire la obra fortificada. Por tanto,

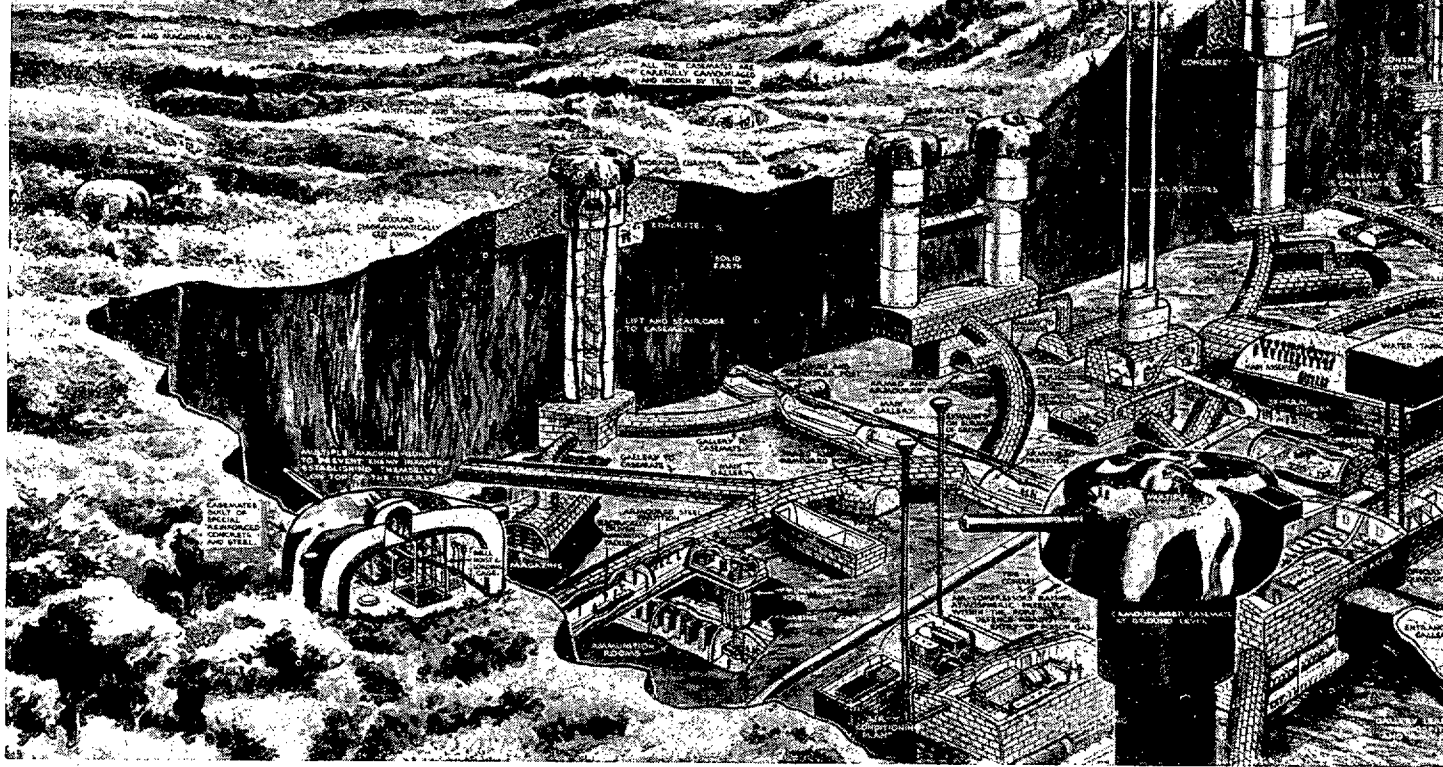
ésta necesitará contar entre su armamento material anti-aéreo de que antes se carecía, reforzar, acaso, sus protecciones verticales y muy pequeñas variantes en el asentamiento táctico, impuestas por el mayor número de asentamientos y abrigos en caverna.

Pero el trastrueque que la Aviación ha producido en la fortificación, es de otro orden, y éste es de profundidad y extensión. Y la razón es evidente, ya que el radio de acción de la Artillería asentada en las fronteras o Unidades navales, es limitadísimo en relación con el del Arma aérea, el que se acrecienta por momentos sin necesidad de recurrir a los "aviones sin regreso". Ya no debe una nación que se precie de soberana y de organizar a fondo su defensa, situar industrias de guerra en las proximidades de sus costas y fronteras (aquí entra también en función el motor de explosión terrestre en sus diversas formas, unidades acorazadas, blindadas, etc.; calificadas con el denominador común de *velocidad*, que tampoco por sí solas deciden las campañas, ni rompen líneas fortificadas, a pesar de lo de Sedán), y en la zona que el plan estratégico determine hay que diseminarlas, y ciertas partes vitales de las mismas protegerlas y defenderlas; es decir, fortificarlas en mayor o menor escala. Y quien dice industria de guerra, dice polvorines, depósitos de municiones, parques, nudos de comunicaciones, etc. Esto sí que es de trascendencia tal, que puede influir en la terminación fulminante de la campaña, y máxime si esa industria es de rendimiento muy limitado. Y es que así lo demuestra el traslado en plenitud de la industria de guerra, pesada y otras, a regiones bien distantes de sus asentamientos anteriores, ante la imposibilidad de rendimiento adecuado, por el poder coactivo de la Aviación, independientemente de las grandes destrucciones. Alemania, Inglaterra y Rusia, principalmente, son ejemplo de lo expuesto, y en el momento actual, las de la costa occidental norteamericana se están empezando a trasladar al interior del país.

Se argüirá que eso lleva consigo un problema económico y financiero de envergadura grande; exacto, como todo cuanto con la guerra se relaciona. El General Benoit dijo en momento adecuado, y ya por la crítica depurado, que las fortificaciones de los altos del Mosa y de los Vosgos, sólo habían costado unos cuatrocientos millones, o sea el importe de tres o cuatro días de guerra.

Lo que sería imperdonable y acumular error sobre error, es insistir en seguir colocando la nueva industria de guerra de un país en sus costas y fronteras, por una razón de inercia o de orden económico. Aun en la hipótesis de que las primeras materias existan en las proximidades de esas zonas, que en general no ocurre así en ciertos países, no es razón para ligar a ellas la industria de guerra. Pero si no es así, el error es doble. Quizá también en algunas naciones ese error estratégico llevó consigo un problema político que a su vez agravó el social.

Cometido el primer error, éste arrastra otro, y es el de la defensa de esas zonas de costas y fronteras, sobre todo las primeras, donde la industria de guerra se asienta (ni que decir tiene que la industria naval y alguna otra es consustancial con la costa y hay que defenderla), ya que por el hecho de existencia, tampoco hay probabilidad de declarar abiertas esas, en general, populosas ciudades industriales. El dilema es claro: o seguir reincidiendo en el error con sus trágicas consecuencias para un mañana siempre inseguro, o cambiar de sistema; pero los famosos *pacifistas*, los que presumen de filantropía, cuando la



Diseño inglés de una obra fortificada de la línea Maginot. — Un laberinto de galerías, conducciones eléctricas, bombas, ventiladores que recuerdan el interior de una nave de guerra.

guerra decline y muera y la paz se imponga, entrarán en funciones, y el problema tan arcaico y quizá necesario, si se considera su persistencia a través de los siglos y siglos, el de la guerra, tratarán de suprimirlo mediante la creación de sociedades, que nunca consiguieron aquietar las pasiones en el individuo y, como consecuencia, en la Humanidad.

No se olvide, repetiremos, que uno de los primeros objetivos de la Aviación es y será, cada día que transcurra, con intensidad creciente, la industria en general, pero en particular la de guerra; que su traslado y protección no es obra de un día, y desgraciada de la nación que siga "acordándose de Santa Bárbara sólo cuando truena".

* * *

Se ha escrito, en forma afortunada, por cierto, que "la obra fortificada debe ser la inscripción en el terreno de un orden de combate". Exacto, y a ello tendió, sin duda, la línea Sigfrido, que podemos adjetivar de dinámica, en oposición a la Maginot, esencialmente estática; la primera parece inscribir un orden abierto, y la segunda, cerrado, de masa. Pero insisto en que ambas líneas (?) son defensas de fronteras que la Aviación tratará de salvar para ir en busca de todo lo vulnerable y eficaz, desde el punto de vista militar, a retaguardia de las mismas, y a tratar de destruir la Aviación enemiga. Y desde este punto de vista, la defensa pasiva constituye, en parte, la fortificación de la retaguardia, con sus refugios blindados, sus tropas y servicios especiales, sus observatorios, su red de acecho, sus transmisiones, etc., indispensable todo ello para conservar la moral del frente interior, que tanto y tanto influye en el de vanguardia; pero, a su vez, es necesaria la defensa activa con sus aviones y su artillería

antiaérea, que constituyen la verdadera fortificación de las fronteras del aire, y la protección necesaria y suficiente de lo que sea vital para la defensa nacional, llegando incluso a enterrar una parte, aquella que deba estar totalmente inmunizada. Y a este propósito repetiremos lo que de todos es sabido: que la artillería antiaérea no presupone la destrucción del avión enemigo, ya que el porcentaje es relativamente pequeño; pero conviene no olvidar que la antiaérea, a semejanza de la de superficie, tiene varias modalidades de tiro, y no es el más corriente el de destrucción; el mero hecho de alejar el avión, mediante el fuego que podemos llamar de prohibición, con techos cuanto más altos y densos mejor, ya disminuye su precisión y efectos. Además, los aparatos propios no pueden estar siempre en el aire en misión de reconocimiento, protección, etc., y en ese caso la defensa, que pudiéramos llamar próxima, mientras los aparatos están en tierra y despegan, corresponde por entero al arma antiaérea. En resumen: hoy por hoy, se complementan en misión análoga; pero los momentos de operar en ciertas circunstancias, por cierto muy críticas, no son intercambiables.

* * *

Como resumen de lo expuesto diremos:

1.º Que la fortificación bajo la forma de línea Sigfrido, con su pequeña obra diseminada (los famosos Bunker), flanqueante y profundo el conjunto, o de línea Maginot, gran obra casi continua y sin la profundidad de la anterior, que se admite llega hasta cincuenta kilómetros, han cumplido su misión; los que no la cumplieron fueron los Mandos en una de ellas, ya que se esquivó el ataque de veras por ambos contendientes. De todas formas, como seguimos entendiendo por fortificar hacer

más fuerte lo que ya lo es, el terreno, como siempre, seguirá mandando.

De si los espesores de la protección deben ser mayores o menores; de si todos los fuegos deben ser flanqueantes; de si la profundidad debe ser de más o menos kilómetros; de si debe defenderse la gola; de si la artillería debe ir al descubierto hasta ciertos calibres, etc., no nos ocupamos, porque nuestro objeto no es contestar concretamente al tecnicismo que envuelve, en ciertos aspectos, la pregunta *¿cómo?*, que muy genéricamente envuelve esta otra: si convienen *muchos pocos o pocos muchos*; en la vida corriente unos optan por un sistema y el resto por el otro.

2.º Sería imperdonable que cada nación no tuviese construída en todo momento lo que a mi entender puede llamarse *red geodésica de la fortificación*, y que nunca pierda actualidad, es decir, los vértices o puntos principales de la misma, entendiéndose por tales los inmutables, y éstos se llaman observatorios, puestos de mando, comunicaciones tácticas, asentamientos artilleros, alojamientos de caverna para diversas armas y municiones, preparación de voladuras y estudio de campos minados. Luego quedará el complementarlos con los demás elementos defensivos, que deben empezar a construirse siguiendo las reglas de la fortificación de campaña, para irlos perfeccionando en el transcurso del tiempo.

3.º Al Arma aérea debe concedérsele importancia capital, pero ponderándola en relación con la terrestre y naval; sin ella nada o casi nada, pero tampoco lo es todo. Hay que buscar la tercera proporcional de los créditos para la defensa.

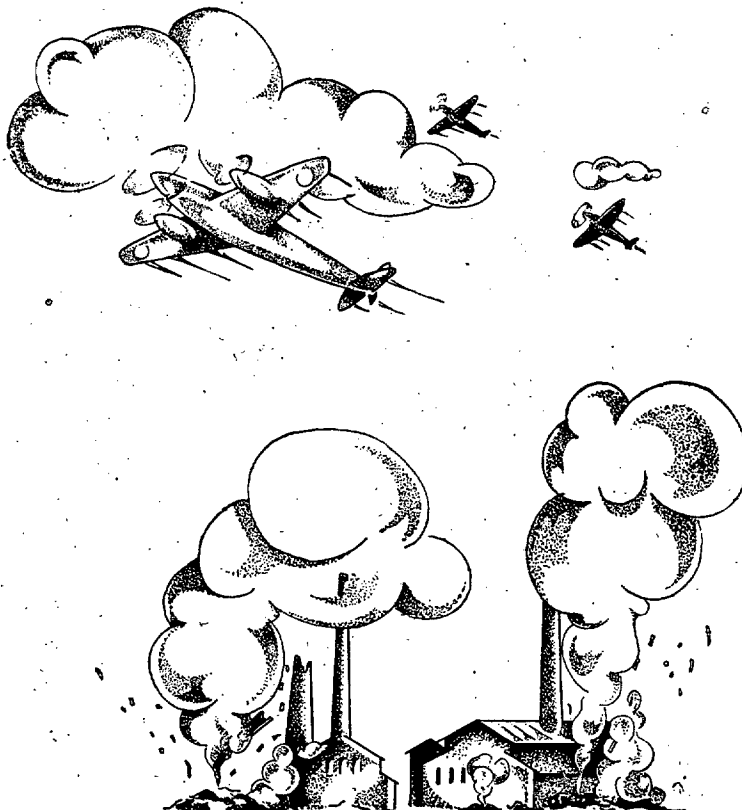
De todos modos, ni los paracaidistas ni los aviones de desembarco, ni alguna otra modalidad está lo suficientemente contrastada para sentar doctrina, ya que sería fundarla sobre una sorpresa o audacia afortunada en algún caso, y no en todas las zonas de guerra, ni siquiera en la mayoría.

4.º Así como la guerra es total — nunca mejor em-

pleada esta palabra que en el momento actual, en sus dos acepciones —, la defensa que anteriormente se circunscribía a la periferia, ahora hay que extenderla a todo el país, desde el momento de la ruptura de hostilidades, y como sería imposible improvisarla, hay que tenerla en todo momento en potencia; pero estar en potencia quiere decir distribución estratégica de industrias de guerra y demás elementos vitales para la buena marcha de la guerra; quiere decir defensa y protección de las mismas; quiere decir eficaz defensa pasiva, y quiere decir, sobre todo, aviones, aviones, aviones y piezas antiaéreas; en resumen, previsión, y desgraciada la nación que de ella carezca. Porque en los bombardeos de la retaguardia no se trata de proteger avance alguno de fuerzas, ni de demoler líneas fortificadas; se trata, por todo y ante todo, de romper la moral (no olvidemos que se ganó alguna guerra en los campos de batalla y se perdió en el frente interior), de destruir la industria, de desorganizar los transportes, a fin de que al frente no lleguen ni moral, ni material, ni municiones, ni personal, ni nada de cuanto es vital para la guerra, o de que llegue tarde y mal; se trata de sorprender aeródromos, destrozando en tierra los aparatos; se trata de anular la Aviación enemiga para dominar el espacio aéreo.

No olvidemos que durante este período, si no decisivo, de capital importancia para las ulteriores operaciones, el Ejército de tierra apenas ha entrado en funciones. Naturalmente que ese período suele ser de gran brevedad.

Y 5.º Dentro del factor Ejército de tierra, la fortificación, en la ecuación *victoria*, sigue jugando su papel como antaño y como siempre. Que se haya abusado de posiciones altas, de rigidez, de falta de profundidad, de escasos fuegos de flanco, de suprimir el parapeto, y de que el propio terreno haga de plano de fuegos, etc., no lleva implícito el no fortificar, sino todo lo contrario. Debe *continuar* el cemento, pero *alargando* las alas en proporciones insospechadas.





Temas deportivos

LAS MARCHAS

Comandante de Infantería ANTONIO CERVERA CENCIO, Profesor de Educación Física.

EN un reciente discurso del Führer, se pone de manifiesto un hecho que tiene una singular importancia si consideramos el elevado número de elementos puestos en juego y el grado de perfección a que ha llegado la motorización en el Ejército alemán.

Se comentan en él las proezas de la maravillosa

Infantería germánica, al recorrer, en gran parte a pie, miles de kilómetros en el escenario ruso.

Alguien no versado pudiera pensar que con la mecanización y el relativo *confort* que en las marchas nos proporciona este adelanto, el soldado moderno pudiera permitirse la cómoda negligencia de ser un hombre débil en relación a su cometido, sin parar

mientes en que si bien de la Batalla de Leuctra a nuestros días hay un abismo en cuanto a medios y elementos de combate y destrucción, no existe, empero, más que un paso del guerrero de Mantinea al de Smolensko, en cuanto a la fortaleza física, y aun, si apuramos el argumento, acaso le fuera todavía más exigible a éste la pujanza física, que era el arreo máspreciado del falangista macedónico.

Pudiéramos convenir, en una palabra, en que la preparación del soldado para las marchas ha de ser hoy, pese a todos los medios, una preocupación de igual grado que la que embargó el ánimo de los antiguos, desasistidos de otros medios de locomoción que no fueran los hipomóviles.

El fuego y el movimiento, las dos formas clásicas de las Unidades tácticas de Infantería, en cuanto a su *modus operandi*, o si se quiere en su esquema más prosaico, el tiro y la marcha, han sufrido; en lo que concierne a la segunda, honda transformación, pues por mucho artificio que superpongamos en favor de la economía del esfuerzo de desplazamiento, siempre quedará para el infante —impetuoso Ajax de todos los tiempos y lugares—, como deseo más vehemente, verse libre y reducido a los medios ingénitos de sangre, hasta llegar al vértice de su anhelo en el choque con el contrario, durante los críticos y decisivos momentos del asalto.

Empecemos aficionando al soldado para las marchas, siguiendo una progresión pedagógica que recorra de lo placentero y atrayente de las carreras deportivas en sus diversas distancias, a las *marchas de aplicación* simples y de esfuerzo medio, para culminar en las carreras a campo traviesa; y, por fin, en jornadas de marcha de campaña de gran esfuerzo, con que ha de cerrarse este ciclo instructivo.

Según nuestras experiencias, convendrá dividir las marchas de aplicación en dos grupos: uno, el eminentemente deportivo, a los fines de instrucción y disciplina de los diversos aires y formas, hasta conseguir cierto automatismo, cuyos ejercicios se realizarán en traje deportivo apropiado (jersey, pantalón largo y alpargatas; y en ocasiones, utilizando el mínimo de ropa, incluso el pie desnudo), a fin de endurecer el cuerpo contra el agente físico. En los ejercicios de este grupo se va adquiriendo insensiblemente la *forma* que, según Tissié, es "el estado de salud, de fuerza y de resistencia en que el entrenamiento coloca al cuerpo". El segundo grupo, estas mismas marchas traducidas a su acepción táctica, cuyas prácticas deberán verificarse recorriendo los grados intensivos de mayor esfuerzo, y evitando en los grados medios y simples, inútiles ensayos. Es decir, que no deberá hacerse un repetido número de marchas con equipo militar a cortas distancias, sino pocas e intervaladas prudencialmente, según la observación del estado físico de conjunto, hecha en ejercicios anteriores y comprendidos entre los 20 y 30 kilómetros de recorrido, sin llegar nunca a la fatiga; factor éste acaso no el menos deprimente de

los que intervinieron en el desastre napoleónico de 1812 en Rusia, precedido de las jornadas portentosas de un Ejército probablemente no preparado para realizarlas.

Entre las marchas ligeras y deportivas del primer grupo se encuentra la *marcha flexionada*, cuyo interés estriba en que es preparatoria de la *marcha desenfilada* o reptante, tan en boga de la guerra moderna.

La progresión y aire de esta marcha será regulada por el profesor, no pasando en ningún caso de los 2 kilómetros por hora para la primera, o de 8 ó 9 por hora para el segundo.

La marcha desenfilada, dura y congestiva, tiene gran aplicación en los combates de hoy, en determinadas circunstancias de los momentos que preceden al asalto y en las segundas fases de las marchas tácticas de aproximación. Esta, cada día más prolongada, exige un gran número de saltos de la Infantería bajo terrenos descubiertos y batidos, llegando con frecuencia a la desarticulación máxima de las Unidades en el avance del elemento celular u hombre aislado, que ha de arrastrarse penosamente, con el disimulo de un ofidio, a fin de no ser descubierto.

Las sesiones, en lo que se refiere a esta marcha especial, serán cortas, fructíferas y de pequeñísimo recorrido, recogiendo tan sólo su contenido deportivo. En el segundo grupo, y desligados del profesor de Educación física, serán los Oficiales no especialistas pertenecientes a las Unidades orgánicas, los que recojan y apliquen más adelante esta enseñanza en su sentido puramente táctico. No hay que olvidar que si el conjunto de los Oficiales ha de conocer a fondo algo relacionado con la Gimnasia, será precisamente este apartado tan sugestivo de las marchas función peculiarísima del infante, en igual proporción que la Equitación lo es del Arma hermana, la Caballería, cuya ordenada y meticulosa preparación en este aspecto no fué jamás descuidada por ella.

Uno de los ejercicios más atrayentes y que despiertan en el soldado la afición a las marchas, es el que denominamos en nuestros Reglamentos *marcha en grupos*, que es una marcha natural en la que va incluida otra denominada *marcha alternativa*.

La división en grupos obedece a fines educativos y económicos del esfuerzo, así como a los pedagógicos, pues con ellos se tiende a la confluencia en sesiones de conjunto y uniformidad, hasta conseguir la completa formación del marchador apto para todos los grupos y, por consiguiente, para el homogéneo que supone su Unidad orgánica natural.

Los grupos en que se ha de encuadrar a la tropa serán cuatro: en el 1.º se incluyen los pesos livianos de 55 kilos, y menos, hasta los 62; y aumentando de 7 en 7 kilos, se constituyen el 2.º y 3.º, hasta llegar al 4.º, en el que encajan los de 76 kilos en adelante. El factor peso no es definitivo para la clasificación. Los profesores, teniendo en cuenta que

para esta subdivisión ofrece un interés especial el *compás* o desarrollo del paso, haciendo uso de sus facultades de observación, incrustarán en grupos ligeros a ciertos individuos de gran peso que, siendo no obstante musculados, de poco volumen y de pequeñas zancadas, desempeñarán mejor papel entre aquellos que tengan una separación talonaria aproximada a la suya.

Nada decimos de los polisárcicos con minuendo abdominal superior en 15 centímetros al torácico, pues éstos quedan detenidos en las mallas de las Cajas de Recluta, clasificándoles en "Servicios Auxiliares". Pero sí debiera procederse —aunque no como castigo—, y a los fines de rebajar grasas, con ciertos individuos pesados e indolentes, a incluirles en grupos que les obligasen a adoptar un aire más vivo, de cuya consecuencia serían ellos los primeros beneficiarios.

Las marchas en grupos, los cuales serán vigilados y distanciados convenientemente, tienen su aplicación principalmente en las marchas naturales, pero de aire vivo (hasta 10 kilómetros; de 130 pasos por minuto), y aun más en las alternativas (dos minutos al paso ligero, con pausas de 5 minutos al paso natural y aire a razón de más de 6 kilómetros por hora). En éstas, variables según las pendientes y naturaleza del terreno, observarán directamente los monitores de cada grupo, por una ligera pulsación de la arteria radial, la progresión de las reacciones circulatorias en los individuos, por el intervalo, que deberá ser paulatinamente menor, entre la sofocación, al fin del paso ligero y la vuelta al ritmo normal.

Las marchas alternativas por grupos tienen una gran influencia sobre la moral del marchador, que va adquiriendo insensiblemente una mayor seguridad en su propio esfuerzo y resistencia, cuyo secreto estriba en la dosificación de las pausas, que si en un principio nos parecen muy breves en relación con la fatiga propia de los intervalos del paso ligero, con asiduidad, en el entrenamiento, llegaremos a un instante en que el soldado experimente la sensación de poder realizar todo el recorrido a este último paso citado.

Recogido el fruto de esta experiencia deportiva de aplicación en las marchas de maniobra, réstanos señalar cómo se corrigen los defectos tan fastidiosos de los alargamientos en las columnas, por no ajustarlos al principio de la *rigidez de marcha*.

Si bien es cierto que el Oficial es el verdadero monitor encargado de regular la marcha, se valdrá, empero, para la buena ejecución, de la eficiente teoría del justo medio. No hay motivo ninguno para dejar desperdigados por las cunetas de una carretera, como las cuentas dis-

locadas de un rosario, a las últimas filas, compuestas, como se sabe, por los hombres más bajos, como consecuencia de figurar en cabeza los más altos, según aconsejan los Reglamentos. Tampoco se obvia el inconveniente colocando a aquellos en cabeza, sino que convendrá elegir como conductores del paso o cadencia elegida, a marchadores de zancada media que la observación nos haya descubierto en las sesiones deportivas de entrenamiento como andarines de regularidad mecánica.

Consignemos también que nos interesa más disponer en una Pequeña Unidad de 35 ó 40 granaderos que lancen la pequeña bomba con precisión y regularidad a 30 metros, que no contar tan solamente con dos individuos que lancen el artefacto a 45 metros.

Si en un Batallón de 500 plazas hay 100 soldados capaces de recorrer 50 kilómetros en 5 horas, mientras que el resto no pudiera pasar de hacer un promedio de 7 kilómetros a la hora, lo racional será adaptarse a este aire de marcha. En general, busquemos el término medio, huyendo del singularismo de la selección deportiva, de tan pequeño rendimiento en el medio humano considerado en su valor de conjunto, obsesión que es tan sólo disculpable cuando se opera con seres orgánicos inferiores.

No olvidemos, por último, que una buena preparación descansa en la metódica sesión diaria de gimnasia educativa, principal medio de que disponemos, para permitirnos el trueque del "tripas llevan pies" de función digestiva, por el de "pulmones llevan piernas", de orden circulatorio. Porque la potencialidad del marchador se encierra en síntesis en su caja torácica, cuya llave está en las manos de un profesor consciente y entusiasta.

La Historia, al par que se repite, parece acrecentar el valor de las hazañas que contiene. En el horizonte de nuestra última guerra se destaca una hazaña aislada que se encuentra en la misma trayectoria de aquellas otras de Pérez del Pulgar, de Eloy Gonzalo, del cabo Antiloquio, etc., digna de épica trompa y que constituye —en la parte que nos interesa— un maravilloso ejemplo del rendimiento físico que puede proporcionar el soldado al servicio de una alta empresa para la que se requieran las cualidades de un excelente marchador. Este ejemplo lo te-



nemos en la heroica conducta del laureado Capitán Alba.

¡Quién duda que muchos, envidiosos *a priori* de su histórico cometido, hubieran desfallecido en la demanda, por desacuerdo entre la fuerza física de sus miembros y la ideal de sus deseos!

Este heroico sitiado del Alcázar, formado por convicción en las más puras doctrinas de la educación física, sabe que en esta empresa (descartando, si es que esto puede hacerse, su gesto sublime de este espíritu superior, es singularmente en las piernas donde se encuentra el secreto del éxito de la misma.

Atravesando ríos, batiendo breñales y hormigueando por un interminable tobogán de montes y sierra baja, está a punto de cumplir su cometido. Llega relativamente fresco a un punto determinado, y el gran andarín de Nimega; el experto cazador de los montes toledanos, está presto a seguir: un incidente fortuito, sin embargo, priva a nuestro

Ejército de esta preciosa vida, enaltecida por gloriosa muerte.

La pierde, pero no por agotamiento físico; por ello le considero superior al mensajero de Milciades, que muere una vez cumplida su misión, a la que no se oponen más obstáculos que la distancia.

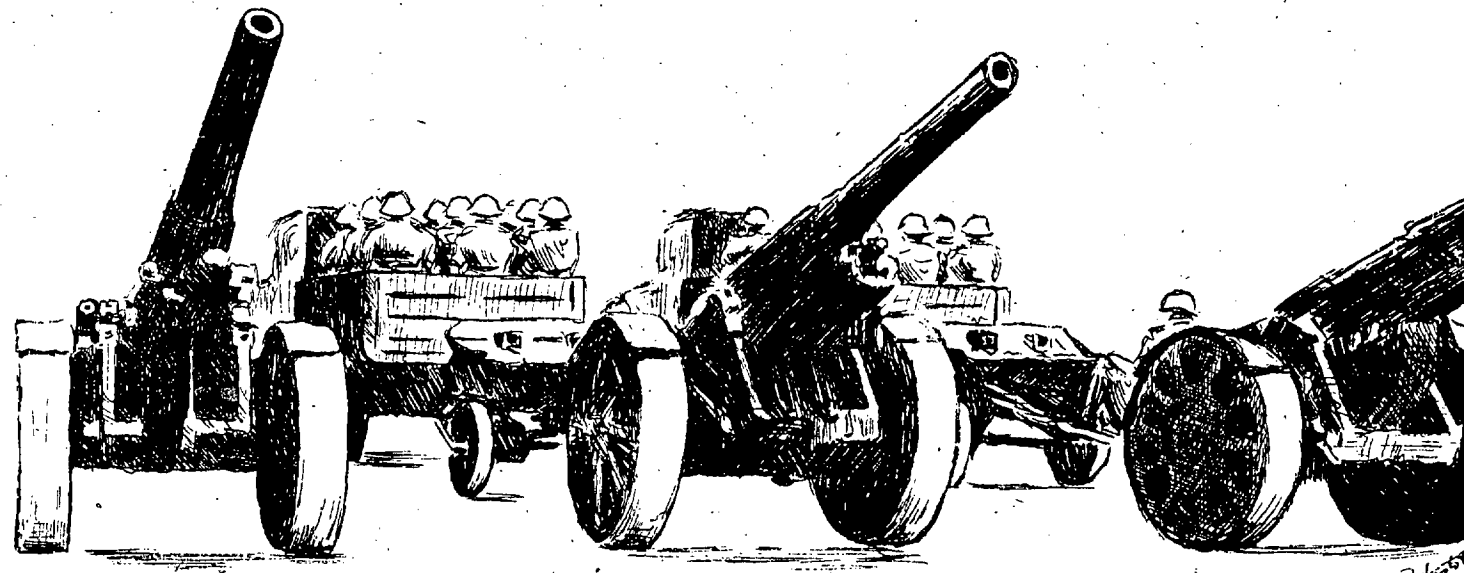
Que nos sirva de estímulo este paradigma de nuestra Guerra de Liberación, convenciéndonos de que la andadura o *piernas* de los elementos blindados y motorizados no son, al fin, las propias nuestras; y aquéllas pueden faltarnos, e incluso servirnos de estorbo, en algunas ocasiones de la guerra.

Por lo dicho, hemos de procurar convertir al infante en un *marathoniano* perfecto, empavesando previamente su corazón con las grímpolas del triunfo, que suponen, de un lado, el endurecimiento del cuerpo para cumplir con buen éxito el cometido físico, y del otro, la fortaleza del espíritu, que ha de servir de garantía a su misión.



Empleo de la Artillería

EL GRUPO



Comandante de Artillería SENEN DEL OSO ROMERO, del Regimiento 17

EN Artillería, el estudio de las posibilidades y el examen de la forma peculiar de actuar un Grupo de baterías constituye algo fundamental y básico, siendo eso debido a que el Grupo se considera actualmente que constituye la Unidad de fuegos que, salvo excepciones, debe emplearse como mínimo para batir los objetivos cuya destrucción se encomienda a la Artillería. Por tal motivo, esas Unidades artilleras se consideran dotadas de una personalidad y de unas características propias.

Dadas las directrices generales de la guerra moderna, la Artillería, lo mismo que la Aviación, debe actuar en masa, y ésta la constituyen Grupos, cada uno de los cuales, dados los elementos de que está dotado, puede, en corto espacio de tiempo, situar sobre sus objetivos un elevado número de proyectiles, obteniendo así eficaces resultados, que serán más decisivos todavía si se ha actuado teniendo en cuenta también el factor sorpresa, que hoy se considera que, a ser posible, debe constituir otra de las características esenciales de una acertada actuación artillera. Es decir, que los Grupos deben procurar cumplir sus cometidos con tal intensidad, sorpresa, rapidez y acierto, que el enemigo, en los puntos vitales en que sea batido por tales Unidades, no tenga tiempo de reaccionar.

Para conseguir lo anterior, es por lo que, según queda dicho, el Grupo ha pasado a ser la Unidad de fuegos, y la Batería es considerada como ejecutante de los mecanismos

de corrección de tiro necesarios para obtener la acción convergente y de conjunto que se ha citado. De ahí que la tendencia actual consista en abrumar al enemigo por el fuego, concentrando sobre el objetivo que se trate de batir cierto número de Baterías, en vez de lo que antes se hacía de mantener un fuego prolongado con corto número de piezas; doctrina ésta que se encuentra en todos los reglamentos extranjeros y que de igual modo puede leerse en el nuestro, ya que dice textualmente: "En general, el máximo de eficacia se obtiene sometiendo los objetivos a concentraciones potentes, repentinas y rápidas."

El General Herr, con clara visión del asunto, decía hace ya muchos años: "La Artillería no causa efectos importantes nada más que empleada en masa; el proyectil aislado no causa ningún efecto útil, salvo el caso de un disparo afortunado, que escapa por completo a toda previsión, y no puede, por lo tanto, entrar en los cálculos del Mando; la reunión de varios proyectiles no produce aún efectos apreciables; sólo la avalancha de una masa de proyectiles tiene una eficacia cierta, que se puede calcular de antemano, pudiendo, por lo tanto, servir de base a las decisiones de un Jefe."

Debido al concepto que hemos indicado que tiene el justo y acertado empleo de un Grupo, es por lo que todos los aspectos y facetas de su técnica, de sus posibilidades, de su organización y de sus rendimientos son objeto de continuados estudios, y por ese mismo motivo, en las líneas que si-

guen vamos a esbozar el examen de su forma y particularidades de actuación en relación con diversos problemas, y especialmente en el campo, en las fases preliminares que anteceden a su entrada en posición y rotura de fuego.

Para la buena actuación de un Grupo, hemos de tener en cuenta que una de las primeras cuestiones que será preciso considerar es la relativa a la elección de la zona de asentamientos. Esa elección, para que constituya un acierto y para que sea la debida, se comprende que jamás podrá ser caprichosa, ni fijarse como consecuencia de arbitrarias apreciaciones de carácter personal, sino que, por el contrario, será el fruto de sopesar y de tener en cuenta múltiples factores y circunstancias de importancia capital y decisiva.

Así, por ejemplo, esa elección será una consecuencia de la situación táctica del momento y del lugar que se considere, pues es evidente que se hará de distinto modo según que se trate de frentes estabilizados o de guerra de movimiento, y que en ambos influirá también en esa elección el saber con qué material y con qué efectivos cuenta el enemigo en aquel sector e incluso el estado de moral en que se encuentra.

Para esa acertada elección de asentamientos es preciso también tener en cuenta los propósitos que animan a nuestro Mando, pues desde tal punto de vista, esos emplazamientos serán distintos según que se trate de un combate ofensivo o que, por el contrario, se proyecte un repliegue. Y además, tanto en el caso del avance como en el del repliegue, influye también en la elección de asentamientos el grado de celeridad con que se prevea que hayan de realizarse tales movimientos.

La naturaleza del terreno es algo definitivo también en ese aspecto. La elección de asentamientos en zonas quebradas o montañosas, onduladas o llanas, cubiertas de vegetación o pantanosas, etc., hace que sea muy distinto el modo de proceder en cada caso. Con razón se ha dicho en múltiples ocasiones, por prestigiosos Jefes militares, que "el terreno mandá, y en forma indeclinable, además".

Y por último, entre otra porción de circunstancias, hare-

mos notar que esa elección de asentamientos variará también según la misión que se confiara al Grupo de que se trate, misión que, a excepción de casos especiales en que una fuerza mayor obligue a hacer otra cosa, será siempre consecuencia de las características del material de que esté armado. Y es natural que así sea, pues se comprende que, como resultado de esa diversa naturaleza del material, los Grupos tendrán distinta aptitud maniobreira y, además, sus haces de trayectorias permitirán conseguir diferentes efectos, empleándose, como consecuencia de todo ello, según las circunstancias, para misiones de apoyo directo, acción de conjunto, contrabatería, etc., y claro es que en cada uno de estos casos la situación y condiciones de los emplazamientos serán distintos también.

Como resumen de todo lo anteriormente expuesto, podemos decir que, para proceder a la elección de asentamientos, es preciso que de una manera previa el Jefe de Grupo reciba del Mando artillero de quien dependa, o de la autoridad a que esté subordinado, una orden, en la que consten, entre otros, los siguientes extremos: 1.º Situación general, con informes sobre el enemigo; la situación de las tropas propias y propósitos del Mando en el sector que afecte al Grupo de que se trate.—2.º Misión que se confiara al Grupo.—3.º Zonas de acción normal y eventuales en que debe actuar, objetivos principales cuya destrucción se le encomienda, y, como consecuencia de todo ello, posibilidades de tiro que debe buscar. La designación de objetivos, en el caso de que se hallen perfectamente previstos, debe hacerse definiéndolos por su situación sobre el plano, o bien con respecto a referencias inconfundibles sobre el terreno, acompañando los datos que sobre ellos se tengan en relación con su naturaleza, grado de actividad, etc. Situación de los puestos de mando de las autoridades superiores con los cuales debe estar enlazado.

El Jefe de Grupo, una vez en posesión de los datos que contenga la orden antedicha, procederá a hacer un reconocimiento del terreno que le interesa para cumplir su cometido. Ese reconocimiento comprende dos fases distintas: la pri-

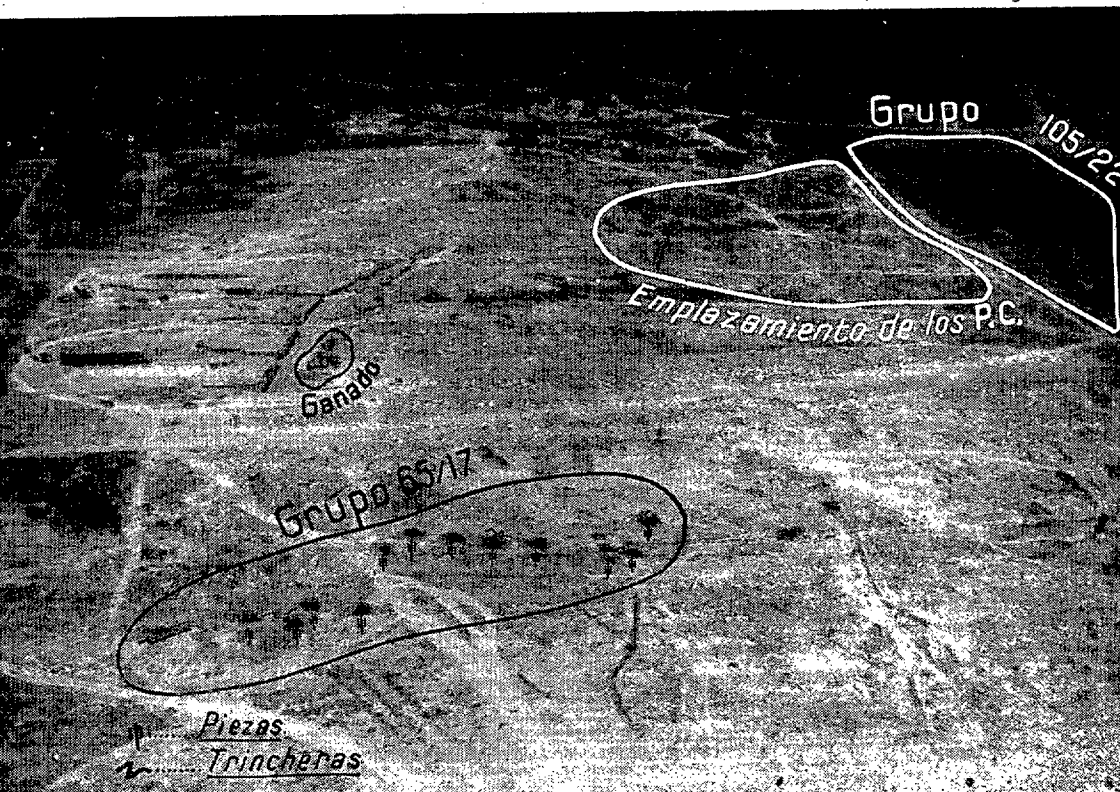


Foto número 1. (Facilitada por el autor.)

En unos sencillos ejercicios realizados en Paterna, en colaboración con el arma aérea para apreciar los diversos grados del enmascaramiento, se tomaron por el avión de reconocimiento las cuatro siguientes fotos. En la número 1 se aprecia a simple vista un grupo de 65/17 emplazado al descubierto. En el interior de un arbolado de algarrobos, que se ve en el ángulo superior derecho de la foto, había un grupo de 105. El camuflaje natural de los árboles bastó para que el avión no descubriese el grupo, según demuestra la foto número 2, tomada a baja altura y ampliada.

mera, sobre el plano o fotografías de Aviación, en el caso de que le hayan sido entregadas, y la segunda, de comprobación e identificación sobre el terreno.

En ambos casos, ese estudio *debe comenzar por el de la zona enemiga* y, como resultado de esto y de la misión asignada, deducir las consecuencias pertinentes, a fin de estudiar entonces la zona propia y poder fijar el lugar en que han de establecerse los asentamientos.

Puede asegurarse que nada favorecerá tanto la buena inteligencia y compenetración entre el Jefe de Grupo y los Capitanes de sus baterías en este período de preparación y en el desarrollo total de las ulteriores fases que integren el combate, como que los segundos acompañen a dicho Jefe cuando éste realice el reconocimiento. Procediendo de esa manera, podrán realizar al mismo tiempo, con el máximo provecho, un cambio de impresiones acerca de lo que se ve y de lo que hay que hacer, identificándose todos ellos en las misiones de todo orden a desarrollar, y ultimar lo cual tiene, entre otras innumerables ventajas, la de que, como durante el fuego es posible que las comunicaciones se interrumpan, es evidente que si al terminar ese reconocimiento los Capitanes han quedado bien penetrados de los detalles de todo orden de la actuación y de los cometidos del Grupo y de aquella otra que a cada cual le haya sido asignada, es claro que, aun en el caso más desfavorable de esa interrupción fortuita de las transmisiones, todos pueden obrar de una manera inmediata con perfecto conocimiento de causa, permitiendo así, en conjunto, un rendimiento útil al Grupo, que de otra manera, en esos casos, nunca podría ser logrado.

Al realizar el reconocimiento, el Jefe de Grupo debe cuidar de no denunciar el mismo a la observación del enemigo, al cual hay que suponer siempre vigilando, y por ello, siem-

pre que sea posible, debe actuarse a cubierto y teniendo la precaución de no incurrir en innecesarias aglomeraciones de personal ni elementos de ningún género. En los reglamentos artilleros de todos los países se hace constar, clara y terminantemente, a ese respecto lo que sobre el particular figura también en el nuestro: *Revelar al enemigo con un reconocimiento hecho sin precauciones la entrada en acción de la Artillería, es preparar mal ésta.*

Por otra parte, y como circunstancia importante, debe hacerse resaltar la conveniencia de desplegar en el reconocimiento la mayor rapidez posible, dentro de la condición de realizar las diversas operaciones con las debidas garantías de seguridad, que nos eviten repeticiones enojosas, que además se traducirían en una inevitable pérdida de tiempo.

Después de estudiar el campo enemigo y proseguir el reconocimiento por el de la zona propia, debe empezarse por fijar la situación que han de ocupar los observatorios, pues la acertada elección de éstos es una cuestión previa para que el Grupo pueda cumplir con eficacia su cometido. A este respecto debe tenerse en cuenta que una artillería ciega no puede cumplir su cometido; que una artillería con malos observatorios está en condiciones de inferioridad para batir al enemigo, y que además una artillería en esas circunstancias puede incluso llegar a constituir un peligro para las tropas propias.

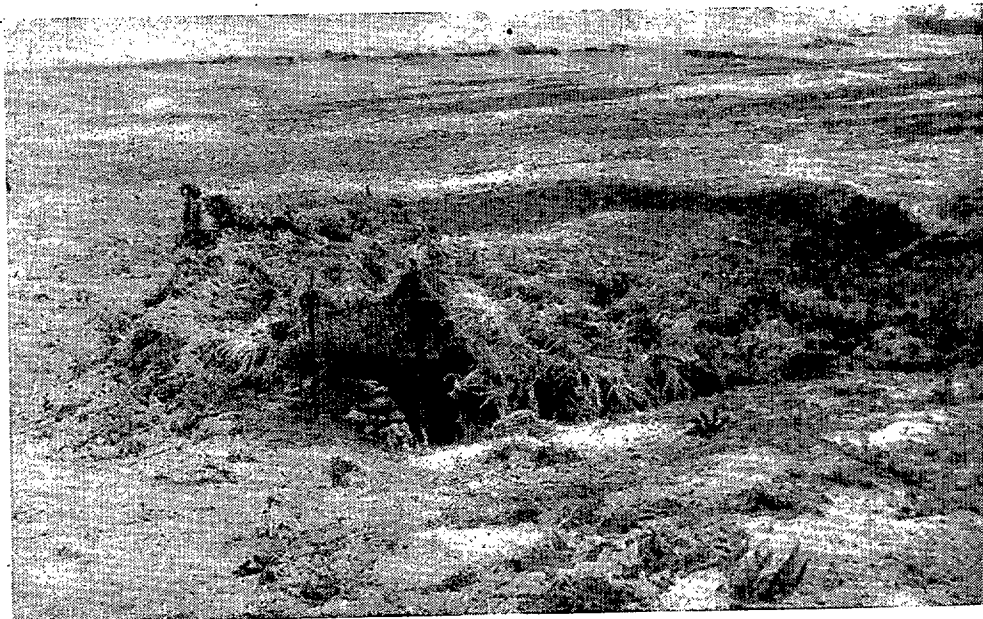
Por múltiples motivos se comprende que no es posible dar reglas fijas para realizar la elección de observatorios. Sin embargo, puede decirse que, en general, es indispensable que estén dotados de cierta altura que permita obtener dominación, siendo por tal motivo utilizados con frecuencia los campanarios y las torres de los pueblos y aldeas encla-

Foto número 2.

En el arbolado hay un grupo de 105, y entre el bosque y los edificios, un P. C. de Grupo y tres de batería, camuflados, como indican las fotos 3 y 4, que no fueron descubiertos.



Foto número 3.



vadas en la zona de operaciones; debiendo evitarse las alturas naturales del terreno que se proyecten sobre el horizonte, por lo fácilmente que serían descubiertas y batidas por el enemigo; y en el caso de ser imprescindible utilizar elevaciones del terreno, deben elegirse de manera que se proyecten sobre otras alturas de mayor elevación, escogiendo además, en ese caso, a ser posible, la vertiente que mira a vanguardia, por la ventaja sobre la otra de no dejar zonas ocultas a las vistas propias.

Los árboles prestan en muchas ocasiones excelentes servicios como observatorios, pudiendo ser utilizados de una manera directa o bien como ocultadores de las escaleras colocadas detrás de ellos con ese fin. En la práctica se ha visto que los observatorios así situados pasan inadvertidos al enemigo, habiéndose comprobado de igual modo que los observadores colocados en ellos muy rara vez han resultado heridos, lo cual tiene su explicación, además de por el motivo dicho, en el hecho de que, aun sabiéndolo el enemigo, a éste le es materialmente imposible dedicarse a cañonear todos los árboles aislados o grupos de los mismos que tenga en su zona de tiro.

En nuestra misma guerra de Liberación — y de acuerdo con lo expuesto — se han utilizado los árboles como observatorios en muy variadas circunstancias, pudiendo citar, entre otros, como ejemplo típico de ello, un árbol monumental que, utilizado con dichos fines, prestó valiosísimos servicios durante mucho tiempo en el frente de Castellón, en las inmediaciones de Villavieja.

Y para terminar, haremos notar, por último, que es conveniente el adelantar todo lo posible hacia vanguardia los observatorios de corrección de tiro de las baterías, ya que es evidente que el mecanismo de éste será así mucho mejor conducido y permitirá llegar antes al período de eficacia, obteniéndose además un notable ahorro de municiones. Con arreglo a ese punto de vista tan importante, en nuestra gloriosa Cruzada las baterías tuvieron sus observatorios, en muchas ocasiones, en las primeras líneas, en las propias trincheras de Infantería.

Los Puestos de Mando, siempre que sea posible, deberán elegirse de manera que estén suficientemente protegidos contra el fuego y de modo que además no puedan ser destruidos fácilmente los enlaces que desde los mismos habrán de montarse, debiendo procurarse de igual modo yuxtaponerlos a los de la Infantería o aquellas Unidades a quienes se apoye, pues de esa manera habrá una compenetración entre los Mandos que hará más eficaz y rápido el conseguir los fines propuestos. Por el mismo motivo, aunque no es indispensable, sí resulta, en cambio, muy conveniente el hacer coincidir los Puestos de Mando de las baterías con sus respectivos observatorios; así se facilita el Mando, pues éste se da más cuenta de la situación en cada momento, y además se ahorran transmisiones y tiempo.

En cuanto se ha realizado lo que precede, las PP. MM. de Grupos y Baterías pueden iniciar su labor obteniendo los equipos topográficos vistas panorámicas y demás datos preparatorios del tiro, al mismo tiempo que los equipos de Transmisiones empiezan a tender éstas. Mientras tanto, el Jefe de Grupo, acompañado de sus Capitanes, prosigue el reconocimiento, fijando aquél los emplazamientos que han de ocupar las piezas directrices y dejando a los segundos libertad para que materialicen el lugar que han de ocupar las demás de sus respectivas Unidades, con arreglo a los preceptos ordenados.

En esa determinación de posiciones que se señale a las piezas se ha de procurar: que éstas puedan abarcar extensos campos de tiro en las direcciones probables del fuego; que tengan asimismo una dirección aproximadamente normal a la del tiro, fijándose de igual modo en que no puedan ser fácilmente enfiladas por el enemigo; que tengan a su retaguardia terreno adecuado para facilitar el municionamiento, y que para facilitar la protección utilicen obstáculos naturales, como cercas, taludes de vías férreas, caminos, etc.

Al materializar con piquetes la posición que ha de ocupar cada una de las piezas, debe procurarse situar éstas de



Foto número 4.

Cómo fueron ofrecidos a la observación del avión los puestos de mando, lográndose con el camuflaje adoptado una buena ocultación.

manera que se dificulte todo lo posible la corrección del tiro contrario, lo que se conseguirá no colocándolas cerca de casas o árboles aislados que faciliten la referencia y buscando, en cambio, que haya hondonadas, lo que le impedirá apreciar al enemigo el sentido de los desvíos de sus proyectiles.

Se procurará también evitar puedan ser fácilmente descubiertos los emplazamientos, y con ese fin se buscará sacar el mayor partido posible de las ventajas que en ese aspecto presentan los bosques, terrenos cultivados, bordes de caminos con árboles, escombros, ruinas, etc.

Debe huirse de emplazar las piezas en posiciones clásicas y con arreglo a circunstancias fijas, pues esos emplazamientos serán los que con más rapidez y facilidad descubrirá la Aviación, y que, por consiguiente, tienen más probabilidades de ser destruidos.

Entre otros muchos ejemplos que pudieran citarse en confirmación de lo expuesto, haremos constar lo que sobre el particular dice el Coronel Paloque que ocurrió en la guerra ruso-japonesa: "Los rusos emplazaban sus baterías, en la generalidad de los casos, con la desenfilada del hombre a caballo, y, por consiguiente, a los japoneses, que conocían este extremo, les bastaba con corregir sobre la cresta para batirlas. En cambio, en la batalla de Dachitchao, tres Grupos japoneses rectificaron el tiro sobre la cresta que ocultaba a un Grupo ruso, que por excepción, apartándose de la norma general, se había establecido 500 metros detrás de aquella. Pues bien: los japoneses estuvieron batiendo durante todo el día la zona de terreno situada hasta 200 metros detrás de la cresta, quedando todos los disparos cortos y no ocasionando baja alguna."

Persiguiendo esa misma finalidad de desorientar al enemigo sobre la situación de los emplazamientos artilleros, es conveniente recurrir a diferentes argucias; para lo cual, en unas ocasiones, se variarán con cierta frecuencia los que se ocupan; otras veces se dará sensación de vida y de actividad, simulando emplazamientos artilleros en lugares donde no existen, y con arreglo a las circunstancias se mantendrán

también silenciosas, salvo caso de necesidad, todas las Baterías que se puedan.

En apoyo de los buenos resultados que se obtienen siguiendo las pautas indicadas, podrían citarse numerosos ejemplos, y, entre otros, enumeraremos los siguientes, descritos por el Coronel Roger: En el mes de junio de 1918, estando dos Baterías del Regimiento 256 en Crouy-sur-Ourcq, sometidas a un fuego muy preciso y violento, recibieron orden de cambiar de emplazamiento; pues bien: las Baterías alemanas continuaron tirando sobre los emplazamientos primitivos durante varios días. En 1917, en el Aisne se realizó por los alemanes un fuego de gran violencia por material de 21 centímetros contra cierto paraje del bosque de Beaumarais, en el cual se había simulado un emplazamiento propio. En nuestra misma guerra de Liberación se presentaron en todos los frentes casos análogos a los expuestos.

Debe tenerse en cuenta que la Artillería, una vez desplegada y ocupando sus emplazamientos en el campo de batalla, constituye, como si dijéramos, la armadura o esqueleto de la organización del mismo, y de ahí la importancia capital de que sus dispositivos y situación sean desconocidos del enemigo. El Jefe de Grupo no debe perder de vista lo anterior, aplicándolo rigurosamente en el sector del frente que para su actuación le haya sido señalado, pudiendo asegurarse que, en el caso de no proceder así, toda la organización de ese sector estará condenada al fracaso y con muchas probabilidades para su hundimiento total, si tiene delante un enemigo decidido y con elementos competentes, que sepan sacar el debido rendimiento a esas circunstancias.

Los reconocimientos de la zona propia se completarán estudiando los itinerarios que las Baterías deben seguir para llegar a sus emplazamientos, procurando, aunque sea a costa de que tengan que hacer un recorrido mayor, el que lo efectúen por caminos cubiertos; es decir, procediendo siempre con la vista puesta en lo que anteriormente se ha citado, y teniendo también presente, por otra parte, que

precisamente la Artillería es en las marchas y columnas cuando presenta su máxima vulnerabilidad y carece de todo medio de defensa por verse imposibilitada de poder ejercer su acción.

De igual modo, el reconocimiento de los emplazamientos a ocupar por las Baterías de un Grupo abarcará la determinación de los lugares en que deben ser emplazados los depósitos de municiones, los cuales debe procurarse que tengan salidas en varias direcciones, que estén cerca de rutas o caminos y en fácil relación con las piezas a que deben municionar, además de que, como es natural, a ser posible, estén protegidos.

Efectuado todo lo que antecede, se ultimarán en lo posible la organización de los observatorios y Puestos de Mando, así como todo lo referente a transmisiones e incluso municionamiento. Y de la misma manera se completarán todos los datos de tiro y operaciones topográficas que sea necesario realizar, tendiendo a que, salvo en casos imprevistos o de reconocida urgencia, las piezas ocupen sus emplazamientos lo más tarde posible y generalmente de noche, buscándoles así la máxima protección y secreto, a la par que anulando el período de inactividad forzosa desde el momento mismo de su entrada en posición.

Se conseguirá el máximo de celeridad en la preparación de lo que antecede, simultaneando en la medida de lo posible sus diversas operaciones y previendo, según el tiempo de que se disponga, el método más o menos rápido de preparación de tiro que en cada caso haya de adoptarse, aun a costa de que, cuando sea poco preciso, se mejore luego, si las circunstancias posteriores lo permiten.

Por último, haremos notar que para la elección de posiciones debe tenerse en cuenta, en primer término, la imprescindible necesidad de poder cumplir el cometido asignado, y que como esto debe hacerse a toda costa, habrá ocasiones en que será preciso incluso ocupar asentamientos desfavorables, y aun al descubierto y en pleno día, si bien en tales casos el Mando debe procurar que las Unidades que tengan que proceder así, efectúen ese despliegue protegidas por otras Baterías, a fin de evitar su inmediata destrucción, asegurándoles al propio tiempo alguna libertad de acción hasta la rotura de su fuego.

Y resumiendo: podemos decir que la Artillería cumplirá tanto mejor su cometido cuantos mejores sean los emplazamientos de sus piezas, así como la situación de sus observatorios y demás elementos necesarios, y que *los mejores emplazamientos serán precisamente aquellos que no lo parezcan y que por las circunstancias especiales que en ellos concurren pasen en tal aspecto más inadvertidos al enemigo.*

El Jefe de Grupo debe fijar también a los Capitanes de sus Baterías los blancos que cada uno debe batir, fuera de los períodos de acción intensa y convergente de todo el Grupo, con arreglo a las órdenes recibidas y las facultades que las mismas le hayan conferido; pudiendo, según las circunstancias, hacer esa repartición de misiones, bien libremente, por su propia apreciación o voluntad, o bien con sujeción a lo que impongan las condiciones de la situación del momento y lugar que se considere.

En el primero de los casos, esa designación la hará teniendo en cuenta la competencia y distinta aptitud de sus Capitanes e incluso el estado moral y de instrucción de las Baterías que manden. Mientras que en el segundo caso esos blancos vendrán señalados de una manera natural; así, por ejemplo, si por su asentamiento una Batería bate de enfilada un cierto sector de atrincheramientos enemigos, éste será para

esos períodos su blanco natural y lógico; y si hubiera alguna Batería que tuviera delante de sí un sector privado de fuegos, es claro que a esa Unidad no debe encomendársele en ningún caso, el hostigamiento de las organizaciones enemigas situadas en el mismo.

Por otra parte, debe tener también en cuenta el Jefe de Grupo, cuando tenga sus Baterías escalonadas en profundidad, que, fuera también de esos períodos de acción convergente de todas ellas, debe procurar marcar a las que estén más alejadas los cometidos que sean de mayor fijeza y duración, que no requieran, en general, cambios de objetivos; asignando, en cambio, a las más cercanas los que más fácilmente puedan variar, ya sea porque estén supeditados a contingencias imprevistas, o bien porque, según el desarrollo del combate o naturaleza del frente, se prevea que pueden requerir en un instante determinado una inmediata y urgente decisión.

Una vez realizada la entrada de las Baterías en sus emplazamientos, deberá procederse a la fortificación y enmascaramiento de los mismos, utilizando para ello todos los recursos de que sea posible echar mano en cada ocasión.

Las disposiciones adoptadas con esos fines deben tener un carácter progresivo, para que así, de una manera paulatina y ordenada, vayan alcanzando sucesivamente un mayor grado de perfección, debiendo emplearse para efectuar los movimientos de tierra y los trabajos de enmascaramiento todo el personal de las Baterías que no tengan a su cargo algún cometido especial de importancia.

Debe tenerse en cuenta que el fin de la fortificación es substraer al material, así como a sus sirvientes, de los efectos del fuego enemigo (aminorando, por lo menos, sus consecuencias), en el caso de que llegue a producirse, siendo muy importante hacer resaltar a la tropa la necesidad de fortificar, a fin de ahorrar bajas y, con ello, conseguir que al enemigo le resulte de imposible realización cualquier intento de reacción que pudiera intentar, demostrándoles que así se sirven mejor los fines de la guerra y los designios del Mando, y que si bien los alardes de valor son siempre estimables, deben reservarse para las ocasiones en que sean precisos y el Mando los pida y exija para sacar de ellos los máximos beneficios de una situación táctica o caer rodeados de la gloria que las circunstancias impongan.

Respecto al enmascaramiento, debe hacerse resaltar al personal la necesidad de llevarlo a cabo, no para substraerse a los efectos del fuego enemigo, cosa que podría conseguirse, según se ha dicho, con la fortificación, sino para lograr que el enemigo no pueda conocer la importancia de los efectivos que en cada sector tenga delante. Tiene por objeto hacer todo lo ineficaz que sea posible la actuación de la aviación de reconocimiento contraria, al impedirle fijar la disposición e importancia de los elementos que contiene nuestro frente. Por los mismos motivos, persigue el fin de dar la sensación de actividad donde apenas existan fuerzas y, por el contrario, producir la sensación de vacío y soledad en los sectores en que estén concentrados elevados contingentes; se propone burlar y confundir a la vigilancia enemiga sobre nuestras líneas y, como consecuencia, desorientar al servicio de información y al Mando contrario.

El enmascaramiento es preciso para producir un continuo desgaste al enemigo, al obligarle a combatir siempre que desee saber la importancia de las fuerzas de cada sector, y es indispensable a nuestro Mando, para conseguir efectos de sorpresa en cualquier ofensiva y poder contar así con uno de los factores que son necesarios para su éxito.

Por todo ello es necesario abandonar la alegre despreocupación que en ese aspecto existe muchas veces desde el Jefe al soldado, y preocuparse de enmascarar, incluso de una manera previa, a la fortificación, cuando ello sea posible, por los distintos fines a que sirven cada una de dichas modalidades de protección.

Por los motivos indicados, y en los cuales hemos insistido de una manera particular para hacer resaltar su importancia, el Jefe de Grupo y sus Capitanes deben esforzarse en enmascarar sus emplazamientos, y para ello deben evitar, en primer lugar, la colocación regular de las piezas, huyendo de toda simetría que llame fácilmente la atención, evitando las rodadas de las piezas y de carruajes que formen pistas nuevas y ocultando el humo, el rebufo, la llama, etc.

El enmascaramiento de las Baterías, utilizando elementos artificiales, varía sobremanera, según que se trate de sectores estabilizados o de guerra de movimiento. Constituye un arte, y como tal resulta imposible, o por lo menos muy difícil, el dar reglas fijas a las cuales deba sujetarse.

Las redes de enmascaramiento de que actualmente están dotadas todas las Baterías constituyen un elemento importante para su ocultación, ya por lo mucho que por sí solas disminuyen la visibilidad de la pieza que cubren, o bien, a su vez, como medio de sustentación de otros elementos que se coloquen encima de ellas para aumentar su valor en ese aspecto.

Los enmascaramientos suelen hacerse, siempre que es

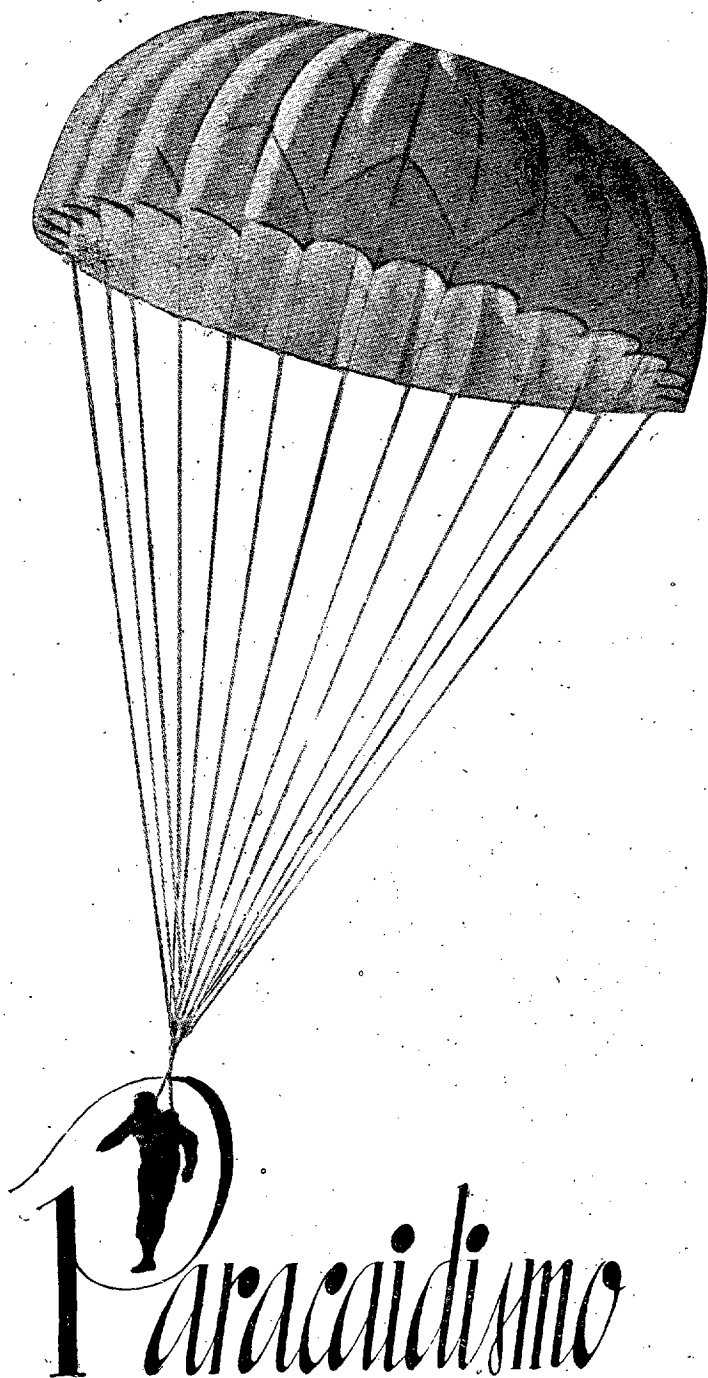
posible, durante la noche, debiendo tener en cuenta que el mejor enmascaramiento ha demostrado la experiencia que es inútil si no va acompañado de una estricta y rigurosa disciplina, que debe hacerse observar exactamente.

Persiguiendo dicha finalidad de reglamentar y disciplinar el enmascaramiento, es por lo que se somete a una severa vigilancia la forma de llevar a cabo la circulación en las proximidades de los emplazamientos, suspendiendo la misma y cubriéndose con cualquier obstáculo al presentarse algún avión o; por lo menos, echándose el personal al suelo para evitar las sombras proyectadas que tan fácilmente se denuncian a los reconocimientos aéreos; evitando también todo lo posible el humo, y de noche, las luces u otros elementos análogos, que incluso podrían servir para referencias del fuego enemigo.

Procediendo con minuciosidad y acierto en todas las cuestiones que su importancia lo requieran, se conseguirá sacar el máximo partido a cada situación, y esto tendrá una inmediata repercusión no sólo desde el punto de vista material, sino también en el de elevar la moral de las tropas propias, pues el soldado, dándose cuenta de las acertadas previsiones de sus Jefes, obedecerá a éstos más ciegamente al poner más ardor en cumplimentar sus órdenes. Por eso es muy acertado lo que sobre el particular dice el reglamento de campaña alemán: *El subordinado tiene tanta mayor fe en el Jefe cuando sabe que está bien mandado y que nada se deja a la casualidad ni al azar.*



Comandante de Infantería
BASILIO SAENZ ARANAZ,
Caballero mutilado.



VILLAMARTIN escribía: "Las ciencias tomaron poderoso vuelo y la guerra utilizó todo lo nuevo que veía." Los progresos realizados sin cesar en materia de Aviación han hecho aparecer recientemente, en la lucha armada, un nuevo procedimiento de actuación que, por los resultados que de él pueden obtenerse, por el provecho que rinde, por la trascendencia que su empleo tiene, es necesario prestarle atención, para usar adecuadamente este medio, y, por otra parte, concretar en disposiciones prácticas la mejor manera de anular o sustraerse a su acción, contrarrestando de modo conveniente sus efectos.

La acción de los paracaidistas se diferencia de la que realiza una columna móvil, en que ésta tiene un carácter esencialmente de movimiento, y aquélla, aunque las condiciones de movilidad le son indispensables, lleva en sí un estado de permanencia. La columna móvil puede, después de realizada la misión de sorpresa, volver a su punto de origen, en tanto que las tropas paracaidistas han de continuar su acción desde el lugar de su llegada, y en esto consiste la similitud con las operaciones de desembarco por mar o del paso de ríos, con la salvedad natural de las misiones, que, aunque parecidas, no pueden ser idénticas.

En todas las operaciones de guerra en las que el medio donde se actúa o los procedimientos empleados se salen de lo normal, se han utilizado siempre tropas especializadas y adaptadas a los medios o a los procedimientos, por lo menos en parte, más o menos importante. Estas tropas son las que operan en el primer momento, y después, cuando la lucha se hace general y los contingentes empleados en principio no bastan para desarrollar todas las acciones que son precisas, ceden el sitio al resto de las fuerzas del Ejército de organización normal, aun cuando se encuentren dotadas de algunos elementos adecuados al lugar donde han de desarrollar sus acciones y a los medios de lucha que hayan de emplear.

Con tropas especiales se opera en montaña, sin excluir el empleo de las demás tropas; tropas especiales son o fueron las que desembarcaban desde el mar; tropas especiales son las meharistas que operan en el desierto o que, transportadas en orugas, en él actúan; tropas especiales son las ciclistas, y especiales son también las que actúan en las columnas motorizadas y blindadas. Del mismo modo, tropas especiales han de ser las que hayan de emplearse desde el aire, para que las acciones tengan garantías de buen resultado.

La especialización de estas tropas se habrá de referir a su organización, armamento, entrenamiento y modo de actuar.

Pero el modo de actuar no puede manifestarse más que desde el momento en que tienen su llegada a tierra. Hasta entonces no tienen personalidad propia. Son unos elementos que eligen la vía aérea como la más conveniente para llegar al lugar de la lucha. Hasta entonces no son agentes activos de la lucha, en la que no intervienen. Serán los aviones de transporte y protección los que actúen para defenderlos y conducirlos; para ellos no comienza su actuación activa hasta que pisan su verdadero elemento. Los procedimientos de lucha serán, pues, los de lucha en tierra, y, por lo tanto, estas tropas paracaidistas no pueden estar constituidas en su núcleo principal y esencia más que por un Arma: *Infantería*. Todos cuantos elementos puedan llevar consigo no serán más que auxiliares, muy valiosos; pero que no pueden desempeñar otra misión que facilitar a la Infantería el cumplimiento de

la suya. Ni la misma Aviación que los transporta, protege y contribuye directamente con su acción eficaz en la lucha puede tener más finalidad que ayudar a la Infantería en sus acciones. Será un medio indispensable para lograr la finalidad propuesta; pero la acción de la Aviación en esta forma de lucha no es decisiva. Si las tropas desembarcadas no logran sus objetivos, la acción resultará perdida, a pesar de los esfuerzos que la Aviación haya realizado. Infantería es la tropa que desembarca desde el mar, especializada o no, con apoyos de otras Armas, más o menos fuertes; por Infantería está constituido el núcleo principal de las tropas de montaña; Infantería montada, en camellos o en orugas, es la que opera, valiéndose de ese medio de transporte; Infantería es la ciclista; el carro de combate es elemento esencialmente de Infantería. Y estas tropas especiales, constituidas por Infantería, no pueden tener más diferencia con la normal del resto del Ejército que aquella que se refiere a su particular organización y armamento; pero no puede diferenciarse de ella en nada de cuanto afecte al espíritu que a la Infantería anima.

Recabamos, pues, para la Infantería el honor de ser quien haya de poner la primera los pies en lugares apartados, donde los peligros son mayores, donde las acciones han de desarrollarse inteligentemente; donde la actividad, la audacia y el valor han de ser las normas que han de presidir la actuación, donde la decisión lo es todo.

Estas tropas especiales, de instrucción y entrenamiento largo y difícil, de reclutamiento particular, de organización costosa, no pueden prodigarse. Y así como en todas las operaciones donde las tropas especiales se emplean inicialmente, cuando la lucha se prolonga y toma el aspecto general conocido, son sustituidas por las tropas normales; del mismo modo, una vez conseguidos los primeros objetivos, cumplida la misión inicial, habrán de ser relevadas, para no exponerlas a un desgaste inútil, empleándolas en acciones que pueden llevarse a cabo por otra clase de tropas, ya que se trata de acciones que no requieren especialización.

Reclutamiento. — La condición esencial de estas tropas es la audacia. Sus Unidades, de escasos efectivos, han de contrarrestar todos los esfuerzos que el adversario opondrá a su acción. Para ser audaz, se precisa valor y espíritu de sacrificio, sin los cuales no puede haber acciones audaces. Y estas condiciones de valor, espíritu de sacrificio y audacia no pueden poseerse, si no se siente un

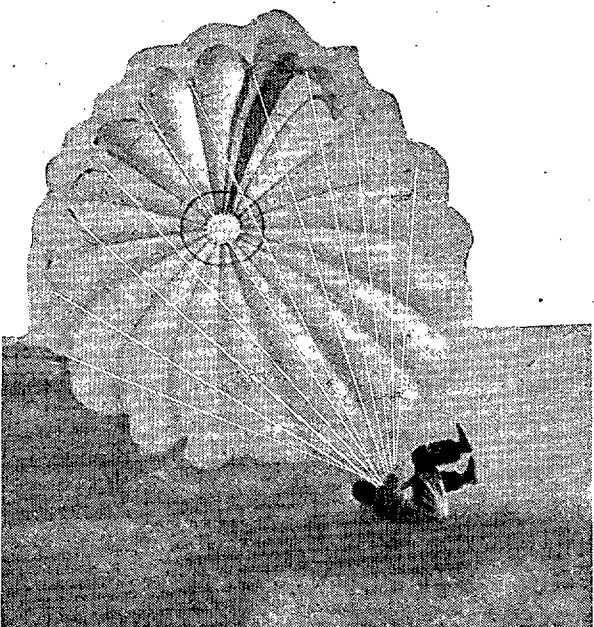
exaltado patriotismo, condición fundamental que permite que las otras se manifiesten. El fracaso de la expedición supone el aniquilamiento total de los elementos que en ella hayan intervenido. La reunión de estas condiciones ha de ser la norma para la elección de los hombres que constituyan el Cuerpo paracaidista; la moral preside las acciones de los hombres, y una moral basada en la posesión de las condiciones apuntadas puede garantizar la bondad de los elementos reclutados. Pero ha de tenerse en cuenta, además, que a veces la moral no basta para llenar las deficiencias de otro orden que el hombre puede tener.

Piénsese en la forma de actuar de estas tropas, y se verá que, además de la presencia de ánimo y demás condiciones morales apuntadas, se precisa encontrarse con aptitud física para soportar el esfuerzo a que ha de hallarse sometido. En primer lugar, el transporte puede tener que realizarse a gran altura y a velocidades extremas; circunstancias que producen anomalías en el sistema vascular, en el aparato respiratorio y en el sistema nervioso. El acceso a tierra desde alturas variables requiere tranquilidad de espíritu, fortaleza en el sistema muscular y agilidad para desprenderse rápidamente de los impedimentos que dificulten su acción. Las condiciones en que ha de desenvolverse la lucha obligan a reclutar el personal entre los elementos fuertes físicamente para soportar las fatigas y privaciones a que seguramente han de estar sometidos. Peso excesivo que transportar sobre sí; rapidez en la acción; ninguna comodidad en el reposo, si es que pueden alcanzarlo; inclemencias del tiempo que sufrir; privaciones en la alimentación por posibles dificultades de abastecimiento, y, desde luego, comidas anormales. Esta es la perspectiva que se presenta al que ha de pertenecer al Cuerpo paracaidista. La determinación de los individuos utilizables tendrá que hacerse mediante un reconocimiento médico adecuado y un examen psicotécnico que pueda ser garantía de acierto en la elección.

Su instrucción ha de ser esmerada en todo cuanto afecte a las operaciones que han de realizar, y precisa analizar las condiciones de cada uno respecto a su inteligencia, atención, memoria, etc.; pues aun cuando las misiones que hayan de cumplir han de ser dadas con detalle máximo, habrá que conceder un amplio margen a la iniciativa para que pueda actuar con acierto y salir airoso de todas las situaciones, cualquiera que sea su importancia, en que la lucha puede llegar a colocarle. Ha de saber utilizar sus armas, cumplir las misiones que se le encomienden con acierto, atenderse a sí mismo en sus necesidades, curar sus heridas en el primer momento, pues los servicios habrán de tardar más o menos tiempo en organizarse, etcétera. Todo esto, que ha de ser objeto de cuidadosa atención, no constituye más que un índice incompleto de las condiciones que han de reunir y conocimientos que han de tener, que necesariamente tendrá que ser objeto de un concienzudo estudio y conveniente ampliación, para lograr la eficiencia que las tropas de este género han de tener para no defraudar las esperanzas que en ellas se deposita.

Si las condiciones expuestas son exigibles a los simples soldados, la importancia de ellas sube de punto cuando se trata de los Mandos. En ellos todas las condiciones físicas, todas las virtudes morales y todas las facultades intelectuales deben estar aumentadas hasta llegar al grado máximo.

Desde los Mandos de las Unidades más pequeñas con





Tropas italianas alpinas desembarcando del avión que las ha transportado.

que cuente la organización que para estas tropas se adopte, hasta las mayores en que el Cuerpo de paracaidistas pueda estructurarse, los Mandos han de tener una especialización y sufrir una selección mucho más intensa que la tropa. Y cuanto mayor sea la graduación que ostente el Jefe, tanto más relevantes han de ser sus condiciones intelectuales, físicas y morales, pues constantemente ha de ser ejemplo vivo de la tropa y guía de sus acciones. Esta importancia de las condiciones que el Jefe debe reunir es general; pero en los Cuerpos especialistas, por su forma peculiar de actuar, adquiere particular interés y obliga a realizar con el máximo rigor una cuidadosa selección.

Ha de tenerse en cuenta que la importancia de la tropa es grande, que cada uno tiene una misión que cumplir, que su bondad es garantía de triunfo; pero estas acciones se perderían sin una adecuada coordinación realizada por cada Mando dentro de su esfera, y que, en definitiva, una tropa no puede considerarse útil y apta para la misión que se le confíe, si no lleva un Mando competente y que reúna en todos los aspectos estudiados las condiciones que les son exigibles.

Organización. — No interesa al objeto de este trabajo el detalle de una organización minuciosamente expuesta. Basta a nuestro objeto hacer indicaciones de carácter general que den idea de cómo han de constituirse estas fuerzas para que respondan al objeto que persiguen. Considerando que su acción se ha de desarrollar con la

rapidez máxima, es indudable que su organización ha de responder a contar con la máxima movilidad y una gran potencia de fuegos que le permita la inmediata conquista de los objetivos que se le asignen y mantenerlos durante el tiempo necesario para continuar la acción. De un modo general se puede decir que la potencia de un arma es proporcional a su peso; mas el peso es contrario a la facilidad de transporte. Es, pues, preciso aunar estas dos necesidades dotando de un armamento potente, dentro de cierto grado, que permita una apreciable rapidez de tiro, consienta un rápido transporte y sea al mismo tiempo de fácil municionamiento y rápida reparación, arreglo y sustitución, según la avería que sufra. Un fusil ametrallador, de unos 9 milímetros de calibre, de cañón corto, reúne las condiciones exigidas y deberá constituir, por tanto, el armamento individual de los paracaidistas. Estas armas permiten un fácil transporte y municionamiento abundante en los primeros momentos de la lucha, y aunque su alcance no es muy considerable, consiente establecer en lugar adecuado una barrera de fuegos suficientemente densa y profunda, que es lo que debe pretenderse.

Pero tanto en la ofensiva como en la defensiva tendrán que contar con elementos para la lucha próxima, empleando abundantemente la granada.

No bastan estos elementos para satisfacer las necesidades que las tropas tienen, para actuar y vencer las resistencias que han de encontrar, pues el enemigo, con-

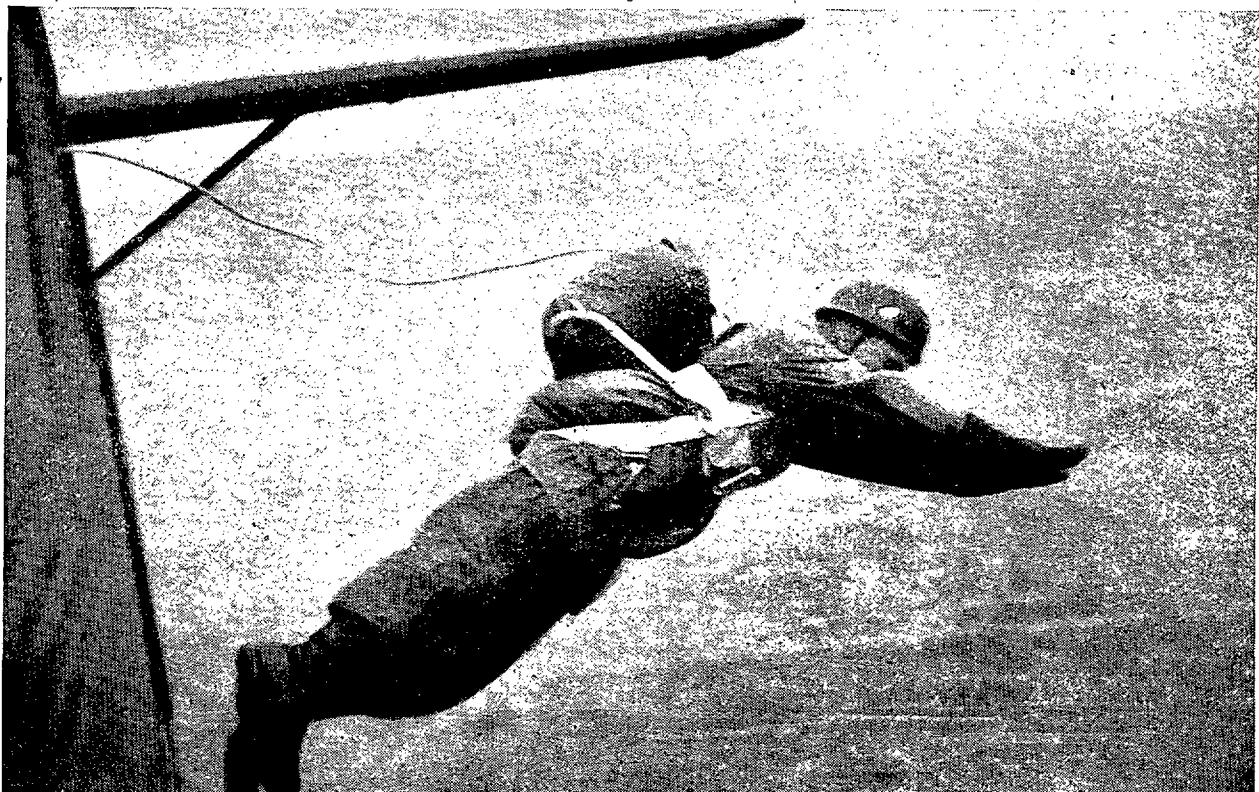
vencido de la trascendencia de la operación, habrá de oponer cuantos medios estén a su alcance para contrarrestar la acción, y, por lo tanto, precisan un armamento más potente que el considerado como individual. De aquí la necesidad de que estas tropas estén dotadas de morteros ligeros, ametralladoras y cañón de Infantería hasta de 40 milímetros, siempre que el modelo que se elija permita su división en partes para que el paracaidista pueda transportar consigo la que se le asigne y pueda, en el momento de la arribada, armar la pieza y ponerla rápidamente en fuego.

Teniendo en cuenta el carácter de estas tropas, la necesidad de una acción de mando constante y eficaz, es necesario organizar el mando de modo que éste tenga un número pequeño de elementos a quien mandar. La Escuadra no ha de ser muy numerosa; el Pelotón no ha de pasar de tres Escuadras. La Sección ha de organizarse de modo que pueda, por sus propios medios, atender a las necesidades que normalmente tenga al asignársele objetivo apropiado, y, por lo tanto, ha de ser la primera Unidad heterogénea, dotándola de morteros. Y como se puede considerar como norma general de organización del Mando que ninguno debe atender a más de cuatro elementos directamente subordinados, la Sección estará constituida por dos Pelotones de fusiles y uno de morteros, y la Compañía deberá estar integrada por tres Secciones.

La Unidad inmediatamente superior, el Batallón, precisa contar con más elementos y de carácter más potente. Ha de contar con medios para que el Mando pueda ejercer su acción en la forma conocida: interviniendo con el fuego y con el empleo de la reserva. Para contar con reserva es necesario que la Unidad esté integrada, por lo menos, por tres Compañías normales de fusiles, y en nuestro concepto no debe pasar de este número, por tener así capacidad de maniobra y poder ejercer el Mando más directamente, cosa primordial en esta clase de fuerzas, teniendo en cuenta que el Mando ha de prestar también atención a otras Unidades que le son indispensables. Precisa, de igual modo, de una base de fuegos que per-

mita su intervención en momento oportuno para garantizar el avance en la ofensiva y completar en defensiva la barrera de fuegos que haya de establecerse para conservar las posiciones convenientes. Ametralladoras, morteros y cañón antitanque serán los elementos que habrán de integrar esta base de fuegos; elementos susceptibles de ser transportados por los hombres que han de servirlos y de ser lanzados desde el aire sin contratiempo. La Compañía de ametralladoras, de tres Secciones a cuatro máquinas, permitirá la asignación de refuerzos a la Compañía de fusiles que los precise, y conservar alguna Unidad, al menos, para la acción del Mando. Una Sección de cuatro morteros y otra de cañones antitanques bastarán para cubrir las necesidades de estas fuerzas.

Ha quedado consignado que una de las cuestiones principales a que es indispensable dedicar especial atención, es garantizar la acción del Mando y, en consecuencia, los medios de transmisión han de prodigarse para que no pueda fallar en ningún momento, y aun cuando la operación habrá de estar prevista con todo detalle, la acción del Mando debe dejarse sentir rápidamente hasta en los lugares y elementos más apartados de él. Al mismo tiempo ha de tenerse presente que importa mucho conocer desde el primer momento la situación de las tropas, los lugares alcanzados, resistencias que encuentran, etc.; todo cuanto contribuya a que el Mando de los escalones superiores sepa la verdadera situación del problema planteado. En el momento de la llegada a tierra, cada Mando ha de señalar su posición, para que la tropa que compone su Unidad se agrupe y organice en sus inmediaciones, y así poder transmitir sus órdenes con la mayor rapidez; es necesario, por lo tanto, que desde la Unidad Sección se cuente con medios que permitan a su Jefe ejercer el mando con eficacia. Así, pues, cada Unidad habrá de contar con sus propios medios de transmisión y jalamiento, estableciendo enlace tanto con la Unidad inmediatamente superior, como con las que le están directamente subordinadas. No es preciso, al objeto de este trabajo; detallar los medios que han de utilizarse; cada uno de los conocidos tendrá su aplicación. Aparatos de seña-





les y luces, banderines, lienzos de jalonamiento, teléfonos, radio, bicicletas plegables, palomas mensajeras, todo cuanto pueda contribuir a conseguir unas perfectas transmisiones. Estos elementos pueden ser transportados por los hombres o arrojados en paracaídas apropiados.

El municionamiento debe quedar asimismo asegurado mediante hombres que tengan esa misión, y el abastecimiento, mediante paracaídas. No debe olvidarse que también será interesante, en ocasiones, emplear elementos de ocultación, humos, etc., para dotar a estas fuerzas de tales medios.

Un Batallón, en resumen, se compondrá: de tres Com-

pañías ordinarias, con sus medios de transmisión propios; una Compañía de ametralladoras, una Sección de morteros, otra de cañones, otra de transmisiones, otra de especialistas y municionamiento, elementos sanitarios y de abastecimiento de víveres, que en principio no podrán estar constituidos más que por raciones de previsión de fácil transporte y que permiten ser arrojadas desde el aire y no tener necesidad de establecer cocinas.

Esta organización nos proporciona Batallones que contarán en total, aproximadamente, pues, repetimos, no entramos en más detalles de organización, de unos 700 hombres.

El Batallón, Unidad táctica, por excelencia, de Infantería, puede agruparse en Regimientos; tanto por lo que afecta a empleo como por lo que se refiere a instrucción, como por lo que respecta, y este aspecto es el más importante, a la creación de espíritu de Cuerpo, que, sirviendo de sano estímulo, aumenta la moral. Tres Batallones pueden constituir el Regimiento, atendiendo a los principios dichos. Pero a esta Unidad no le bastan los elementos apuntados. Una de las misiones que habrán de imponerse a las tropas paracaidistas será que en el momento en que hayan creado su "cabeza de puente", ésta pueda ser utilizada para el envío de más medios de lucha y, en consecuencia, la preparación del terreno será cuestión primordial, tanto para el establecimiento de posiciones defensivas que garanticen la posesión de la zona ocupada, como también para permitir el arribo de aviones de transporte que conduzcan nuevos elementos sin tener necesidad de que efectos y tropas hayan de ser arrojados desde el aire.

En consecuencia, la Unidad Regimiento deberá llevar consigo una Compañía de Zapadores, organizada y dotada en forma que le permita cumplir su misión y ser arrojada en igual forma. Un Regimiento de Infantería con su plana mayor y la Compañía de zapadores, contará, por tanto, con un efectivo aproximado a 3.300 hombres. Una agrupación de Regimientos, 10.000 paracaidistas.

La Unidad capaz por su potencia para ejecutar una acción de importancia será el Regimiento, y se empleará la agrupación o el número de agrupaciones necesarias según las modalidades que el objetivo y el momento elegido para la acción requieran.

Suponiendo que el hombre con su equipo pese unos 100 kilogramos y que los aviones tengan una carga útil de dos toneladas, los 700 hombres de un Batallón precisan 35 aviones de transporte. Naturalmente, estas cifras son variables con el modelo de que se disponga, tanto de avión de transporte como de paracaídas, y así, con el modelo, variará la facilidad o dificultad de la operación y determinará el tiempo que tardará en efectuarse. Ha de tenerse en cuenta también que hay elementos que habrán de ser arrojados sin ser transportados por los hombres. Lo interesante en este aspecto de la cuestión es no perder de vista la conveniencia de que las Unidades de Infantería no queden diseminadas en los elementos de transporte, sino que vayan reunidas y que a cada Unidad de Infantería, en lo posible, corresponda una Unidad de transporte. Con tales datos supuestos, cada Batallón podrá ser transportado por un grupo de aviones de esta clase. Como es posible el empleo de modelos diversos, se habrá de procurar que cada expedición, para facilidad de la maniobra, se componga de aviones de las mismas características. Desde luego existirán dificultades; pero serán subsanables asignando a cada elemento transportado una misión o una línea de conducta que seguir, que

habrá de ser escrupulosamente observada, pues si el valor, la audacia, la decisión, la competencia y el espíritu de sacrificio son indispensables en fuerzas de esta clase, todo ello puede quedar resumido en una palabra: *disciplina*, sin la que no será posible un resultado fructífero de la intervención en la lucha de las tropas que toman parte en esta empresa.

Modo de actuar. — Las bases fundamentales de la acción del Cuerpo paracaidista son: sorpresa y rapidez. Las fases de una operación llevada a cabo por ellas son: elección de la zona que ha de ocuparse; preparación de la operación, transporte, descenso, ocupación de los objetivos iniciales, ensanchamiento de la zona y afianzamiento de los lugares que aseguren su posesión, llegada sucesiva de tropas y elementos de refuerzo, establecimiento de abastecimientos y evacuaciones.

La elección de la zona donde se ha de ejercer la acción es de grandes dificultades. Ha de reunir condiciones contradictorias en ocasiones, y depende del lugar donde haya de operarse y del objetivo que se persigue. No ha de encontrarse excesivamente alejada de las bases de partida, ni lo suficientemente próxima al frente enemigo que permita a éste acudir en corto tiempo a contrarrestar los efectos causados y anular la acción de estas tropas, vencíéndolas. Ha de dar posesión a los ocupantes de lugares importantes, como aeródromos, zonas de producción interesante; un nudo de comunicaciones cuya pérdida sea para el contrario contratiempo grave que le obligue a

modificar sus planes; efectuar retrocesos en su frente, ponerle en situación de ser vencido y destruído. Ha de encontrarse deficientemente atendido por el enemigo para permitir que la acción de las tropas paracaidistas se desenvuelva con rapidez y con el mayor desgaste. Ha de tener condiciones para servir de base a operaciones posteriores que tengan una importancia trascendente en el resultado general de la campaña.

Además de estas condiciones, debe tener inicialmente: extensión suficiente para las operaciones de llegada, fácil defensa para su conservación y que permita, caso de no constituirlo por sí, la instalación de un aeródromo que ha de servir de campo para la llegada de los elementos que sucesivamente se vayan enviando, pues la operación de llegada es difícil por sí y las tropas paracaidistas no pueden prodigarse en forma que no sea necesario acudir a todos los medios para que las operaciones posteriores sean desarrolladas por otra clase de fuerzas, para evitar a las especiales un desgaste inútil empleándolas en misiones que no requieren especialización.

Suponiendo que los aviones de transporte, cualquiera que sea la velocidad de crucero, logran ponerse a una mínima de 100 kilómetros por hora; que cada avión transporte 20 hombres y que cada uno de éstos precise cinco segundos para lanzarse al aire, resulta que el equipo transportado necesitará para abandonar el avión — si no puede efectuarse el lanzamiento por parejas o grupos simultáneamente —, cien segundos; y en este espacio de tiempo,

Paracaidistas italianos organizando la ocupación.



el avión de transporte, a la velocidad marcada, habrá recorrido 2.777 metros, en números redondos 3.000 metros, sobre los que habrán quedado dispersos los hombres transportados. Por otra parte, los 35 aviones que precisa un Batallón, con intervalos de 100 metros, ocuparán una línea de 3.500 metros, lo que nos proporciona un área de unos 9 kilómetros cuadrados, necesaria para en una pasada del grupo de transporte lanzar un Batallón de paracaidistas en dos minutos aproximadamente, sin contar el tiempo de descenso, que dependerá de la altura de lanzamiento. Estas cifras no pueden tener más que un valor didáctico, de orientación, sobre lo que puede ser una operación de esta clase, y habrán, naturalmente, de variar, aunque nunca para perjudicar la acción, el resultado de las condiciones de la zona de llegada, cuando los aparatos que se empleen no reúnan las características que se han apuntado.

Sucesivas olas de aviones irán lanzando el contingente previsto para la operación y los elementos complementarios que constituyan la expedición.

Estas operaciones necesitan una preparación y una protección. Además de la elección del lugar se precisa escoger el momento oportuno, que tendrá que estar subordinado a que las condiciones atmosféricas consientan tanto el transporte como, sobre todo, la operación de lanzamiento. La predicción del tiempo debe alcanzar no sólo al momento en que la operación haya de realizarse, sino también al período que se calcule para que las tropas que inicialmente desembarcan puedan afianzarse en sus posiciones y tengan facilidad de acceso los elementos que posteriormente hayan de seguirlas.

La preparación es indispensable, tanto para desorientar al enemigo sobre el lugar elegido, como para batir y destruir las resistencias existentes en dicho lugar. Habrá de durar varios días, durante los cuales la Aviación atacará objetivos próximos y lejanos al sitio elegido, que por su calidad sean objetivos normales de acción, como depósitos, aeródromos, vías de comunicación, tropas en reserva, etc., que directa o indirectamente tengan influencia en la operación que se proyecta y, al mismo tiempo, sirvan para que el enemigo no pueda por estas acciones deducir nuestras intenciones.

La protección de la operación no puede efectuarse más que por aviación, dividiendo las misiones en protección lejana, protección cercana y protección inmediata. La protección lejana habrá de realizar acciones de prohibición que impidan la organización y llegada de elementos dedicados a rechazar y anular la expedición, bombardeando los lugares donde se encuentren tropas que puedan ser empleadas en esta misión, así como las vías por donde puedan presentarse en el lugar de la lucha.

La protección cercana se dedicará a actuar sobre los lugares inmediatos a la zona elegida para la llegada de los expedicionarios, en forma de crear una zona de seguridad con el establecimiento de una barrera de fuegos que circunde el lugar y que sea imposible de atravesar a los elementos que se dispongan a oponérselos. A este respecto es interesante señalar que, teniendo en cuenta la dirección del viento, habrá de establecerse una dirección de marcha para los aviones de transporte, y como éstos habrán de volar a pequeña altura, para que el descenso de los paracaidistas sea lo más rápido posible, los lugares de entrada y salida de los aviones habrán de ser asegurados y, por tanto, elegidos de manera que no estén

sobre zonas desde las que se puedan ejercer acciones perjudiciales para la operación. Esto, naturalmente, será en el caso de que en una pasada cada elemento de transporte vacíe su carga; pues, en caso de tener que hacer esta operación en varias pasadas, la zona de maniobra que habrá de necesitarse por los aviones de transporte será mayor.

La protección inmediata estará integrada por los aviones que tengan por misión defender el cielo contra las incursiones de la Aviación contraria, que actúe para impedir la operación y la protección de la misma.

Todo esto es una operación compleja, cuya ejecución requiere un detenido estudio de todos los datos del problema, para no dejar a la improvisación más que aquello que sea imposible prever. De otro modo, no podrá garantizarse que la operación pueda tener lisonjero éxito.

Llegados a tierra los primeros elementos, lanzados desde pequeña altura, la suficiente para garantizar el funcionamiento del paracaídas, que puede estimarse en 200 metros, las Unidades se organizan y comienzan a ejecutar la acción que se haya previsto para alcanzar el objetivo que a cada Unidad se haya asignado. A continuación descenderá la segunda ola, y sucesivamente las demás, con los elementos que constituyen el total de la expedición. Estas nuevas invasiones podrán intervalarse en el tiempo que se haya calculado para que las tropas en tierra se organicen, o el que convenga, que variará, en cada caso, con la misión que se les imponga o los medios que el enemigo pueda oponer, clase de objetivo que haya de alcanzarse, etc., etc. Si el lanzamiento es inmediato, habrá que escalonar también la altura de descenso. La protección cercana tendrá que volar a altura conveniente para sustraerse a los efectos de los elementos anti-aéreos que se le opongan, y que al mismo tiempo permita una acción eficaz sobre los objetivos que trate de batir, teniendo en cuenta que la altura de vuelo de los aviones de transporte sobre el lugar de descenso habrá de ser notablemente más baja.

Las tropas desembarcadas, con potencia adecuada a los objetivos que hayan de alcanzar, comenzarán su progresión para ensanchar la zona que ha de servir de base a las posteriores operaciones, a fin de alejar al enemigo a distancia conveniente para que su artillería no pueda ocasionar entorpecimientos en las operaciones de llegada de las demás fuerzas.

Inmediatamente que esté garantizada la zona, los zapadores organizarán el terreno de modo que permita el establecimiento de un aeródromo que sirva para el aterrizaje de los elementos aéreos que transporten tropas y material, que ya no habrá necesidad de lanzar desde el aire, ni de que tengan la especialización dicha para esta clase de operaciones, sino que bastará que sean tropas organizadas normalmente, dotadas de elementos adecuados a la misión que se les confía. Desde el momento en que el lugar de aterrizaje esté asegurado, podrán ser transportados elementos de toda clase, sin que el peso sea ya un obstáculo insuperable, toda vez que habrán de ser desembarcados de una manera normal.

Tanto para dar cuenta de este momento, como para señalar la amplitud de la zona ocupada, comunicar, en fin, al Mando superior todo cuanto ha de conocer para actuar en consecuencia, como también para poder establecer la acción del Mando entre las tropas desembarcadas, como ya ha quedado indicado más arriba, es indispensable que esté asegurado el perfecto funcionamiento de las transmi-

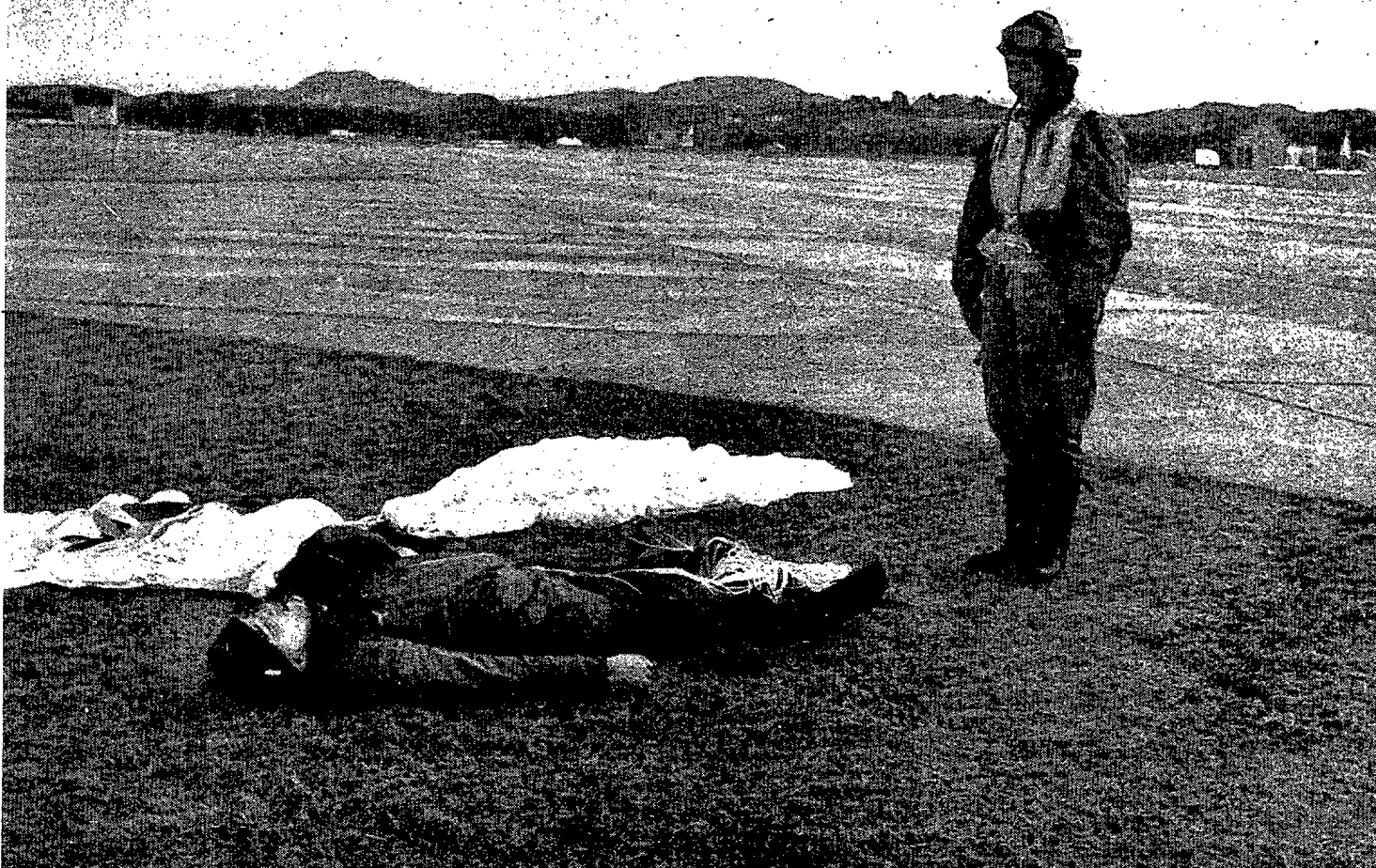
siones, e insistimos sobre este punto por la importancia que la cuestión tiene.

En cuanto haya lugar para ello, se procederá a establecer los servicios de abastecimientos y evacuaciones de todas clases, teniendo en cuenta que la base elegida será el único punto de contacto entre los expedicionarios y el resto de las tropas amigas, y a él confluirán todas las peticiones y necesidades, y desde él habrán de atenderse, mediante envíos posteriores, cuya llegada es indispensable garantizar.

El haber limitado, al tratar de la organización de estas tropas, nuestras consideraciones al Regimiento, no quiere decir que ahí termine la cuestión. Naturalmente, estas Unidades podrán llegar a tener la importancia que la calidad del objetivo, la situación de la zona de llegada y las dificultades que haya que vencer impongan, llegándose a la constitución de grandes Unidades, que habrán de estar compuestas por los elementos necesarios para la

acción, y en la que el núcleo principal será la Infantería aérea, pues si las tropas de esta clase no tienen espíritu de Infantería, no serán aptas para esta misión, difícil, peligrosa y audaz.

Cuanto mayor sea el número de estas tropas especializadas, mayores serán las garantías de acierto y mayor el número de ocasiones de empleo, pues debe tenerse en cuenta que, por mucho que se trate de evitarlo, han de sufrir gran desgaste, y es preciso contar con reservas de ellas para emplearlas cuando las circunstancias lo aconsejen; empleo que en la mayoría de los casos habrá de precipitar favorablemente el resultado de la marcha general de las operaciones, y que, por lo tanto, habrá de suponer una economía en hombres, material, suministros, etcétera. El sacrificio que la nación se imponga al organizar y dotar estas fuerzas, de modo que garanticen su eficiencia, será compensado con la más rápida obtención del triunfo que con su empleo se pretende.



BIBLIOTECA MILITAR PARA EL OFICIAL

MANDADA PUBLICAR POR ORDEN DE 20 DE NOVIEMBRE DE 1940. (D. O. NÚM. 287.)

Acaban de aparecer en la Colección de Tratados Prácticos de Campaña

SERVICIO DE INFORMACION EN CAMPAÑA. — Comandante Mateo Marcos.—Precio: 6 pesetas.

LA DEFENSA PASIVA.—Comandante Crespo.—Precio: 9 pesetas.

PASO DE RIOS Y RESTABLECIMIENTO DE CAMINOS. — Comandante Ruiz López.—Precio: 8 pesetas.

En la Colección de Tratados Prácticos de Campaña van publicados hasta ahora los siguientes

Empleo de la Artillería.—General Martínez de Campos.—Precio: 8 pesetas.

Mando y Estado Mayor.—Teniente Coronel López Muñiz.—Precio: 6 pesetas.

Artillería—Tiro y su preparación.—Comandante Carmona.—Precio: 8 pesetas.

Fortificación de Campaña.—Comandante Villar.—Precio: 7 pesetas.

Infantería—Normas para el Combate de Pelotón, Sección, Compañía y Batallón.—Coronel Barrueco.—Precio: 6 pesetas.

Infantería—Combate del Regimiento.—Teniente Coronel Torrente.—Precio: 6 pesetas.

Artillería de Costa.—Comandante Martínez Lorenzo (V).—Precio: 8 pesetas.

Defensa Química de las Unidades.—Teniente Coronel Castresana.—Precio: 6 pesetas.

Intendencia—Servicio de Campaña.—Comandante Fuciños.—Precio: 6 pesetas.

Farmacia—Servicio de Campaña.—Comandante Farmacéutico Peña.—Precio: 6 pesetas.

El Servicio de Información en Campaña.—Comandante Mateo Marcos.—Precio: 6 pesetas.

La Defensa Pasiva.—Comandante Crespo.—Precio: 9 pesetas.

Paso de Ríos y Restablecimiento de Caminos.—Comandante Ruiz López.—Precio: 8 pesetas.

EN PREPARACION LAS RESTANTES OBRAS QUE COMPLETAN LA COLECCION

La Superioridad ha autorizado a los Cuerpos procuren a sus Oficiales las facilidades de pago para los pedidos que hagan por conducto de sus Primeros Jefes.



LA PATRIA ~ La Educación

del Patriotismo ~ Manuel Garcia Morente -
Catedrático de la Universidad Central



PLATON exige en su República que los que vayan a consagrarse a la profesión de las armas sean objeto de una rigurosa selección. No los quiere ni débiles de cuerpo ni flacos de espíritu. Y una vez admitidos a prepararse para la vida militar, impónelos la obligación de ejercitar continuamente su cuerpo y su espíritu, para que las favorables predisposiciones se desarrollen en perfección material y moral. Las naciones modernas siguen esas mismas directivas de Platón. Las cuales, por otra parte, son tan obvias y evidentes que lo que no se comprende es que hayan podido permanecer tanto tiempo desatendidas en la historia de la preparación militar.

Actualmente, el ingreso de los jóvenes en las Academias militares y navales plantea, en efecto, a los aspirantes la exigencia de determinadas condiciones previas, físicas y espirituales. Pero las condiciones espirituales exigidas son más bien de orden intelectual que de orden moral. Consisten en el manejo de ciertos conocimientos científicos y técnicos, más que en la posesión de determinados sentimientos y virtudes. Y, sin embargo, es bien evidente que hay sentimientos y virtudes que son propios y casi específicos de la carrera militar. ¿Cuáles? Yo creo que pueden contenerse bajo las dos rúbricas esenciales de patriotismo y valentía. El patriotismo y la valentía son la base de toda la actividad profesional del militar, y como el empujón inicial que pone en movimiento la vida de las armas y da vigor, realidad y sentido a todos los actos, tanto técnicos como personales, en que dicha vida se desenvuelve día por día.

De patriotismo y valentía no es, empero, posible examinar a los que aspiran al ingreso en las Academias. Hay que suponer que los mozos cadetes son de suyo valientes y patriotas, y dejar que el transcurso de sus vidas personales confirme o infirme esta suposición. Tengo yo, sin embargo, una como vaga sospecha de que en estas cuestiones morales y psicológicas la vigilante atención de los que cuidan de nuestros futuros oficiales acaso no haya desechado los infundados prejuicios en que suelen envolverse las opiniones comunes sobre estos temas. Quizá piensan algunos que el patriotismo y la valentía no son susceptibles de educación. Quizá consideran otros que el patriotismo y la valentía son aptitudes tan radicales, hondas y personales, que ya han de existir previamente en el corazón, cuando se toma la resolución de abrazar la carrera de las armas. Y quizá, por último, creen muchos que no hace falta una educación especial de esas virtudes, porque la educación general y el ambiente patriótico y varonil de las Academias militares bastan para desarrollar y cultivar el patriotismo y la valentía iniciales de los jóvenes alumnos.

Pero todas estas opiniones flaquean por falta de claridad en los conceptos. Más que opiniones, son, en realidad, falta de opinión. En general, no pensamos mucho acerca de las cosas que nos parecen obvias y sencillas. Acerca del patriotismo y la valentía, nos creemos fácilmente dispensados de meditar, porque, en efecto, estamos convencidos de que todo el mundo sabe muy bien lo que son. Intentemos, empero, apretar un poco sus conceptos; en seguida vemos surgir problemas en que acaso no habíamos reparado. Así, por ejemplo: ¿son el patriotismo y la valentía virtudes, o son sentimientos y afectos del alma? ¿pueden imperarse? ¿dependen de la voluntad? ¿en qué consisten? ¿es lo mismo patriotismo que amor a la patria? ¿en qué se parece el amor a la patria a los demás amores y en qué se diferencia de ellos? ¿es la valentía desprecio de la muerte o desprecio del dolor? ¿de qué dolor, del físico o del moral? Una leve reflexión sobre estos problemas basta para persuadirnos de que no son tan sencillos y claros como vulgarmente se cree. Por eso pienso que quizá no sea superfluo proponer aquí algunas observaciones acerca de las ideas mismas de patriotismo y de valentía. Me hago la ilusión de que acaso puedan resultar fructíferas, aunque no sea más que para nutrir la retórica con alimento sólido. Nada más lejos de mi ánimo

que menospreciar la retórica. La retórica desempeña en la vida una función necesaria y plausible: la de encender o atizar los legítimos fuegos del alma y la de apagar los ardores indebidos. Pero la retórica necesita fundarse en una previa indagación metódica y serena — y aun fría — de lo que la realidad es. En este artículo hablaremos solamente del patriotismo. En otro trabajo próximo, de la valentía.

¿Qué es, pues, el patriotismo? La respuesta sólita dice: amor a la patria. Pero esta definición, tan obvia al parecer, está gravada con todas las dificultades y problemas que pesan sobre las ideas de patria y amor. La patria puede entenderse como la tierra de los padres. Entonces cabe preguntar cuáles son los límites de esa tierra. Si la base territorial de la patria se toma demasíadamente estrecha, incídese en el localismo, en el amor a la patria chica, al lugar en donde se nació, se aprendió a sentir, a hablar, a querer, a pensar, a ser hombre. El horizonte reducido de una aldea, de una ciudad ó, a lo sumo, de una comarca, queda entonces identificado con la patria:

Tal fué, en efecto, el sentido de patria que tuvieron los antiguos griegos, cuyo mundo político y social se encerraba en los breves límites de la Ciudad-Estado. Localista fué también el patriotismo de los antiguos romanos, a pesar de la dilatación territorial de su Imperio; porque el proceso de las conquistas que llevó a cabo Roma, significó siempre, invariablemente, o incorporación a la Urbe o supeditación a la Urbe; pero nunca construcción de una unidad superior a la unidad de la Urbe.

Pero ¿hasta dónde habrá que ensanchar los límites de la patria para no caer en el estrecho localismo? Porque es evidente que la base territorial de la patria no puede tampoco dilatarse hasta el extremo de comprender la Tierra entera. El cosmopolitismo de los antiguos estoicos—que gustaban llamarse ciudadanos del mundo—era una teoría filosófica, una actitud individual, un ademán de minoría, que nada tiene que ver con lo que nosotros llamamos patriotismo. Y en cuanto al internacionalismo de los modernos partidos socialistas, ¿quién no advierte su sentido de rencorosa negación? Lo que pretendían realmente las famosas internacionales era aniquilar en las almas el sentimiento patriótico, para poner en su lugar el odio de clase o, a lo sumo, un fantasmal amor a la clase proletaria, que, como decían entonces, "no tiene patria". Decir que la patria es la Tierra o la Humanidad vale tanto como decir que no hay patria ni patriotismo.

La base territorial del concepto de patria debe, pues, trascender los límites de la comarca o región; es decir, de la llamada "patria chica"; pero sin llegar a la extensión excesiva de un continente y menos aún de la Tierra entera. El término medio entre esos dos extremos — mínimo y máximo — es, sin duda, lo que llamaríamos la nación. Si la patria no puede ser ni el terruño natal—harto reducida base de vida humana—ni la tierra total, sólo resta que sea la nación. Y no es extraño que la modalidad peculiar del patriotismo moderno se haya producido en la historia simultáneamente con la formación de las nacionalidades. La unificación nacional fué la que hizo de España—de Francia, de Italia, de Alemania — una patria. En este sentido podría decirse que nuestra Patria data de los Reyes Católicos.

Pero entonces, si la patria es la nación, ¿qué sentido tiene ese "amor" a la patria, que está contenido en la definición del patriotismo? Dos graves dificultades se le plantean, en efecto, al patriotismo cuando se le considera como amor a la patria. La primera es que, siendo el amor un sentimiento, un afecto, no puede obedecer a los dictados de la voluntad. Y, por consiguiente, no puede ser imperado. A nadie se le puede exigir que ame. Ahora



bien: todos los hombres nos sentimos realmente obligados a amar a nuestra patria, a nuestra nación. Tanto, que si encontráramos a alguno que no amase a su patria, no le haríamos objeto de nuestra compasión, ni nos limitaríamos a comprobar fría y objetivamente el hecho, sino que lo vituperaríamos, lo censuraríamos y se lo imputaríamos a culpa y aun le exigiríamos — más o menos objetivamente — responsabilidad. ¿Cómo conciliar entonces este sentido exigitivo del patriotismo con el libre sentimiento del amor, que no admite constricción ni obligación?

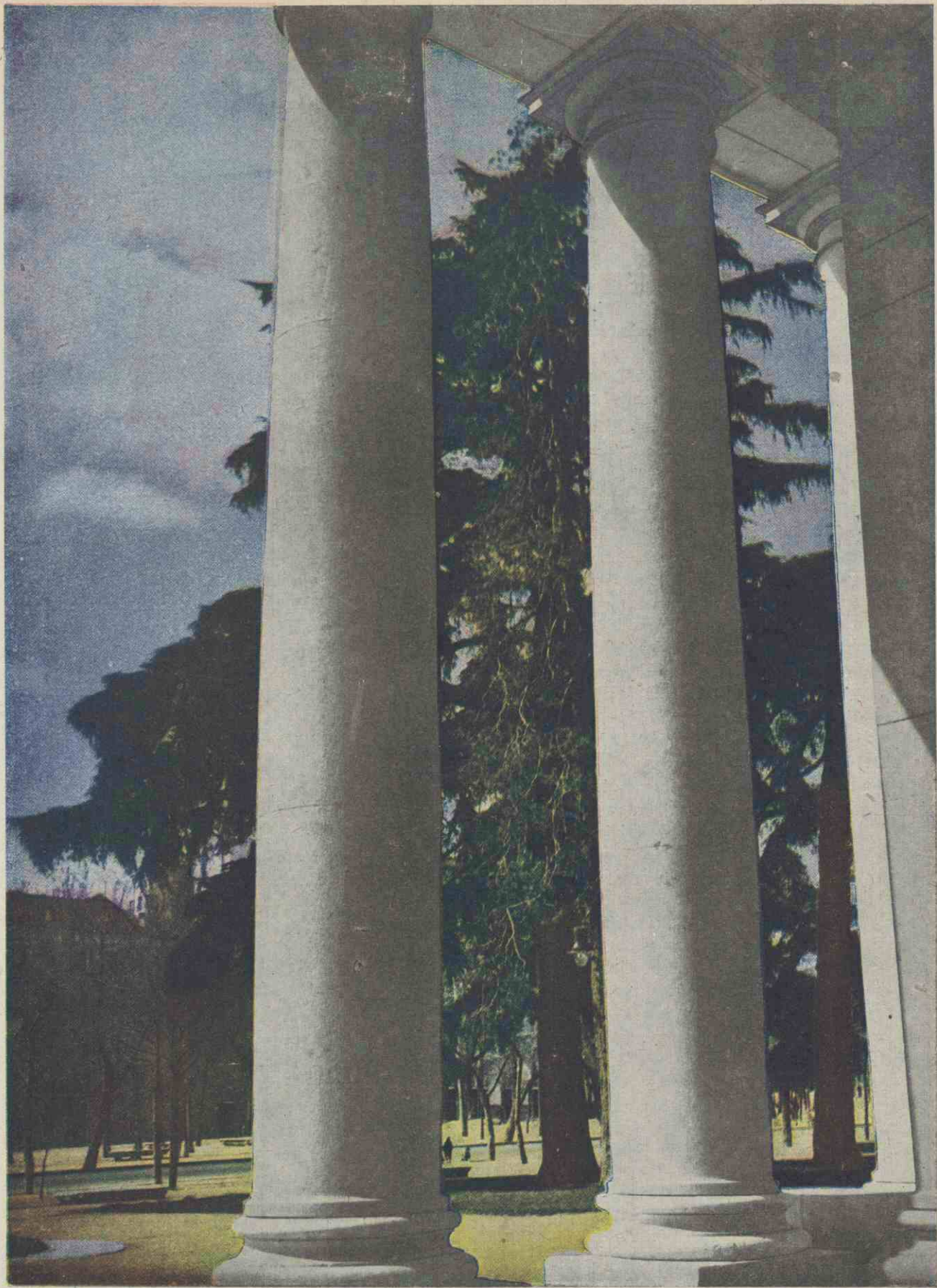
La segunda dificultad que se plantea al patriotismo, entendido como "amor" a la patria, es la siguiente: Amor es un sentimiento personal, es decir, un afecto, cuyo objeto necesariamente tiene que ser una persona. Podemos amar a un semejante, a nuestros padres, a un amigo, a Dios; pero, en rigor, no podemos amar ni a un animal ni a una cosa. Sin duda, puede haber y hay amores, por decirlo así, consecutivos, que recaen secundariamente sobre animales o cosas. Pero son, en cierto modo, amores de sustitución, amores cuyo objeto está haciendo las veces de una o varias personas ausentes, íntimamente ligadas con la cosa amada. Hay el amor a los objetos — muebles, cuadros, etc. — que pertenecieron a personas amadas o a nosotros mismos, en nuestra niñez, por ejemplo. Hay el amor "quasi" personal al perro fiel que nos acompaña a diario. Hay el amor al árbol, a cuya sombra nos sentamos tantos años, o se sentó la amada. Pero todos estos amores llevan en su íntimo fondo el rastro de una persona dilecta; son amores de sustitución, que en último término van a parar a una persona determinada, bajo la cosa material o el cuerpo animal. De esta clase es también el amor a la patria chica, a la aldea en que nacimos, a la comarca en donde transcurrió nuestra niñez y juventud, a la tierra en donde reposan los restos de nuestros padres. Por eso el patriotismo localista de los antiguos — griegos y romanos — puede muy bien considerarse como un "amor". En la idea que los antiguos se hacían de la patria no había desaparecido ese elemento personal que confiere valor y sentido al amor hacia cosas inánimes e impersonales.

En cambio, del amor a la patria como nación no podemos decir lo mismo. No parece que sobre una base territorial tan dilatada quede ya posibilidad para un amor auténtico. Los límites en que el afecto del amor se puede aplicar a cosas, son hartó estrechos. El territorio nacional se dilata, empero, enormemente. La nación está demasiado lejos de la intuición actual para poder ser amada por sustitución. Sin duda, es la tierra de nuestros padres; pero los padres a quienes amamos son estos padres concretos que reposan aquí, en el cementerio de la aldea. La patria nacional, por sus vastas proporciones, parece, pues, incapaz de convertirse en objeto amado. El amor de los hombres sólo se enciende hacia seres personales o hacia cosas que pueden ser inmediatamente vividas como personas.

Las dos dificultades que acabamos de señalar, son graves. Si nos atuviéramos a ellas, las consecuencias serían peligrosísimas para el patriotismo tal como hoy lo entendemos. Porque de la primera resultaría que el amor a la patria, a fuer de sentimiento, es un afecto libérrimo, que se puede sentir o no sentir y que de ninguna manera se puede imponer o imperar. Y de la segunda resultaría que el único amor patrio que existe realmente es el amor a la patria chica; porque solamente la aldea, la ciudad o, a lo sumo, la comarca son capaces, por su exigua extensión, de conservar viva la huella anímica de las personas, en sustitución de las cuales profesamos cariño.

El origen de estas dificultades hállase, empero, en el hecho de haber aceptado una definición insuficiente e incompleta del patriotismo. El mayor pecado que puede cometer el pensamiento del hombre es el de asentir a las mutilaciones, que con harta frecuencia infieren nuestros conceptos a la realidad. Al frente de todos los tratados de lógica debiera figurar, invariablemente, el imperativo del respeto a la integridad de las cosas, que son mucho más complejas y matizadas de lo que suelen reflejar nuestras ideas. El patriotismo no puede, de ningún modo, reducirse a amor a la patria. Ni la patria puede tampoco, de ninguna manera, reducirse a territorio. El patriotismo es algo más que amor: es también virtud. Y la patria es mucho más que territorio: es persona viviente. El patriotismo es, pues, ciertamente, amor, en tanto en cuanto que la patria es persona viviente, o sea objeto cóngruo del sentimiento amoroso. Pero el patriotismo, además de amor, es virtud. Y como virtud, puede imperarse y exigirse a todos los hombres.

La virtud es un hábito moral. La más leve predisposición al acto bueno, si recibe adecuado cultivo por la educación o por el propio esfuerzo voluntario, se robustece e incrementa y se convierte en virtud. El patriotismo, como virtud, consiste en tener expeditos y flexibles en el alma los resortes de las reacciones con que debemos responder a las demandas de la patria. Porque a la patria les somos deudores de una cierta conducta, de un cierto sistema de reacciones, de pensamientos y de sentimientos. Dicho de otro modo: tenemos para con la patria obligaciones objetivas. En cumplirlas debidamente consiste la virtud del patriotismo — sintamos o no sintamos el sentimiento de amor a la patria —. El patriotismo, como virtud, puede, pues, exigirse, imperarse. Puede también cultivarse y educarse. La educación del patriotismo como virtud seguirá los mismos trámites formales que la educación de cualquier otra virtud; consistirá esencialmente en la repetición metódica y ordenada de los actos



internos o externos que le son propios; consistirá también en el estudio de las respuestas que una conducta patriótica deberá dar en cada caso a las peticiones o necesidades de la patria. La educación del patriotismo contiene, pues, los dos aspectos teórico y práctico de toda educación. Y adviértase que esta educación del patriotismo a que aquí me refiero no es la "educación patriótica". Son cosas muy distintas la educación del patriotismo y la educación patriótica. La educación patriótica es la educación general humana, pero hecha con un criterio patriótico. La educación del patriotismo, en cambio, es una educación especial, metódicamente planteada y enderezada a desarrollar de un modo particularmente intenso, puro y clarividente el patriotismo en las almas de ciertos jóvenes; por ejemplo, los futuros oficiales del Ejército y de la Armada. No dudo un instante de que en las Academias militares se da a los alumnos una educación patriótica. Pero pregunto: ¿se les da, además, la educación especial del patriotismo?

Parejas reflexiones podemos también disponer, si atendemos al otro aspecto del patriotismo: al aspecto sentimental y emotivo. Y lo primero de todo será reivindicar para el patriotismo el carácter de auténtico y verdadero amor. Es cierto que el amor figura entre los sentimientos personales; es decir, entre los que tienen por objeto una persona. Pero ¿quién ha dicho que la patria no sea una persona? Definir la patria como mera extensión territorial es mutilar extrañamente la plenitud de su realidad. La patria es infinitamente más que un pedazo de tierra sobre el planeta. En el ámbito de esa unidad territorial vienen viviendo, desde hace muchos siglos, unos hombres que hablan el mismo idioma, que convienen en el mismo estilo de pensamiento, de sentimiento, de preferencias, de desvíos, que sienten el mismo ideal — más o menos confuso o explícito —, que se asisten y complementan en una unidad totalitaria de vida, que se apoyan unos en otros y todos los de una misma época en la inmensa corriente de la historia pasada — columna vertebral del tiempo, sobre que descansa la identidad personal de la nación viviente—. Y esa unidad viva de la nación, en el tiempo pasado y futuro y en el espacio presente, ¿no manifiesta todos los caracteres de una unidad de persona? España, por ejemplo, con sus vicisitudes históricas, su cuerpo territorial, su idioma universal, su estilo, que se imprime indeleble en la más mínima producción y en el más leve gesto de sus hijos, ¿no tiene, en verdad, un alma que informa todos los elementos materiales sometidos a su acción? ¿no tiene una sensibilidad, que alcanza a todos los átomos de su cuerpo geográfico y humano? ¿no tiene un pensamiento, que alienta unánime bajo las diversidades de grupos, de individuos y de épocas? ¿no tiene una voluntad, que el historiador persigue a través de los siglos y que — pese a fluctuaciones semejantes a las de la vida individual — se mantiene fija y firme en el módulo propio de afrontar los problemas? ¿Qué más se requiere para reconocer la personalidad de la patria? Sin duda, la patria no es persona del mismo modo como lo es un ser humano individual. Pero lo es a su modo, al modo colectivo, social e histórico. Nadie puede dudar — y en serio nadie duda — de que la patria posee una personalidad propia y, por consiguiente, está capacitada para ser objeto del sentimiento amoroso.

El amor — es muy cierto — no puede imperarse ni exigirse. El amor patrio no podrá, pues, constituir la finalidad última de una educación moral especial, semejante a la que hemos señalado al hablar del patriotismo como virtud. Pero el amor, si no puede exigirse, puede inspirarse. En el proceso que haya de seguir la educación del patriotismo, un ejercicio de capital importancia será el destinado a provocar y encender en las almas juveniles el amor a la patria. Los métodos para ello podrán ser variadísimos: lectura, narraciones, espectáculos naturales y morales, emociones históricas y estéticas...; todos se reducen, en última instancia, a un solo acto: vivir la historia pasada y la realidad presente de la patria. Y así, incorporando el sentimiento del amor patrio a la educación moral del patriotismo como virtud, se conseguirá desenvolver en las almas juveniles un patriotismo integral, que no será solamente el frío cumplimiento del deber, ni solamente la ciega pasión del amor, sino la unión profunda del sentimiento amoroso con la virtud moral.

Esos dos elementos entran, pues, esencialmente en la actitud humana que llamamos patriotismo, la cual no es una actitud simple, sino compuesta de amor y de virtud. Y precisamente esta composición constituye la singularidad del patriotismo, que no encaja del todo ni en el grupo psicológico de los sentimientos, porque es virtud, ni en el grupo ético de las virtudes, porque es sentimiento; que no puede imperarse ni exigirse como sentimiento, pero que, por otro lado, como virtud no sólo puede imperarse y exigirse, sino que es susceptible incluso de enseñanza y educación propias. No me es posible desenvolver aquí detalladamente los efectos que cada uno de esos dos elementos esenciales puede producir en la educación del patriotismo. Sólo daré unas breves indicaciones.

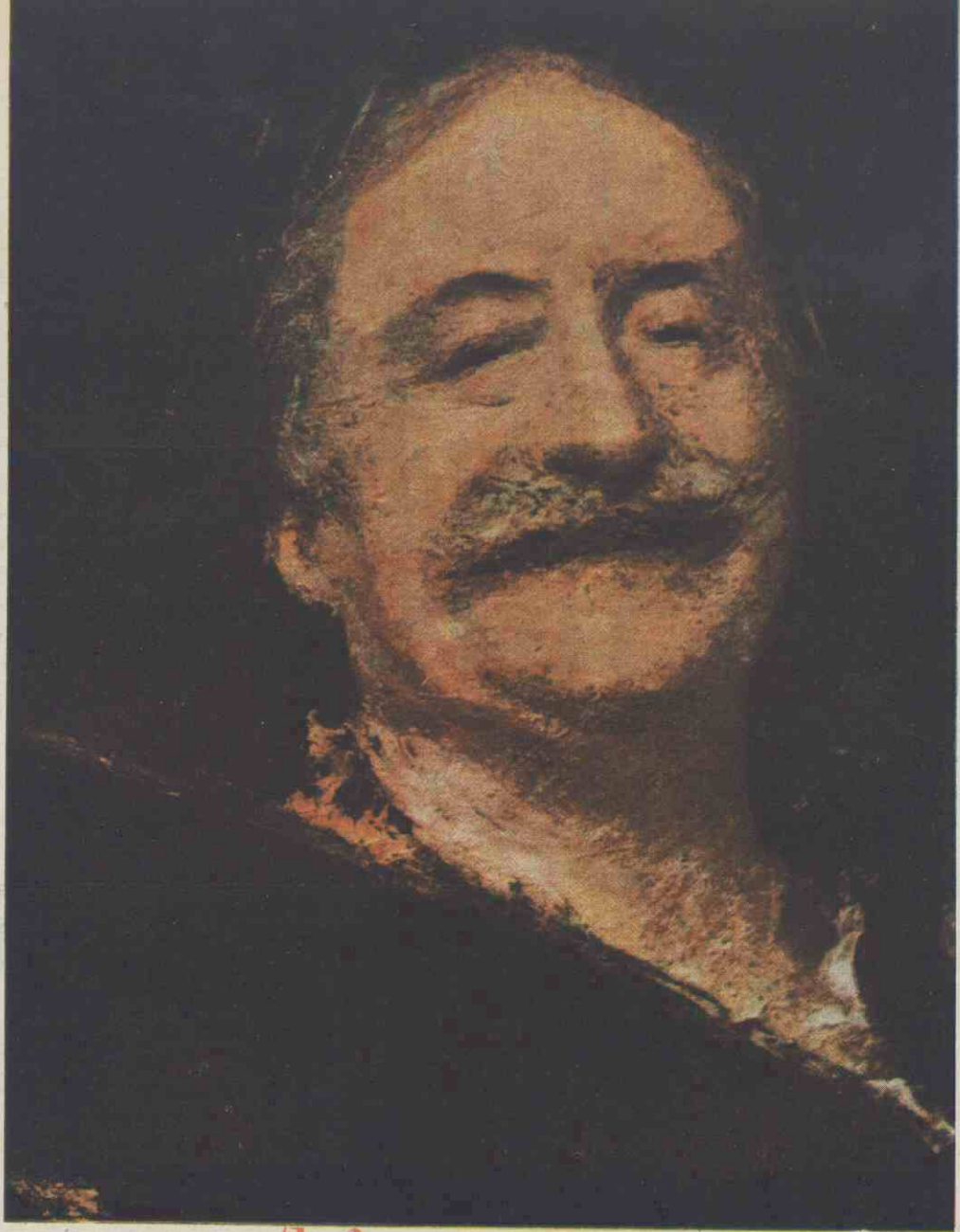
El amor patrio supone la concepción de la patria como persona — como persona "quasi" humana —. Será, pues, un amor que podrá — y, por lo tanto, deberá — asumir todas las formas que el amor a una persona humana puede asumir. Estas formas son, empero, tres: amor filial, amor conyugal, amor paternal. El amor a la patria deberá, pues, contener — más o menos explícitas — esas tres formas. Y las contiene, en efecto. Porque el amor

patrio es primeramente amor filial, del hijo a sus padres, a quienes debe la vida y la crianza, que es lo que nosotros debemos a la patria. Este amor filial a la patria se explicita principalmente cuando consideramos la patria en su pasado, en su historia, como madre y nodriza nuestra en lo espiritual y material. El amor filial a la patria es entonces amor histórico o *amor de gratitud*. Nos empujará a conservar piadosamente los restos del pasado patrio, a reconstruir afanosamente lo olvidado o perdido; a conocer y estudiar la historia de las grandezas, y también de los dolores y aun de las flaquezas de la patria, que deberemos contemplar con respetuosa pena.

Pero el amor patrio es también amor conyugal. La patria no es sólo madre, sino esposa. De nuestra unión con ella se deriva la vida de la nación y la continuidad específica del estilo nacional. La forma que adoptará este tipo de amor a la patria será la de amor de fidelidad. Debémoslo a la patria como esposa, con la cual estamos compenetrados en la unidad colectiva de la vida nacional. La infidelidad, la traición a la patria, es como una especie de adulterio, que rompe la unidad viva, dentro de la cual únicamente podemos realizar cada uno nuestro propio ser. ¡Trágico y lamentable destino el de los "desarraigados", el de los sin patria, cuyas existencias "extravagantes" se deshilachan en jirones inconsistentes e inconexos y se evaporan en pura nada! El amor de fidelidad a la patria esposa nos vincula a la tierra y a los problemas vivos del presente; nos fija y clava en un lugar y en un tiempo, y sostiene nuestro ser sobre la base sólida de una totalidad secular. Impónenos, en cambio, una completa dedicación a las labores que las circunstancias demanden. Impónenos el trabajo sin descanso, la disciplina del rendimiento eficaz. El amor patrio, en su aspecto de amor conyugal, es, en suma, *amor activo de servicio*.

Hay, por último, también en el amor a la patria un sentimiento paternal que se manifiesta bajo la forma del *amor de sacrificio*. La patria no es sólo el pasado que ha engendrado nuestro presente ser. Ni tampoco es el solo presente, con el cual compenetrados en unión conyugal vivimos. La patria es también el futuro. La patria es hija de nuestro esfuerzo. Ahora bien: la vida futura de los hijos constituye la preocupación principal de nuestra vida presente, y por asegurar aquélla seríamos capaces de sacrificar ésta. Por eso, en su aspecto de amor paternal, el patriotismo es amor de sacrificio. Dar la vida por la patria es como morir por los hijos: de cara al futuro, al espléndido porvenir que nuestros esfuerzos presentes preparan a la amada patria como perpetuación del pasado glorioso.

La patria, pues, cuya personalidad metafísica e intemporal se especifica como madre, esposa e hija, puede ser objeto de las tres formas de amor que cabe sentir hacia personas: el amor de gratitud, el amor de servicio y el amor de sacrificio. Y así, la psicología del patriotismo como amor, nos proporciona con toda naturalidad la orientación concreta que ha de presidir a la educación del patriotismo como virtud. Esta educación deberá ofrecer a las almas jóvenes una clara deontología del patriotismo, repartida en tres grandes grupos de deberes: deberes de gratitud, deberes de servicio y deberes de sacrificio. En ellos se cifra todo el conjunto de las obligaciones que el patriotismo como virtud nos impone ineludiblemente a todos. Desenvolverlas en sus detalles no es obra que quepa en los límites de este trabajo. Sólo he de apuntar dos observaciones postreras, a modo de conclusiones. La primera es que el sistema de las virtudes patrióticas tendrá que conducir derechamente a la fuente, fundamento o cúspide de donde depende en última instancia toda virtud de esta tierra: Dios. En efecto: sin Dios no hay virtud, no hay rectificación de la naturaleza; porque Dios es el legislador y modelo sobrenatural de quien recibimos los criterios necesarios precisamente para poder rectificar y gobernar la naturaleza. Y así la educación del patriotismo deberá fundarse sobre la base de una sólida educación religiosa. No puede ser verdaderamente patriota quien no sea verdaderamente religioso. La segunda observación es que la práctica de las tres virtudes fundamentales patrióticas: gratitud, servicio y sacrificio, exige como previa condición que el alma se halle expedita para hacer o padecer, sin vacilación, lo que el patriotismo exija en cada instante. Ahora bien, esa disposición del alma, esa como lubricación interior que permite al hombre practicar con facilidad y perfección sus deberes patrióticos, se llama propiamente valentía. La valentía es la virtud instrumental del patriotismo. Pero quede este vasto tema reservado para otra ocasión.



Capitanes y Alfereces antañones

Capitán Jurídico
JOSÉ MARÍA GARCÍA RODRÍGUEZ

EL ensayo que hubiese querido hacer sobre el tema de "una muerte española" me ha traído a este pequeño boceto de mandos militares de otros tiempos, en los que se aunaron de modo galano la cordura y la alegría en el vivir con la mejor disposición de ánimo para la ocasión dura que acecha fácilmente a quien ha hecho voto y profesión, en servicio de su

patria, de la vida de soldado. Si acaso, mi intención va para comenzar, bordeada de una vieja controversia sobre la primacía y la superioridad de las armas sobre las letras o de éstas sobre aquéllas, resuelta, con la lucidez que en muchas ocasiones le caracteriza; por aquel buen Don Quijote que, habiéndole faltado mejor ocasión para probar el esfuerzo y denuedo de sus brazos y corazón, rompió por las llanuras manchegas en desesperados esfuerzos de enderezar entuertos; deshacer endriagos y endiablados; osados y malandrines, y ganar así lustre y honra que le sirviesen para hacerle merecedor de su dama, labradora rústica y bellísima ilusión, que ilusión son las mujeres en la vida. ¿Quién es el que no sabe que las ciencias se sujetan y viven en fina inteligencia? Pero las armas necesitan también aguda disposición. El capitán ha de conocer con precisión sus recursos, adivinar sutilmente las añagazas y fuerzas de sus enemigos, compararlas con las suyas, sacar partido de los ajenos errores y ganar a veces por decisión y prontitud de ánimo. Y es oficio más propio de hombres, porque aunque al socaire de una educación endeble se nos haya dicho otra cosa, las armas requieren las mismas condiciones que las letras, y además, como decía el doctor Juan Sorapán de Rieros hace varios siglos, dura y recia carne, mucha sangre y basta, gruesos espíritus que no se disipen con facilidad y tanta determinación que el amor al prójimo no mitigue la crueldad con que se derrama sangre humana al tiempo de embestir al enemigo. Y es por lo demás la experiencia la que nos dice que el poco humor, las carnes blancas y blandas, los espíritus escrupulosos, la falta de hombría para decidir entre el amor a la Patria y a nuestros más cercanos prójimos y estúpidas vaguedades de humanitarismo cobardón y cerril podrán servir para la literatura o las ciencias, pero no para ganar reinos ni hacer historia. Jamás hubo libro, por maravillosamente escrito que esté, que haya difundido un idioma en una región y le haya impuesto. A nosotros nos bastaron en América un puñado de capitanes y de hombres decididos para crear una cultura; extender el castellano y descubrir valores nuevos... ¡Valen mucho el ardimiento de corazón y el saber menear las manos contra los enemigos!

¿Y la gloria de la guerra, qué? La gloria y el trabajo de ánimo y de cuerpo, que pesan siempre sobre quien ha de estar atento ahora a la Infantería y luego a la Artillería, y a las vituallas, y a la emboscada de los enemigos, y a su honra, pero no a su vida. Y amén de ello tener que señalarse por su bravura, como hizo el Duque de Alba en la batalla de Muhlberg, llevando sobre el casco un hermoso penacho de plumas blancas que sobre las espaldas le caía, para que viesen todos hasta qué punto se adentraba en el peligro, y quizá para honor, pero nada más, que nunca quien en otra cosa pensó llegó a tener fama de mediano capitán. Y cuando, muchas veces, llegan los premios, se acercan como al coronel

Zamudio, un poco antes de la batalla de Rávena. Les puso un comentario sentido y bravío: Muy presto se quiere pagar el Rey de las mercedes que hace. Y se pagó que aquel día brilló la última luz que el coronel vió en sus días. Lo recuerda aquel romancillo andaluz de doña Ana de Chaves, donde se pintan con tanta belleza adónde va y en qué para la ardua profesión de capitán. Dolorida y enlutada, después de la delicia de sus tres matrimonios, preguntársele podía aún por aquellos ojos negros y la palidez mate de su tez:

—Yo soy doña Ana de Chaves,
la de los ojos hundidos,
casada con tres maridos,
todos ellos capitanes.
Murieron en sus milicias,
donde mis padres murieron,
dejándome por herencia
manos blancas y ojos negros...

Que, a despecho de infrahombres que sólo cuenten por talegas sus herencias y por brillo de pálidos dolones o luciente pedrería, tiene su grandeza innegable el haber sabido legar a otras generaciones la poesía de unos ojos hundidos y unas manos blancas. Los gregüescos de seda, las capas verdeoscuras, la volatería de las plumas terciadas en las gorrillas o





airosas sobre los cascos, la capilla ceñida, apretada y bien lucida por las manos contra el talle; la alegría del desfile, la libertad de la vida del soldado y el placer ciego o loco en la ciudad recién tomada, son los bienes de la vida que duran menos y que tardan más en llegar. ¡Cuán pocas veces, orgullosa la dama que tiene hijo en milicia, pudo decir: Desdichada la madre que no tuvo hijo Alférez! Mujeres y guerras mal se avienen, por lo regular, y el Alférez, si ha de ser bueno, disgustos da, por lo general, a su madre, como aquel de don Lope Díaz, señor de Vizcaya, a quien, para robarle el pendón, tuvieron los moros que matarle. O el otro que conoció Hurtado de Mendoza, hidalguillo de poco pelo; de Plasencia, hijo de una panadera, del tiempo del Gran Capitán. Era zurdo y llevaba la bandera en la mano izquierda. Una pelota de arcabuz le quebró el brazo de por medio, y antes de que la enseña tocase el suelo, agarróla con la otra y, levantándola en alto, dijo a gritos: Cuerpo de Dios, que aun me queda otra mano con que tenerla.

Este linaje de Alféreces viene, si al mismo Hurtado de Mendoza hemos de creer, de un cierto Luis Martínez, natural de Baeza, "que, habiendo perdido entrambas manos, con solos los troncos de las muñecas sostuvo en alto la bandera, a vista de todos los contrarios"; y si ahora el linaje, con lo que han hecho los "provisionales" durante nuestra guerra,

está tan prestigiado, que resultaría difícil y muy largo de hacer la historia heroica de todas sus hazañas, no está por demás recordar a uno de don Agustín Mejía, que decían el Alférez Velasco. Habiendo puesto un centinela, durante el asedio a cierta ciudad flamenca, en un puesto muy peligroso, al tiempo que se hacían ciertas obras, mandó que, costase lo que costase, se mantuviese la vigilancia. Viniéronle a decir que mataran los enemigos al centinela, y mandó que otro hiciese la guardia mientras las obras proseguían; y como éste fuese muerto también, cogió su lugar y en él estuvo hasta que un arcabuzazo le desjarretó las ingles, de lo que murió poco después.

El caso es que entonces no extrañaba. Virrey era de Nápoles don Hugo de Moncada, y por cumplir con exceso con su deber y braveza que le asistía, murió en un combate naval contra Filipino Doria. Se dice que el Papa Clemente se alegró no poco porque había sido don Hugo quien tomó el Vaticano y sometió a pillaje la sacristía de la santa Iglesia. Ya se sabe que la guerra es dura y que las circunstancias disculpan muchas cosas, y que a cortesés no ganaba nadie a los Capitanes españoles, ni siquiera con los vencidos.

Pocos días después de la batalla de Pavía, y no bien curado aún de la herida que en el rostro recibiera, visitó el Marqués de Pescara al Rey Francisco, no vestido de oro ni de terciopelo, sino con un sayo de

pañó negro, por singular modestia de ánimo, que mostraba hábito no de vencedor, sino de vencido, y por mostrar también con dolor no fingido que tenía compasión de la desventura del estado y condición real. Tal cosa no se le hubiera ocurrido a aquel monsieur de Lautrec, que ni se dignaba escuchar el consejo de quienes le rodeaban, y erraba de mejor gana que recibir enseñanzas ajenas. Y del Gran Capitán, superior a todo elogio, sabido es que viendo en cierto banquete de pie y sin lugar donde colocarse a dos humildes caballeros italianos que en sus guerras le habían muy bien servido, hizo de sus puestos alzarse a todos diciendo: "Dexá asentarse a comer esos dos caballeros, que si no por ellos, nosotros no terníamos agora qué comer."

Mas lo esencial era la bravura. Con razón decía Cabrias que a un ejército de leones, teniendo por Capitán un ciervo, es cien veces preferible uno de ciervos que tenga por cabeza a un león; y es que por propia experiencia sabemos lo que puede el valor personal de los Jefes y Oficiales españoles que, repitiendo lo que Brantôme cuenta de Pedro de Paz, Mondragón y Julio Romero, se ponen en peligro, como ellos se ponían delante de los arcabuces y cañones, con tanto desapego de su vida que semejaba que vivían contra su voluntad.

El Coronel Mondragón, por lo simpático y campechano de su figura, merece unas líneas aparte. Era de Medina del Campo, y desde pobre soldado llegó al elevado grado que ostentaba y a castellano de Amberes. Alcanzó los cien años e iba a las batallas con la valentía de siempre, y siendo menester subirle al caballo y entre dos mantenerle en la silla, porque de puro viejo le faltaban las fuerzas para sostenerse y la cabeza le caía sobre el pecho, se ponía delante de los escuadrones y decía a aquellos invencibles hombres: "Hijos, ninguno tema, que yo estoy con vosotros." Los soldados se reían de escucharle proferir tales bravatas, flaco y caduco, a ellos que nada tenían de mocos. Pero eran insospechados los ánimos que les infundía y el denuedo con que por servirle entraban en las batallas.

Otra anécdota. En cierta escaramuza que llevaban los imperiales perdida, un Capitán español peleaba con otro, y el enemigo le cortó el brazo y un jarrete. Vino al suelo, y su vencedor, poniéndole una rodilla sobre los pechos, le dijo: "Rendíos, que en otro caso os cortaré la cabeza." Y el nuestro, dominando el dolor de sus heridas y el desmayo de la sangre que de ellas manaba, respondió: "Haced lo que quisieredes, que aunque me falta el brazo para pelear, me sobra corazón para morir", y diciendo a menudo: "Muera la vida y mi fama siempre viva", esperó impávido los últimos momentos. En realidad, no era más que un precursor y un hombre del temple de los caballeros legionarios de las banderas africanas, que con otras palabras: ¡Viva la muerte!, repetían su misma idea.

Con hombres así fácil es imaginar y creer que muy

poco les importaban los Capitanes enemigos, ora vienesen a lo francés, apuestos y gallardos, armados de todas armas, caladas las viseras y luciendo la albura de sus bandas blancas, o como aquel Capitán Tocquet, suizo, vestido de pies a cabeza de piel de oso, con abundante pelo, cabellos largos y ensortijados, descuidada la barba y fieros los ojos desde la altura de su talla desmesurada. En el cerco de Milán era la rechifla de los nuestros, pues le esperaban para derribarle de un buen pelotazo de arcabuz, mofándose de su aspecto, que sólo en bellacos podría poner temor. En más gordas ocasiones visto se habían, y en una tal, que el Capitán a su Compañía tuviérale que decir: ¡Voto a Dios, que si el cielo se cayese, le hemos de tener con los brazos!

De cómo querían a sus Jefes los soldados, da una prueba clara la ganada de Roma en tiempo del Emperador. Parece que sus astrólogos le habían vaticinado al Condestable que no podría escapar de la muerte en aquella coyuntura, y no escapó. Si a Brantôme hemos de creer, fué tal la rabia de los españoles al verle derribado, que en el asalto no dejaban de gritar; ¡Carne! ¡Carne! ¡Sangre! ¡Sangre! ¡Bourbon! ¡Bourbon!; y el Capitán Cuaco, que venía combatiendo como un león — y llevaba en la mano una bandera negra con una cruz blanca que antes de morir le encomendó su Alférez Juan d'Avalos al sentirse herido —, dejó sus gritos de ¡Victoria! ¡Victoria! ¡Imperio! ¡Imperio!, para unirse a los de venganza que todos proferían. Nuestros soldados le pusieron en su tumba un bellissimo epitafio; La Francia me dió la leche; la España, la gloria y la aventura; la Italia, la sepultura. Hicieron también una canción en su honor, que con frecuencia repetían. De ella sólo conozco dos versos y el estribillo:

Deciales, mis señores: yo soy pobre caballero,
y también, como vosotros, no tengo un dinero.
.....
Calla, calla, Julio César, Aníbal y Escipión.
¡Viva la fama de Bourbon!

Y aun estos que vieron el asalto de Roma, en cierto modo encontraron en la rabia y furor del saqueo un calmante para su dolor. Peor les fué a los de aquel buen Duque de Alba, hombre de tan recio temple como militar afortunado, gentil de aspecto y alto de talla. Lamentábanse de su muerte con lágrimas en los ojos, quejándose a quienes les preguntaban la causa de su amargura con desesperados ademanes y tristes palabras: "¡Ah!, señor, el buen padre de los soldados es muerto." Y así lloraron también los suyos al ascético y nunca vencido Marqués de Pescara — que le parecía al maldiciente don Francesillo de Zúñiga, Dios le haya perdonado, cigüeño pollo o fraile tercerón de los de Béjar o del Castañar —, muerto en la flor de su edad cargado de victorias y triunfos.

Otras veces se moría por cumplir con los soldados.

En los primeros embates de los turcos contra Europa, al Emperador Carlos V sirvió el Conde Luis Lodrón. Llevábamos perdida una batalla delante de Gara, y al terminar su arenga fué interrumpido por un soldado viejo que le dijo: "Está bien, bravo capitán Lodrón; pero montado en ese caballo parece que esperáis los acontecimientos bien prevenido de cómo habéis de salvaros." El Capitán no contestó una sola palabra. Puso pie a tierra y cortó los jarretes de su caballo. En la lucha fué gravemente herido y apisionado, y luego decapitado por los turcos. Del viejo soldado no se supo más, porque, al revés de lo que del arte se dice, la vida es demasiado larga y la historia no poco corta para que de todos se pueda hablar... Sin embargo, quien la ha vivido, tiene de la guerra los mejores recuerdos y las más firmes amistades. Porque cuando se está más cerca de perderla, la vida se bebe con mayor deseo y deleite. Y una raza de hombres como la nuestra no escarmienta.

Día tras día, rotas las bandas, pobres los vestidos, faltos de las pagas, a cobrarlas del campo francés iban los tercios a las batallas. Sus canciones tenían en el ambiente el deje castizo de las tonadas españolas y hermosas letras:

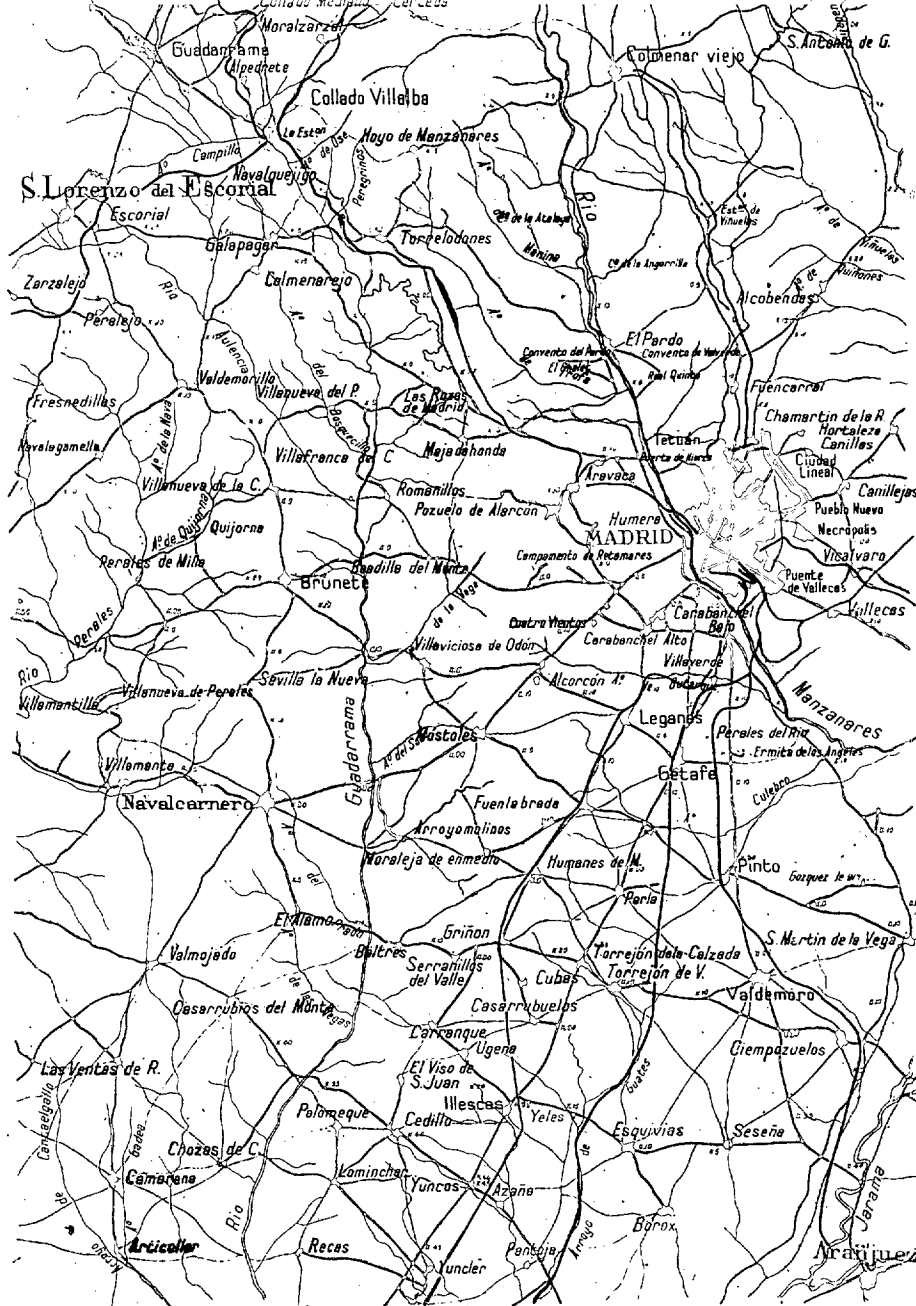
Del rosal siempre verde
como mi querer,
la rama de laurel...

La rama que ciñe de gloria sus recuerdos.

BIBLIOGRAFÍA

- PIERRE DE BOURDEILLE, SEIGNEUR DE BRANTOME: *Œuvres complètes*.
DON FRANCÉSILLO DE ZÚÑIGA: *Crónica*. — Edición de Autores Españoles.
JOSÉ MARÍA SBARBI: *El Refranero General. Crónica del Rey Enrico VII*. — Volumen IV de la Biblioteca de autores, titulada "Libros de antaño".
BALTASAR DE CASTIGLIONE: *El Cortesano*. — Traducción de Boscán.
VILLALOBOS y BENAVIDES: *Comentarios a las guerras de Flandes*.





Un caso concreto de Información



El Servicio rojo en la batalla de BRUNETE

Teniente Coronel de Caballería SANTIAGO MATEO MARCOS, del Servicio de Estado Mayor.

EL interés que el estudio de nuestra Guerra merece, nos anima a insistir, una vez más, sobre temas con ella relacionados, tratando hoy un aspecto que creemos inédito, de la Batalla de Brunete de julio de 1937. Nuestra presencia en el drama y el detenido examen de documentación que hemos hecho después, por circunstancias del servicio, en la paz, nos ha proporcionado la ocasión de llevar a cabo un estudio sobre el funcionamiento de los Servicios de Información, que creemos puede ser de algún interés para nuestros compañeros.

Para realizar el estudio de la información en un caso concreto, es necesario, ante todo, exponer la situación militar en el momento en que se prepara la batalla, el terreno en que va a tener lugar y, en el caso especial de una guerra de carácter civil e internacional, como la nuestra, la situación política en el exterior y en el interior.

Los hechos que tuvieron lugar en Brunete están tan

cercanos, y fueron de tal resonancia, que están en la memoria de todos; y por ello nos limitamos a tratar la situación a grandes rasgos.

LA SITUACION GENERAL EN EL CAMPO ENEMIGO

Iniciada la campaña del Norte en abril de 1937, el frente del centro de España queda en relativa calma, turbada solamente por dos ofensivas rojas (sobre la carretera de La Coruña, del 9 al 13 de abril, y sobre La Granja, en los últimos días de mayo y primeros de junio), con las que, al parecer, pretendían detener nuestra ofensiva en Vizcaya.

Durante estos meses, el Gobierno rojo se dedicó a la organización de su Ejército Popular, fundiendo los Batallones y Unidades de Milicias en Brigadas Mixtas, y encuadrando éstas en Grandes Unidades. En la Región

Centro, la política del Gobierno se impuso rápidamente, y con la adhesión de jefes de prestigio entre las masas; como Lister y *El Campesino*, la reorganización no tropezó con grandes dificultades. No ocurrió lo mismo en Cataluña, donde la preponderancia de la C. N. T. y la F. A. I. hizo necesaria una enérgica acción del Gobierno, que ocasionó una viva reacción en las Unidades de Milicias, las que en el momento álgido de la lucha llegaron a abandonar el frente para marchar sobre Barcelona. A pesar de todo, con el triunfo del Gobierno, la organización pudo llevarse a cabo, aunque con más retraso que en el Centro y Andalucía.

En estas nuevas Unidades se mezclan, con los soldados voluntarios, los forzosos, procedentes de las llamadas a filas de las quintas de los años 1932, 33, 34 y 35 (en febrero), y de 1936 y 1931 (en marzo y mayo, respectivamente).

Con las aportaciones de material de las Naciones democráticas, la instrucción abreviada en Académias y Centros de enseñanza improvisados, pretenden disponer de un Ejército regular que pueda medirse con el Nacional. Las pruebas de las ofensivas de abril y mayo, a pesar del fracaso con que terminaron, hacen concebir esperanzas a los Mandos sobre la capacidad de su nuevo Ejército, que en junio de 1937 debe pasar de los 360.000 hombres, con una dotación de Artillería de 750 piezas, unos 250 carros de combate y 200 aviones, de los cuales cerca de 140 son de caza.

EL PASO A LA OFENSIVA EN EL CENTRO IDEA DEL ATAQUE

Convencido el Mando rojo de que disponía ya del instrumento apto para imponer su voluntad en la guerra, pretende pasar a la ofensiva estratégica mediante una acción de gran envergadura, y elige para ello el frente del Centro, que todavía se considera teatro principal de la guerra, y en el que un primer éxito, con el que consiguiesen alejar el cerco de Madrid, repercutiría de manera extraordinaria en la moral del Ejército y la población de la zona roja, y tendría amplia resonancia en el Extranjero, donde se debatía en el Comité de no intervención el reconocimiento de la beligerancia a los Nacionales.

Parece que esta idea fue acogida con gran calor por Prieto, al hacerse cargo del Ministerio de Defensa en el Gobierno Negrín, y que los éxitos que las tropas nacionales alcanzaban en el Norte, le indujeron a realizarla en el plazo más próximo posible. Debíó decidirse a final de mayo o al dar por terminado el ataque a La Granja.

El fin de la operación era coger de revés a nuestras fuerzas situadas al oeste y sur de Madrid, para envolverlas, y provocar su repliegue, u obligarlas a aceptar en malas condiciones una batalla decisiva. No precisaban en las primeras instrucciones un objetivo más amplio; pero a cada C. E. le afectaban 200 camiones, para mantener sobre ruedas dos Brigadas, preparadas para explotar el éxito.

La idea de maniobra consistía en realizar un ataque principal en dirección Valdemorillo-Brunete-Móstoles, para cortar la carretera de Extremadura, y otro secundario en dirección de Entrevías-Ventorro de los Pájaros-Asilo de San José, para cortar las carreteras de Madrid a Toledo y Carabanchel a Getafe (este ataque, en realidad, quedó reducido a una demostración en el barrio de Usera).

Ataques demostrativos de objetivo limitado se realizarían en todos los frentes, Aragón, Soria y Andalucía.

PREPARACION DE LA OFENSIVA - FUERZAS PARA EL ATAQUE - PRECAUCIONES PARA MANTENER EL SECRETO

La preparación del ataque debió de realizarse sin pérdida de tiempo por el E. M. C. El Ejército del Centro que se encargaría de realizarla, inicia sus trabajos en la primera

quincena de junio. El Plan de Información que redacta su E. M. lleva la fecha de 19 de junio.

Especial atención debieron de dedicar a la organización de la masa de maniobra, que llevaba consigo la reorganización del Ejército del Centro. Calcularon la masa de maniobra necesaria en 25 Brigadas, con 150 carros, 50 blindados, 150 piezas de Artillería, dos Regimientos de Caballería, toda la Aviación disponible y el 50 % de la D. C. A. Para los movimientos de fuerzas y posibles acciones de explotación, fué preparada una masa de 500 camiones, exclusivamente dedicada a la maniobra. De las 25 Brigadas, se destinaban en principio 15 al ataque principal en el sector Navalagamella-Las Rozas (Brunete), 5 para el ataque secundario en el barrio de Usera (Villaverde) y el resto (5) para la reserva general.

La masa del ataque principal se constituyó en dos C. de E.:

El V: 11.^a División (Lister); 46 D. I. (*Campesino*); 35 D. I. (Walter); un Regimiento de Caballería; seis Baterías de 45 a. c.; dos Grupos de 7,6 de apoyo directo y un grupo de 7,5 de acción de conjunto; 30 carros, 10 blindados, 200 camiones, un Batallón de Zapadores y un Equipo de Destrucción. — El XVIII Cuerpo de Ejército: Divisiones 34 (Galán); 10 D. I. (Enciso); División 15 (Gal); un Grupo de Escuadrones; la misma cantidad de artillería, camiones y zapadores, 40 carros y 10 blindados. Los C. E. II y XIX mantendrían el frente en ambos flancos del ataque, y el primero de ellos realizaría la acción demostrativa. La concentración de estas fuerzas se hizo eligiendo Brigadas de todos los Ejércitos: 7 de ellas de Madrid; 4 de nueva organización; 10 de distintas Unidades de otros frentes, Extremadura, Córdoba, Aragón; 3 de las concentradas en Cataluña; una de marinos de Cartagena y otras de Asalto y Carabineros. El movimiento de camiones y los relevos que exigieron estos transportes fueron acusados, en los casos posibles, por nuestro Servicio de Información; pero por ser tan difusos, más bien originaron confusiones en ciertos casos.

Fusieron especial interés y cuidado en conseguir la sorpresa. Dadas las circunstancias especiales de nuestra guerra, era muy difícil conseguir que no nos diéramos cuenta de sus preparativos. La poca disciplina de su Ejército, la falta de preparación técnica de sus Mandos y los soldados que diariamente se pasaban a nuestras filas, nos advertirían a tiempo. Pero podían conseguir disimular sus movimientos, enmascarándolos con los preparativos que para las acciones en otros frentes se realizaban. La zona de concentración elegida, que por estar cubierta de arbolado era impermeable a la Aviación; la frecuencia en aquella época de los movimientos de fuerzas con motivo de la reorganización del Ejército Popular, y el hecho de que por primera vez en la guerra se emplearan C. E. para la maniobra, podían dar lugar a que, pasándonos inadvertida la importancia de la masa concentrada en el lugar elegido, obtuvieran la sorpresa. El E. M. C. dió instrucciones muy severas para que los trabajos de preparación se hicieran en el mayor secreto, ordenando que los realizaran personalmente los Jefes de E. M. con el mínimo de auxiliares, y prohibiendo tratar de ellos por teléfono hasta el día D. A pesar de todo, como veremos más tarde, algunos evadidos dieron cuenta de reconocimientos realizados en esta fase.

OPERACIONES SECUNDARIAS PARA COADYUVAR AL EXITO DE LA OFENSIVA PRINCIPAL Y ENMASCARARLA

Las operaciones secundarias previstas, preparadas todas ellas y algunas realizadas, fueron las siguientes:

- frente de Guadalajara, en dirección Cogolludo;
- frente de Extremadura, sobre la Sierra de Rena;
- frente de Andalucía (por el VIII C. E., sobre Peñarroya; por el IX C. de E., sobre Granada);

LA CONCENTRACION DE FUERZAS PARA EL ATAQUE

La ejecución de la concentración se centralizó en el Ejército, que ordenó los movimientos de las Brigadas, hasta el D-2, en que pasan a depender de los Mandos de División y C. de E., situadas ya a una jornada de distancia de la base de partida, que debían alcanzar el día D-1.

Estas zonas fueron: el día D-2, para el V. C. de E., la de Monte Alto, al E. de El Escorial y al S. del f. c. del Norte; para el XVIII C. E., la de Torrelodones-Galapagar. Desde ellas, y por sus medios, se trasladarían en la noche a la de Valdemorillo, a ambos lados del Aulencia. (El V. C. E., al Oeste.) Se exigió observar al máximo las precauciones para escapar a la observación terrestre y aérea y a los ataques de la Aviación.

EL PLAN DE INFORMACION DEL EJERCITO ROJO DEL CENTRO

Como ya hemos dicho, el Ejército del Centro redactaba el 19 de junio un Plan de Información en el que pedía, en un plazo no superior a ocho días, los siguientes datos:

1.º Organización defensiva y guarniciones de las siguientes zonas:

a) Quijorna-Villanueva de la Cañada-Brunete-Boadilla del Monte-Villaviciosa de Odón-Navalcarnero.

b) Villaverde-Carabanchel Bajo-Carabanchel Alto-Leganés-Getafe.

2.º Dispositivo artillero. Número de piezas probables y calibres que están en condiciones de intervenir desde el primer momento sobre dicha zona.

3.º Cuantía y calidad de las reservas que podía acumular el enemigo en dichas zonas en plazos de tiempo

de veinticuatro, cuarenta y ocho y setenta y dos horas, después de producir un ataque sobre las mismas.

4.º Localización y cuantía aproximada de carros que podríamos acumular sobre las zonas de referencia, y cálculo aproximado del tiempo que se necesitaría para llevar a cabo dicha concentración.

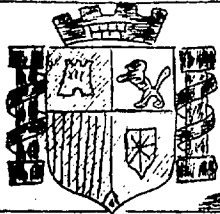
5.º Datos que puedan recogerse sobre la posible actuación de la Aviación Nacional.

El día 26 de junio respondía la 2.ª Sección del E. M. al Plan de Información:

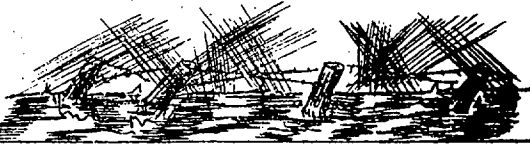
Su contestación a la primera pregunta, guarniciones de las zonas señaladas, es un poco exagerada; da unos 20 batallones más, y no muy acertada en la situación de las fuerzas.

Localiza P. C.: en Boadilla, de División; en Brunete, de Brigada, y en Valdemorillo, de Brigada de Caballería; en Navalcarnero, el del VII C. de E., y sitúa depósitos de municiones en Villanueva del Pardillo, Boadilla y Carabanchel. Localiza el Centro de Instrucción de La Legión y los Parques de Automovilismo y Artillería, en Talavera; y por reconocimientos de aviación, un campamento de dos batallones en el bosque de Boadilla, que no ha existido.

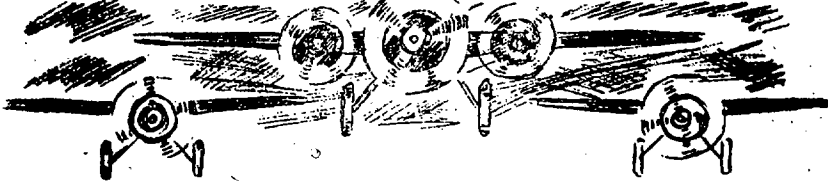
En cuanto a la organización defensiva, localiza las obras de primera línea en Villanueva del Pardillo, Majadahonda y las carreteras que las unen; pero no señala las que rodean a Villanueva de la Cañada (bastante buenas) y Quijorna; señala obras en Romanillos, que no existían.



BULLETIN D'INFORMATION DES BRIGADES INTERNATIONALES



Nº 199 Informations reçues à 2 h, 1/2 du matin Jeudi, 22-7-37
COMMUNIQUES OFFICIELS DES DIFFERENTS FRONTS



ARMEE DU CENTRE

Durant la journée d'aujourd'hui, on a intensément combattu sur le front qu'occupe le 18ème Corps d'Armée.

A 1 h, 30, nos forces ont réalisé un coup de main et ont pris d'essaut une tranchée ennemie, en mettant en fuite les défenseurs ennemis qui ont abandonné 37 fusils, 1 fusil-mitrailleur, 3 caisses de grenades et d'abondantes munitions.

A 14 h, nos forces, dans une brillante contre-attaque ont occupé la côte 620 que l'on avait perdue antérieurement. L'aviation ennemie a bombardé nos emplacements anti-aériens. Notre artillerie a brillamment et efficacement bombardé les positions rebelles de Villarranca del Castillo, Cerro Lechoa et les emplacements anti-aériens.

ARMEE DE L'EST

Sur le front de Teruel, nos forces se sont établies dans de fortes positions dominantes, qui ont pour base Guadalaviar.

ARMEE DU NORD

Santander. - Feu des batteries ennemies sans conséquence.
Asturies. - Plusieurs objectifs militaires d'Oviedo et Cadellada ont été bombardés par nos mortiers.
Léon. - Sur le secteur de Gera on a occupé une position dominante.

ARMEE DE L'AIR

Au début de la matinée, nos appareils ont bombardé à deux reprises l'aérodrome d'Avila. Des appareils ennemis ayant décollé pour poursuivre les nôtres, nous en avons abattu un. Tout au matin, nous avons bombardé également les aérodromes de Escalona, Villalengua et Torrijos.

- frente de Almería, mejora de las posiciones en la región montañosa;
- frente de Teruel, en dirección de Albarracín;
- frente de Aragón, en dirección a Zaragoza, al N. y S. del Ebro;
- frente de la Sierra, acción de sorpresa para cortar la carretera de Segovia a El Espinar.

Excepto en el ataque de Teruel, en el que llegaron cercar Albarracín, todos los demás fueron rechazados por nuestras fuerzas en veinticuatro o cuarenta y ocho ras.

En esta ofensiva emplean por primera vez la norma de atacar en muchos frentes alejados del teatro principal, que siguieron luego siempre en sus ofensivas de envergadura, y que les permitía la superioridad numérica de fuerzas con que siempre contaron.

Además de éstas, en el frente de Madrid se realizarían ataques demostrativos el día D-1, en el Jarama y en la testa de la Reina; y acciones de bombardeo sobre las comunicaciones, los días D-2 y D-1; sobre los campos de aviación y zonas de concentración y de instrucción los días D-3 y D-4. Estuvieron previstos para los días D-2 y D-1, actos de sabotaje de las vías de comunicación, y partidas de guerrilleros. Los días D-3 y D-4 debían realizarse acciones de guerra (movimientos y reconocimientos) simuladas.

No sabemos, por no haber encontrado el gráfico a que se refiere, su contestación a la pregunta número dos, sobre el despliegue de Artillería.

En cuanto a las reservas que pueden acudir, pregunta número 3, su contestación es más errónea y exagerada. Da las cifras de 29 batallones como la de las reservas que pueden acudir en veinticuatro horas, por estar situadas al norte de la línea Borox-Illescas. En esa zona no tenían en aquella época más que 12 batallones. De Borox-Illescas a Talavera, da 8 batallones, y en realidad no existía ninguna fuerza hasta Talavera, donde se reorganizaban las Banderas de La Legión e instruían reclutas en la representación, y algunas pequeñas reservas locales del sector Talavera-Toledo.

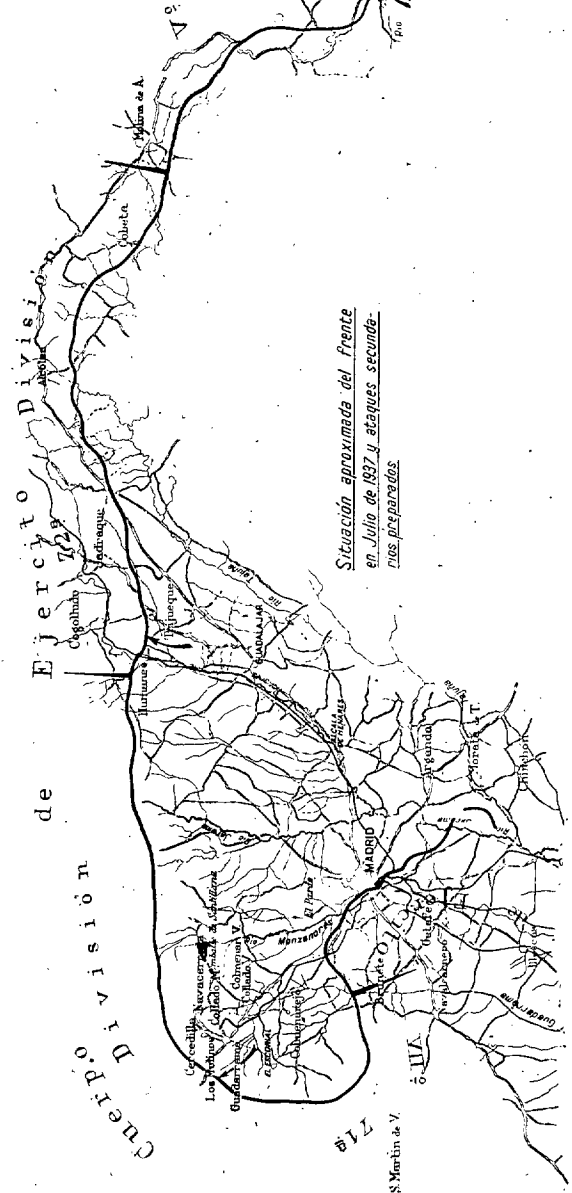
Respecto a las reservas que pueden acudir en setenta y dos horas, confiesa que no cuenta con elementos de juicio para responder de una manera concreta.

No tuvieron en cuenta al contestar esta pregunta, el ferrocarril ni los Batallones de Automóviles (el primero de los cuales teníamos ya organizado), que llegarían a ser el Arma de nuestro Caudillo, gracias a la que podría reunir la masa de maniobra para operar, dejando los frentes pasivos débilmente guarnecidos, aplicando sabiamente el principio de economía de fuerzas.

Las primeras veinticuatro horas, llegaron al lugar en que se produjo la ruptura 6 batallones, desde Villacastín, Chapinería, Villaviciosa y Seseña (éstos, en camiones); a las cuarenta y ocho horas de la ofensiva, han llegado 29 unidades de Salamanca, Aranda y Cáceres (de las Divisiones 105 y 108), y 10 baterías; y a un ritmo cada vez más rápido, han llegado 50 unidades a las setenta y dos horas. El día 12, es decir, a los seis días de iniciada la ofensiva, han llegado 85 unidades de Infantería; cuarteles generales, zapadores, artillería y servicios de cuatro Divisiones, que proceden de Cáceres, Aranda y frente Norte, además de 9 grupos de Artillería de Ejército y 10 secciones de anticarros.

Si el número de unidades que podían llegar, que dió esta 2.ª Sección, no fué inferior al que en realidad llegaron, fué la suma de dos errores: el de la situación de las reservas próximas y el del límite de las zonas desde las que podían acudir, que señalaba en Talavera para las cuarenta y ocho horas primeras, en las que llegaron fuerzas de Salamanca, Aranda y Cáceres. Acaso el E. M. del Ejército del Centro hiciese una pregunta a su 2.ª Sección, que se salía del límite de sus posibilidades, al pedirle previsiones de llegada de refuerzos más allá de las veinticuatro primeras horas.

Deja sin contestar la 4.ª pregunta, referente al número de carros con que contábamos, señalando únicamente..



Situación aproximada del frente en Julio de 1937 y ataques secundarios por parados.

"en Cuatro Vientos y Navalcarnero residen la P. M. de batallones". En realidad, debió contestar que residían, porque desde unos meses antes ninguna noticia habría tenido que diera cuenta de la actividad de esos carros; si es verdad que en esos pueblos hubo P. M. de Batallón de Carros, no fueron dos, sino uno, que los ocupó sucesivamente unos meses antes.

La situación de campos de aterrizaje provisionales es más verídica, aunque hay algunos errores vulgares que no debían haber dejado pasar estudiando un poco el terreno para tratar de confirmar la noticia. Sin pararse a pensar, por lo visto, señalan campos, uno entre La Mañosa y el Cerro de los Angeles, que debían haber desechado desde el primer momento, por estar prácticamente en primera línea, cuando nuestra actitud era defensiva y abundan en la meseta sur de Madrid los espacios llanos y despejados; otro entre Villafranca del Castillo y Villanueva de la Cañada, que hubieran dado como falso con sólo acudir a alguno de sus observatorios de vanguardia, desde el que podían verle; y, por fin, uno en Navalagamella, que con mirar el plano hubieran visto que no hubiera podido servir más que para autogiros. Quedó sin localizar, en cambio, el aeródromo de Griñón, donde había un pequeño destacamento de aviones de reconocimiento.

No existen antecedentes de otro Plan de Información; y con arreglo solamente a estos informes, el Ejército del Centro preparó su maniobra y su directiva, en la que el capítulo de Información del Enemigo se limita a acompañar un anexo en el que vierte, sin comentarios, la contestación a la pregunta n.º 1 del Plan de Información, organización defensiva y guarniciones en la zona de ataque. A esta directiva acompaña unas *Condiciones de ejecución y características de la maniobra*, en la que se refiere a los peligros que deben prevenirse y poderse contrarrestar. Señala dos, que aunque no aparecen en el resumen que debiera acompañar al Plan de Información, deben proceder de noticias procuradas por su 2.ª Sección o la del E. M. C. Son éstos, el de que empleáramos gases en caso de que alcanzasen un gran éxito, y la previsión de que la contraofensiva en el propio frente no podría producirse hasta el tercero o cuarto día de la ofensiva.

LA SITUACION EN EL CAMPO NACIONAL, EJERCITO DEL CENTRO

Para estudiar cómo la Información Nacional acusó estos hechos y resolvió el problema, basta que examinemos los que tuvieron lugar en el Ejército del Centro, pues los de los demás frentes no proporcionaron ningún dato que hubiera de tenerse en cuenta:

En los primeros meses de 1937, el Ejército Nacional atiende también a su reorganización, creando nuevas unidades con los llamamientos de las quintas de 1936, hecho por trimestres, en noviembre y diciembre de 1936 y enero de 1937, que le proporcionaron unos 78.500 hombres; y la de 1937, llamada en marzo, que dió 77.000 soldados. Para encuadrar las nuevas fuerzas y atender a la mejor organización del mando, se crean en abril, mayo y junio nuevos Ejércitos y Cuerpos de Ejército.

El Ejército del Centro cubría, en esta época, el frente desde el Pirineo hasta el Guadiana. Durante ella se organizaron los C. E. I y VII, y cambiaron de numeración las Divisiones, pasando la de Soria, que dependía del V C. E., a depender del VII, y el número 71 y 72, de una a otra División, sin que esto llevase consigo ningún desplazamiento de fuerzas. Para mayor claridad, nos limitaremos a dar a las G. U. el número que tenían en julio, haciendo caso omiso de las anteriores.

Estaba formado por los C. E.: V, en Aragón; VII, en Soria, Segovia y Avila; I, en Madrid, hasta Talavera, y la Brigada independiente de Cáceres.

El V C. de E., P. C., en Zaragoza, contaba con las siguientes G. U.:

- D. I. 51, desde la frontera hasta Almodévar (incluido);
- Brigada Mixta de Posición y Etapas. Cubría desde Zuera hasta el Ebro;
- D. I. 52, desde el sur del Ebro hasta Molina de Aragón (Huertohernando);
- Brigada Móvil, Reserva del C. E., aunque parte de sus unidades estaban en línea o en reserva de sectores; VII C. E., P. C., Avila, y luego Segovia con dos Divisiones;
- 72 División. Cubriendo desde Saelices hasta Somosierra;
- 71 División. Cubriendo el Guadarrama-Navacerrada, y por Navalperal y Robledo de Chavela, hasta el Guadarrama; I C. E., P. C., en Villa del Prado, con las Divisiones:
- 11.ª División. Desde el Guadarrama hasta la carretera de Extremadura, incluyendo la Ciudad Universitaria;
- 14.ª División. Desde la carretera de Extremadura a Toledo, y a lo largo del Tajo, hasta Talavera;
- 12.ª División. Cubriendo el sector del Jarama (al E. del río);
- 13.ª División. De reserva del Ejército, en Navalcarnero, con unidades destacadas en las proximidades de los distintos sectores.

CARACTERISTICAS DE LOS DISTINTOS SECTORES

Es necesario decir algunas palabras sobre las características de estos frentes, que, aunque de sobra conocidas, conviene recordar para colocarnos lo más posible en la situación de aquel momento, entendida en todo el amplio sentido que le da el Reglamento de G. U. Sólo así podremos ponderar en su verdadero valor la importancia que debía darse a una noticia y lo que ésta podía o debía preocupar al Mando.

Estudiar hoy fríamente estos documentos no reportaría ningún provecho. Después de desarrollado el drama, las más pequeñas noticias, que antes no tuvieron importancia, adquieren hoy el rango de hechos reveladores.

En Aragón, desde el Pirineo a la Sierra de Albarracín, el frente se extendía en las peores condiciones imaginables, porque *no era fruto de una situación militar, sino política*, y no cabía modificarle. Por la especial característica de nuestra guerra, no había ni que pensar en retroceder; y avanzar era imposible por la escasez de fuerzas, que con resistir heroicamente los ataques enemigos hacían más de lo que podían. El hecho de estar Huesca y Teruel casi cercados; y Zaragoza a pocos kilómetros de la línea, agravaba la situación de un frente discontinuo de cientos de kilómetros; a través de muchos de los cuales podía avanzar tranquilamente el enemigo para envolver nuestras posiciones, y para el que no se contaba más que con una Brigada de reserva y unos pocos camiones. Afortunadamente el enemigo, aunque numeroso, era de escaso valor combativo por la indisciplina que reinaba entre los cabecillas que mandaban aquellas columnas de un Ejército eminentemente político, en que cada unidad hacía la guerra por cuenta de su partido, alegrándose de los fracasos del vecino, en vez de prestarle ayuda. Después de las luchas de mayo en Barcelona, con el triunfo del Gobierno rojo, se inicia la reorganización de estas Milicias, que (a pesar de las dificultades que opusieron) está en vías de reorganización en junio. Se les dota, además, de material; que llega abundante del Extranjero en esta época, y se aumenta sus efectivos con los hombres movilizadas.

Como, por nuestra parte, el refuerzo en hombres y material del V Cuerpo de Ejército ha sido muy escaso, la situación que se va creando es para preocupar seriamente al Mando.

En Madrid, en cambio, el frente es casi continuo desde el Alto del León hasta Toledo. Fruto de una operación

militar, se desarrolla en mejores condiciones. Los puntos más sensibles son la Ciudad Universitaria y Toledo; pero el enemigo lleva seis meses atacándolos sin conseguir éxito. Se han rechazado sus últimas ofensivas, hechas con sus mejores unidades, con superioridad de material, ametralladoras, artillería y Aviación en ocasiones. Y allí han quedado, al retirar de Madrid la masa de maniobra para la campaña del Norte, las más viejas Unidades de las que saltaron el Estrecho y llevaron, conducidas por el Caudillo en persona, a liberar a Toledo y clavar sus bayonetas en los muros de Madrid. Los ataques en este frente son más intensos, las fuerzas enemigas están organizadas desde enero y a su lado tienen a los Internacionales; pero por nuestra parte contamos con buenas, aunque escasas, reservas.

Del 29 de mayo al 6 de junio, en el sector de La Granja, el enemigo ha sufrido su último revés.

LAS INFORMACIONES DEL EJERCITO NACIONAL EN JUNIO DE 1937.

Se entra en estas condiciones en el mes de junio de 1937, durante el cual nuestras fuerzas continuarán su avance en el Norte, acercándose al cinturón de hierro de Bilbao, que van a poner pronto a prueba. El Gobierno de Euzkadi pide al de Valencia, con más ansias cada día, su ayuda mediante una acción de guerra en la España Central, que nos obligue a suspender el avance.

El ataque que se realiza en La Granja es un fracaso; y como la necesidad apremiante subsiste, la actividad parece que va a pasar al frente del Este.

INFORMACION DE CONTACTO EN ARAGON

En la primera quincena de junio, todas las fuentes de nuestro Servicio de Información, en todos sus escalones, acusan el proyecto de un ataque enemigo de gran envergadura en Aragón.

Al V C. E. llegan noticias de sus Divisiones en línea, procedentes en su mayoría de evadidos, dando cuenta de este proyecto. Hay noticias concretas: un evadido ha visto llegar a Caspe trénes cargados de material de artillería y carros (2 de junio); otro ha visto seis tanques en Gajanejos (3 de junio); otro señala una concentración en

Aldehuela. Pero, en cambio, cada evadido asegura que se proyectan ataques en la parte del frente por el que se ha pasado a nuestra Zona.

Nuestras Divisiones poco pueden observar, por no ser más estrecho el contacto. Sin embargo, se nota mayor actividad en Almudévar, refuerzos en el sector Huerva-Cuarte, donde se localizan internacionales (4 de junio) (nuevos en este frente), y se observa gran movimiento de camiones en Belchite (7 de junio).

Nuestra Aviación efectúa frecuentes reconocimientos y bombardeos sobre las concentraciones enemigas señaladas, que acusa Observación. El 11 de junio observa 100 camiones al N. de Huesca y 14 carros de combate en Igríes el día 12.

La enemiga se muestra muy activa, intentando reconocimientos y bombardeos que origina combates.

INFORMACION DE PROFUNDIDAD

Pero las noticias más alarmantes provienen del Exterior; todos nuestros Servicios especiales, y en el Extranjero, el S. I. F. N. E., etc.; todas las personas que pasan la frontera dan noticias del futuro e inmediato ataque en Aragón. Se señalan cifras de concentraciones: 10.000 hombres, 20.000 hombres. Dicen que los periódicos, los políticos y militares, en Barcelona hablan sin cesar de ello. El día 12, *La Vanguardia* publica un artículo de su enviado especial, en el que dice que no regresa a Barcelona porque espera acontecimientos en el frente de Aragón. Las noticias de esta índole se multiplican; son varias cada día las que se reciben en el V C. E. Todavía al principio de junio, algún informe aislado precisa la difícil situación militar y política en Barcelona; pero desde que se rompe el cinturón de hierro en Bilbao, el 11, los pequeños ataques en todos los sectores de Aragón, y las noticias alarmantes, aumentan

INFORMACION DE CONTACTO EN EL FRENTE DE MADRID

Durante una semana, las informaciones del frente de Madrid no acusan actividad enemiga; pero el día 14, la 2.ª Sección de la 11.ª División da cuenta de un movi-



miento extraordinario de vehículos hacia Torrelodones, que hace pensar en una concentración enemiga; al mismo tiempo que un evadido da cuenta de un reconocimiento del frente verificado días antes (por un jefe ruso), que el Capitán de su Compañía dijo que obedecía al estudio para un avance. No es mucho; pero como las segundas Secciones en este frente tienen mejores informaciones de contacto, y sus noticias son más concretas, el día 15 nuestros aparatos verifican un reconocimiento del sector Las Rozas-Torrelodones-Colmenarejo-Galapagar-Valdemorillo, y de sus guías de comunicaciones, del cual vuelve sin observar nada anormal.

LAS INFORMACIONES EN LA SEGUNDA QUINCENA DE JUNIO EN ARAGON

Durante la segunda quincena de junio, las informaciones del ataque en Aragón aumentan y se precisan. Señalan en 35.000 hombres y 150 carros el refuerzo que ha experimentado el frente de Aragón; las direcciones de ataque, Huesca, Belchite y Teruel, y llegan hasta fijar la fecha: el 23 de junio. La Prensa extranjera confirmará estas noticias: *L'Indépendante* recoge unas manifestaciones de Prieto; *La Dépêche* del 20 publica un artículo titulado "Lo que significa la ofensiva en Aragón", y hasta en los primeros días de julio *La Petit Gironde* publica unas palabras de Pozas rechazando la idea de un arreglo en el momento en que la carta a punto de jugarse en Aragón va a darles el triunfo.

Durante estos días, nuestro avance en el Norte continúa: el 17 se ocupan Las Arenas; el 18 se cruza el Nervión y el 19 se ocupa Bilbao. Nuestras fuerzas continúan avanzando después hacia Santander. La caída de Bilbao ha sido un tremendo golpe para los rojos, que procuran ocultárselo a sus soldados.

La actividad enemiga es grande. En Aragón hay ataques locales en Jaulín, Villanueva de Huerva, Huesca, Alcubierre, Perdiguera, Sabiñánigo, Ayerbe; y en el Sur, Peñarroya, Espiel y Granada. Su Aviación se muestra especialmente activa en Aragón, donde hace el efecto que está desplegada su masa. Se registran reconocimientos sobre Zaragoza, Sabiñánigo, Ayerbe, Huesca, Teruel, Esquedas. También lleva a cabo bombardeos en el interior, Aranda; y reconocimientos y algún bombardeo en el frente del Centro, Cuesta de la Reina (bombardeo) el día 21; reconocimiento de la zona de Esquivias-Griñón-San Martín de la Vega, el día 26, y de las zonas de Añover del Tajo, Brunete, Villafranca del Castillo-Robledo de Chavela, el 29. Esta actividad confirma los informes de la gran cantidad de material recibido para la próxima ofensiva.

La nuestra, por su parte, en Aragón, continúa su vigilancia. Bombardea concentraciones en Fuendetodos y Letux; al norte de Huesca, en Alcubierre, y verifica sin cesar reconocimientos sobre el sector noroeste de Huesca, Belchite (que no acusan nada anormal), Alcubierre, Tardienta, Corbalán, Albarracín (en el que tampoco se ve nada anormal). El día 21 se realiza una demostración ofensiva con gran número de cazas y un bombardeo del aeródromo de Sariñena, de poco efecto, pues sólo descubre cuatro aparatos enemigos.

A pesar de este cúmulo de noticias, las Divisiones no pierden la cabeza; el 17 dice una de ellas que "aunque el frente ha sido reforzado, parece de momento que los proyectos enemigos no pasan de los ataques y golpes de mano que se vienen sucediendo". Los evadidos siguen acusando llegadas de refuerzos y proyectos de ataques.

El 25 se señala con más precisión un ataque que tendrá lugar del 26 de junio al 1 de julio, por el sur de Teruel, para el que han llegado 3.000 hombres. El Gobernador militar pide bombardeos y reconocimientos hacia Puerto Escandón y Albarracín (éste se verificó el día 7); pero los

reconocimientos efectuados los días 29, 30 y 2 no encuentran nada anormal.

Merece destacarse la impresión de conjunto de la Información del día 27 de la 52 D. I., en el que dice: "Pese a todas las informaciones, especialmente las que provienen de Organismos superiores, no se nota en el frente síntomas de que el ataque sea inminente." Y lo razona por la actividad enemiga y la circulación, que no son las que exigen un ataque de gran envergadura. Termina afirmando que cree en la realización de la ofensiva; pero en un plazo más lejano, debido a que estima que las Unidades enemigas no están en condiciones de realizar un fuerte ataque, y que el pleito político de Cataluña no se ha resuelto terminantemente.

LA SEGUNDA QUINCENA DE JUNIO EN MADRID LAS PRIMERAS NOTICIAS DE LA CONCENTRACION EN LA SIERRA

Mientras tanto, en el frente de Madrid se van precisando las informaciones. Durante los días 16 al 20, la circulación es mayor que la normal. El día 17, la 11.ª División llama la atención, señalando que *la circulación que se da en los partes no responde a la realidad, porque hasta media noche los coches circulan con los faros apagados a favor de la luz de la luna*. Los evadidos van precisando las noticias, y aunque se señala un ataque hacia El Espinar, la mayoría coincide en que se intenta romper el frente entre Navalagamella y Las Rozas. El día 21 son localizadas, sin gran seguridad, en la concentración, las fuerzas de Lister y *El Campesino*. Al mismo tiempo, los observatorios dan cuenta de que continúan los trabajos de fortificación, que se han iniciado el 10 de junio, con mayor intensidad, en el sector de Navalagamella. Después de unos días de calma, se localizan el 25, con seguridad, fuerzas de Lister e Internacionales, en la concentración, de la que ya no se duda. El 27 nuestra Aviación efectúa un reconocimiento desde La Marañosa a Carabanchel y Casa de Campo, El Escorial, dando cuenta solamente de haber encontrado reacción antiaérea en Vallecas y Cementerio del Este.

En este tiempo, el Ejército del Centro ha recibido un cúmulo de noticias, informándole de ataques en todos sus frentes; en los distintos sectores del de Aragón, en Soria, en la Sierra, en Talavera, en Cáceres. El día 28, desechando estas informaciones, precisa que el enemigo tiene dos proyectos principales: *El ataque entre Navalagamella y Las Rozas en dirección a Quijorna, con objeto de establecer una línea que sirva de base de partida para un fuerte ataque; y otro, muy importante, de un fortísimo ataque próximo e inmediato en Aragón, ataque que no se ha realizado ya por los obstáculos que la F. A. I. opuso a la organización del Ejército Popular, y para el que parece que el enemigo cuenta con 20.000 hombres y 100 aparatos de bombardeo.*

LOS DIAS DE JULIO QUE PRECEDEN AL ATAQUE

En los pocos días que faltan para la ofensiva, los informes se multiplican en los lugares señalados. Los de los Servicios Especiales siguen insistiendo en el mismo tema.

En Aragón se ha visto descargar en Caspe 14 carros y 12 baterías de 15,5 y 7,5; se sabe que durante ocho días, a mediados de junio, los ferrocarriles no han admitido viajeros en los trayectos de Barcelona a Lérida y Caspe, dedicándose sólo a transporte de tropas y material de guerra; las fuerzas de Alcubierre han recibido peineles... etcétera. La actividad de la Aviación enemiga es pequeña; la nuestra reconoce diariamente todo el frente enemigo; el día 3 da cuenta de que en Alfabra han ametrallado 10 camiones; han visto movimiento en la carretera de Valcuenca a Bexas (S. de Teruel); en Armillas,

Martín del Río, Corbalán y Bezas, más movimiento de personal que de ordinario; fuerzas en Azuera que parecían un relevo; reacción antiaérea en Gelsa; en Tardienta y Carlete, camiones, y algún movimiento de Tardienta a Alcubierre.

EN EL FRENTE DE MADRID NOTICIAS MAS PRECISAS

En el Centro, las cosas se precipitan: la 71.^a División da cuenta de que en la noche del 30 la circulación ha sido muy intensa en todas las carreteras; concreta que no se pueden precisar las direcciones, porque en todos sentidos hay luces sueltas, que se aumentan en los alrededores de Villalba, Collado Mediano y Cercedilla. La 11.^a División precisa que el movimiento es hacia Torrelodones y Villalba. En los días que siguen, la circulación es normal durante el día, y se hace muy intensa durante la noche, creciendo la actividad hasta la noche del 3, en que llega a ser la intensidad extraordinaria, continuando en la mañana del 4. Los evadidos confirman el proyecto de ruptura del frente entre Navalagamella y Las Rozas. Los días 3 y 4 nuestra Aviación reconoce el sector de la Sierra del Alto del León a Robledo. La concentración de El Escorial-Galapagar y Torrelodones pasa inadvertida.

La actividad de la enemiga se traslada de Aragón, donde cesa, al Centro y a nuestra retaguardia. El día 1.^o de julio reconoce el frente de Madrid a El Escorial y Aranjuez a Toledo; el día 2 bombardea Talavera, Toledo, Arévalo, Burgos, Venta de Baños; el 3 bombardea el aeródromo de Arenas de San Pedro; el 4 reconoce hacia el Alto del León y Robledo, El Espinar-Villacastillo, Segovia, sector de La Granja, y bombardea Chapinería, Riofrío y Valdemoro; el día 5 reconoce hacia San Rafael, Avila y Segovia, y bombardea Añoover, Seseña, Ciempozuelos, Robledo, Mocejón, Navalcarnero y coopera al ataque de la Cuesta de la Reina. Estas acciones del día 3 son las previstas en las directivas del E. M. C. para los días D-3, D-2 y D-1.

El ataque se ha precisado en los últimos momentos: el día 4, el Ejército del Centro, en su *Boletín*, señala que la ofensiva tan anunciada por el frente de Aragón ha sido aplazada sine die, porque no se tiene confianza en los elementos de combate de este frente.

El día 5 de julio, noticias de evadidos, entre ellos dos de la Brigada Lister, dan a conocer la inminencia del ataque en Madrid, y el Mando mueve sus reservas locales hacia el lugar amenazado. Una Bandera de La Legión sale de Chapinería para Brunete, y un Tabor de Brunete, para Quijorna. En la madrugada del día 6 se produce el ataque; y si Brunete está desgarnecido, se debe a una circunstancia desdichada.

RESUMEN DEL ESTUDIO

¿Hubo sorpresas en Brunete?

En realidad, no. El ataque se espera con unos días de anticipación: primero, en combinación con el de Aragón; a última hora ya, como ataque aislado y principal; y en los últimos momentos, llega a precisarse la fecha.

Pero, en cambio, la hubo, acaso, por lo que se refiere a la importancia y la gran cantidad de elementos acumulados. Era una nueva fase en que iba a entrar la guerra. Hasta entonces se había combatido con Brigadas; apenas se sabía que un mes antes, en La Granja, había combatido una División, y era difícil adivinar que manejaría el Mando rojo tres Cuerpos de Ejército.

La idea del ataque era, por otra parte, demasiado ambiciosa, y el enemigo había sobreestimado las cualidades de sus Mandos. Mantener el espíritu de un Batallón de campesinos a fuerza de tiros y palabrotas, puede capaci-

tar para ser un buen sargento; pero no enseña nada para mandar una División.

Por nuestra parte, estimábamos por bajo la capacidad de organización del enemigo y dábamos demasiada importancia a las desavenencias políticas. Un resumen de información del C. T. V., de final de junio, nos muestra cuál era la opinión general sobre la situación del Ejército marxista en esta época. Dice así:

"Las fuerzas rojas en línea son ligeramente superiores en número y medios a las de los Nacionales en los frentes de Madrid y Aragón, están equilibradas en el frente Sur y en enorme inferioridad en el Norte."

Del fruto obtenido por los rojos con la organización del Ejército y la llamada de quintas, saca las siguientes consecuencias:

- refuerzo de las unidades en línea en todo el frente;
- falta casi absoluta de grandes reservas, limitándose a mantener reservas de sector y una pequeña reserva general constituida por pequeños elementos motorizados y once Brigadas Mixtas, aparte de los elementos de la 3.^a División en Cataluña.

Respecto a los proyectos del enemigo, se opinaba así en este resumen:

Frente de Aragón: Continúa en la zona roja y el Extranjero, corriendo el rumor de que se prepara una gran ofensiva en este frente, para la que se habla de unos 50.000 hombre, gran número de aviones y carros. Es poco probable que una acción de esta envergadura pueda tener lugar en un futuro próximo.

Frente de Madrid: Aunque por ahora no parece posible una ofensiva de gran estilo que pueda constituir una amenaza para los Nacionales, hay bastantes probabilidades de una acción de objetivo limitado como la que se ha precisado en el sector de Navalagamella-Las Rozas, de la que se tienen hoy numerosos síntomas.

Creemos que la Batalla de Brunete fué, especialmente en los propósitos rojos, algo de gran estilo, de la que esperaban resultados definitivos.

LA REALIDAD DE LA AMENAZA EN ARAGON

En la amenaza de ataque en Aragón hubo mucha fantasía y algo de acción de contrainformación del enemigo; pero hubo también muchos hechos reales. Realidad fué el aluvión de refuerzos que llegaron a este frente, la reorganización de sus unidades y el establecimiento de una disciplina, relativa, pero rígida en comparación con la que antes había; el gran refuerzo de material de Artillería y Carros, lo fué también. Nuestra Aviación dió noticias de ello, concretas y positivas, en muchas ocasiones; bombardeó concentraciones y combatió con la enemiga.

La preparación del frente de Aragón para una ofensiva fué efectiva, y lo prueba el que pudiera lanzarse a ella el enemigo antes de transcurrido un mes de la terminación de la Batalla de Brunete, con sólo la reorganización y el transporte de algunas fuerzas del Centro, mandadas por Lister.

Hay indicios que permiten creer que mientras se reorganizaba el Ejército, el E. M. C. rojo había previsto y estudiado ofensivas en todos los frentes, y preparaba la de Aragón, donde había pensado llevar la guerra si fracasaba en el Centro. La de Extremadura, para separar nuevamente en dos la Zona Nacional, debió ser abandonada en seguida por la escasez de comunicaciones en la cuenca del Guadiana y sur del Tajo. Por otra parte, el anuncio de esta ofensiva pudo desviar la atención de la de Brunete; pero no llevó a nuestro Mando a tomar más medidas que las corrientes de precaución. De sus reservas no movió más que 3 batallones, que por otra parte sirvieron al V. C. de E. para liberar Albarracín y mejorar aquella parte de sus líneas, conquistando una gran cantidad de terreno y unos cuantos pueblos.

Merece la pena señalar en el funcionamiento de las

Segundas Secciones de nuestras Divisiones, los resúmenes de que hemos dado cuenta de las de Aragón y la observación en las del frente de Madrid. Nuestros observatorios de la Sierra y de la carretera de La Coruña vigilan todas las comunicaciones enemigas al noroeste de Madrid, y desde el primer momento acusan la anomalía en la circulación, señalándola al Ejército del Centro, cuya Segunda Sección, resumiendo los datos de los Cuerpos de Ejército I y VII, conoce al día los vehículos que entran y salen de Madrid. Esto explica que, a pesar de las precauciones que toma el enemigo para que sus movimientos pasen inadvertidos, la concentración es señalada desde el primer momento y seguida en su permanencia hasta el desenlace, a pesar de las noticias negativas de la Aviación.

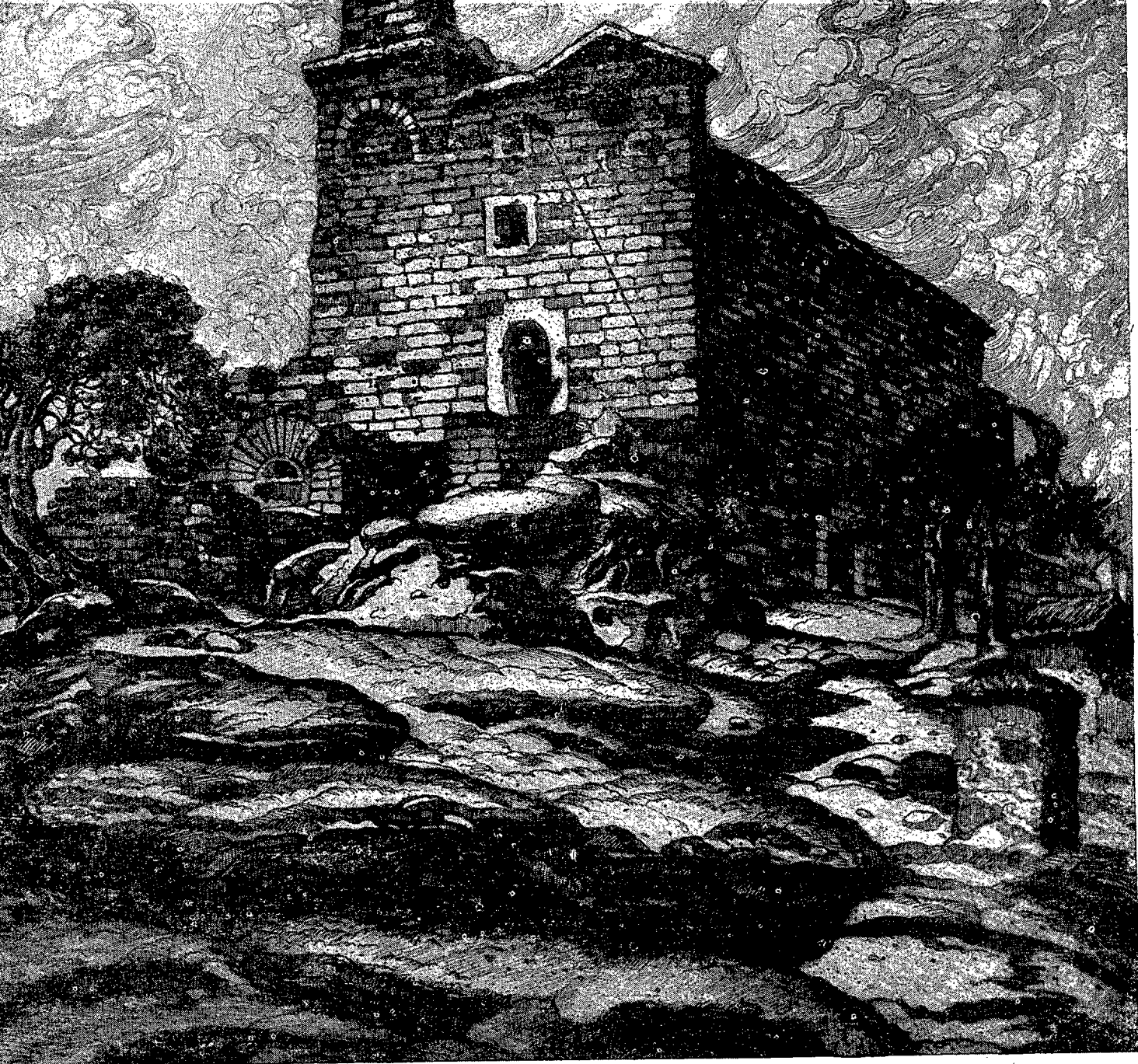
CARACTERISTICAS DE LA INFORMACION EN NUESTRA GUERRA

Característica no sólo de este caso que estudiamos, sino de muchos de nuestra guerra, es la superabundancia de noticias. El carácter civil de la contienda da lugar a los evadidos que del frente y de la retaguardia roja acuden cada día en mayor número a nuestro campo: esta gente viene toda deseosa de informar; pero todos en forma optimista para nuestra Causa. Este es el primer peligro

de que hay que precaverse. Desde noviembre del 36 hemos venido oyendo en todos los interrogatorios, que no comían, que no tenían municiones y que todos estaban decididos a pasarse. Otro afán de ellos era hablar de los proyectos del enemigo. Cada ataque rojo desencadenado había sido anunciado con anticipación; pero esta anticipación fué a veces de dos años. En cambio, traían noticias indudables: la de la Unidad a que pertenecían, que nos ha permitido conocer con tan gran facilidad, en cada momento, el despliegue del enemigo frente a nuestras líneas, y llevarle al día. También por ellas, aunque con algún retraso, hemos podido seguir paso a paso la evolución del Ejército enemigo.

En realidad, la mayor abundancia que hemos tenido de estos informes nos han sido favorables; pero en este caso particular hemos visto desaparecer casi, bajo un cúmulo de noticias que por su abundancia y diversidad de fuentes de procedencia parecían confirmarse, aunque el origen fuese el mismo, las escasas noticias concretas logradas directamente por las Segundas Secciones de las Divisiones, con los medios a su alcance, y que eran los más cercanos a la certeza. Verdad que la Información busca en todos sus escalones, y por todos los medios, para ofrecer al Mando el dato que más le pueda ayudar en el momento trascendental en que decide la forma de alcanzar la victoria.





Santa María de la Cabeza

Capitán de la Guardia Civil
VICTORIANO SUANZES
SUANZES

(Aguafuerte de Castro-Gil.)

"¡Honrado guardia civil que las turbas rojas cazan a tiros, pagando así sus actos beneméritos y humanitarios! Tu grandeza de espíritu perdona tanta ofensa; pero tu corazón se revela cuando es España la que pelagra, cuando ves aquellos tranquilos vecinos que antes te solicitaban, mirarte con acritud, acachado por el enemigo envenenado por las propagandas." (Mensaje del Caudillo a la Guardia Civil en 22 de julio de 1936.)

SIN un entrañable y profundo amor a quienes nos dieron el ser, es imposible sentir la reverencia, el respeto y santo temor de Dios. Sin el cariño a la patria chica, no se concibe el debido a la patria grande. En lo militar, sin el apego al propio uniforme, sin el espíritu de Cuerpo, no podría tener realidad el latido emocionado de nuestros corazones hacia aquellos hermanos de Armas que, con nosotros, constituyen la admirable y admirada Institución castrense.

La Guardia Civil, diseminada por pueblos y aldeas, es, además de sostenedora de la Ley y garantía del orden, símbolo de jerarquía, resorte del Mando; representación, en esos lugares, de cuanta virtud, austeridad, sacrificio, patriotismo y honor constituyen la esencia sagrada del Ejército español, al cual se honra en pertenecer.

Sirva mi pasión, al hablar de ella, de medida—juzgando por lo parcial, pequeño y limitado, lo grande, total e infinito—para adivinar la desmedida intensidad con que, cuantos en la Guardia Civil servimos a España, sentimos en nuestras entrañas, al par de exaltada adoración por ésta, elevadas y nobles palpitaciones por la gran familia militar.

CINCO AÑOS DE REGIMEN REPUBLICANO

Puede la Guardia Civil, con legítimo orgullo, afirmar que fueron tantas las víctimas propias inmoladas en el Altar de la Patria durante los cinco años de nefasta y democrática república, que su sangre, corriendo a raudales por el patrio solar, contribuyó como ninguna a que los españoles, al estallar el Glorioso Alzamiento, pudiesen enarbolar, con fe y brío, la auténtica enseña de la Patria, en cuyos pliegues se encerraban dolores, sacrificios y abnegaciones de la Guardia Civil.

¡Castilblanco! 1931. Un cabo y cuatro guardias: las cinco primeras rosas sangrantes, nuncio del nuevo amanecer hispano. Luego... Briones, Arnedo, Fuenmayor, Haro, Villa de Don Fadrique, Logroño, Bonillo, Labastida, Alcoriza, La Solana, Teruel, Caudete, Almodóvar, Tarazona de la Mancha, San Asensio, Villanueva de la Serena, Bonete, Yuste, Villarrobledo, Sevilla, Coria del Río, Bujalance, Almendralejo, Palencia y tantos otros como podrían citarse, sin olvidar la Asturias roja del 34, señalan, con sangrienta y profunda huella, el final de unos mártires que trazaron con su gesto a quienes les sobrevivimos un camino y una conducta.

Nuestro espíritu se escalofría y estremece todavía recordando a los que fueron decapitados con navaja cabriteras o sucumbieron a pedradas y mordiscos, en presencia de sus propios familiares; a los que, cosidos a puñaladas, fueron pateados y ultrajados por enve-

nenadas turbas sedientas de venganza y odio; los asesinados después de obligarles a presenciar, maniatados e impotentes, el asalto a sus hogares, seguido del cobarde exterminio de sus hijos y esposas. Al lado de tan repugnante, pero verídico cuadro, destaca sobremanera el estoico valor de la solitaria pareja que llega — en sublimidad insuperada — a dejarse matar, enrojando los guijarros de unas calles pueblerinas, en evitación de causar víctimas inocentes — niños y mujeres —, tras las cuales se parapetaban quienes tenían más de chacales que de leones.

De la escena ensangrentada destacan, con admirable realidad, los actos de honradez, españolismo y hombría llevados a cabo en incontables casas-cuarteles — templos y santuarios, a un tiempo, de las virtudes de la raza — donde no más que cuatro soldados, cuatro guardias civiles, sin más fortaleza que sus pechos y su coraje, mantienen a raya a la horda de dinamiteros que ataca sañuda y cobardemente, la cual, cuando (después de utilizar toneladas enteras de dinamita sobre el fortín que puede ser una casa de aldea), se lanza al asalto, encuéntrase todavía detenida por el indomable empuje de una hembra, quien, ante el caliente cadáver de su marido, con una criatura en los brazos y su propio pecho herido por la enemiga metralla, tiene bríos y energías de española para enseñar a unos traidores cómo vive y cómo muere quien quiere bien a su patria.

Dos hechos de heroicidad sublime fueron realizados por quienes, con ellos, immortalizaron la humildad de sus apellidos: es uno la muerte dada por un Sargento, Comandante de cierto puesto, a su propio hijo, cuando lastimera y angustiosamente hablaba a su padre de rendición, quien le sacrificaba con imponente entereza y serenidad, en evitación de un descenso en la moral de su tropa. Es otro el acaecido en puesto no lejano al anterior: fanática e ingente muchedumbre, ebria de sangre, rodea la morada de un puñado de valientes, a quienes baten sin descanso noche y día, con tozuda persistencia, digna de mejor causa. Cesa el fuego unos instantes para dejar oír la voz de un rojo que, hermano político del Cabo, le invita a la entrega con promesa solemne de respetar las vidas de los guardias. Otra voz más potente, clara y varonil, contesta a la anterior: habla el Comandante del puesto para decir a sus sitiadores que la Guardia Civil no se rinde jamás, y, en confirmación de ello, para demostrar además cómo su pulso tiembla mucho menos que su voz, de un certero disparo tumba al suelo sin vida a quien, osado, se atrevió a dudar de su honor profesional. Continúa el desigual y encarnizado combate con más bríos, si cabe, por ambas partes, cubriéndose las bajas de los hombres, en el cuartel, con los demás moradores del mismo, sin distinción de edad o sexo, y cuando — por no salir ya del derruido edificio ni un disparo ni una voz — se lanzan los asaltantes, tropiezan, horrorizados ante su propia obra (entre charcos de sangre, trozos rotos y quebrados de hombres, niños y mujeres), con un montón formado por dos cuerpos humanos enlazados y una ametralladora entre ellos: la utilizada por el Cabo hasta que una bala enemiga destroza su corazón, y la que siguió utilizando su esposa hasta que, herida de muerte, cae exánime abrazando a su marido.

Y así, ininterrumpida, continúa la trágica lucha de

la Guardia Civil con la anti-España hasta llegar — abril de 1936 — al vergonzoso momento en el cual una partida de bandoleros, capitaneada por entes sin conciencia y sin escrúpulos, se adueña del Gobierno de esta Patria dolorida, ante el ingenuo asombro de quienes esperaban del sufragio universal la salvación de España, creyendo, ¡insensatos!, que la salvación podía fundarse en los postulados de una república democrática de groseros afanes, de animales apetitos despertados, precisamente, a su sombra. Entonces..., un héroe poco cantado — el Alférez Reyes — dictó, con varonil arranque propio de su, aunque modesta — valga la paradoja —, esclarecida estirpe, su propia sentencia de muerte. La calle madrileña se tiñó con la sangre generosa de este Oficial benemérito, cuyo cadáver convirtiéndose en sangrante guión conductor de cuantos, españoles hasta la medular esencia de sus almas, reaccionaron en gloriosa manifestación, imponiéndose a una multitud embravecida por el favor oficial, a la cual dieron merecida y ejemplar lección. Este hecho aterrorizó en tal forma a quienes detentaban el poder, que al mismo siguieron arbitrarias medidas de gobierno conducentes a impedir repetición parecida. Hubo Tercios enteros cuyos Mandos fueron víctimas de los más inicuos atropellos: sustituciones, ceses, disponibilidades, persecuciones, destierros y prisiones (hasta el extremo de quedar removida o inutilizada la casi totalidad del cuadro de Oficiales) fueron decretados en toda la Península.

ALZAMIENTO

"... En España se vence en todas partes donde hay hombres como los guardias civiles de Almería. Tener fe y no perderla: Se sigue consolidando situación y concentrando legionarios y regulares en Sevilla que barrerán última resistencia. Os abrazo.— Franco." (El Generalísimo por Radio Tetuán el 21 de julio de 1936.)

Maltrechos, sañudamente combatidos, vejados, maniatados, desarticulados en modo y manera aun hoy poco conocidos, tiene sobrados arrestos la Guardia Civil, a pesar de ello, para contribuir ejemplarmente, en la mayoría de España, al Glorioso y redentor Alzamiento. Fueron las casas-cuarteles en ciudades y aldeas banderines de enganche donde acudían a ofrecerse y armarse cuantos, vibrando de españolismo, decidieron aplastar la bestia infame que intentaba prostituir y destrozar el solar de nuestros padres. Me saldría de mi intento y límites de este artículo detallando los sublimes hechos llevados a cabo por la Guardia Civil. Sólo diré que no han salido del anonimato admirables, patrióticas y enaltecidas acciones ejecutadas, las más de las veces, por minúsculas y aisladas guarniciones. Entre lo mucho que citarse podría, voy a destacar tan sólo su contribución en las singulares gestas de *Oviedo* y el *Alcázar*, para ocuparme después de la homérica hazaña de *Santa María de la Cabeza*. En estos sitios cupo a la Guardia Civil el honor de colaborar, leal y exaltadamente, con sus hermanos de otras Armas, a las órdenes directas de prestigiosos Jefes de nuestro invicto Ejército, el cual, una vez más, patentizó, ante el general asombro de otros pueblos,

la inigualable fortaleza del templo en que están forjados los héroes hispanos.

OVIEDO. — Hablan los números con elocuencia abrumadora. Bajas de la Guardia Civil en la defensa de la plaza. Muertos: Oficiales, 12; Tropa, 156. Heridos: Oficiales, 18; Tropa, 524.

Sama de Langreo. — La Compañía allí concentrada sucumbió totalmente, tras varios días de lucha. Componíanla 180 hombres. En distintos servicios efectuados en la región asturiana sufre las siguientes bajas: muertos, 28; heridos, 67.

ALCAZAR DE TOLEDO. — Defensores, 1.100; de ellos, 700 guardias civiles.

Bajas. — Muertos, 82; de los cuales 55 pertenecientes a la Guardia Civil. Heridos: la casi totalidad de los combatientes, no pocos varias veces.

SANTUARIO DE SANTA MARIA DE LA CABEZA

Justificada excepción permite significar una señera figura militar genuina e indiscutida representación de las virtudes contenidas en un Cuerpo que, marchando siempre cara al sol, a la lluvia, al viento, a la tempestad, al sacrificio, guardó en todo momento y ocasión, en las modestas, pero limpias arcas de sus cristianos hogares, la santa y sagrada tradición de sus fundadores. Jamás he lamentado como al presente, para hablar de ti, *Santiago Cortés*, la torpeza de mis labios y la pobreza de mi pluma. He de ser por ello parco y lacónico, sustituyendo con intenso y emocionado sentimiento las notorias deficiencias de expresión.

El hombre. Treinta y nueve años. Madura juventud. Regular estatura, recia complexión. Frente despejada, en sólida cabeza de corto cabello, sostenida por musculado cuello. Rostro proporcionado, moreno, de poblada barba, grandes y espesas cejas. Noble e inteligente mirada; voz fuerte y poderosa. Figura toda ella extremadamente varonil.

El militar. Decisión; serenidad, gallardía, entereza. Diligencia, inteligencia, autoridad, competencia. Firmeza, lealtad, exaltado patriotismo. Subordinación, consecuencia, caballerosidad, hidalguía. Sacrificio, honor, abnegación. Espejo brillante y reluciente. Antorcha inextinguible, dechado, faro, norte y guía: ¡*Jefe!* Con dominio absoluto de los demás, por tenerlo sobre sí mismo. Fortaleza espiritual y física.

El héroe. Sobriedad, temple acerado, misticismo. Religiosidad arraigada. Firme, profunda, sostenedora y envidiable fe: fe en su Dios, su Patria y su Caudillo. Honrada y noble ambición. Ilimitada grandeza de alma. Corazón, elocuencia y señorío. Todo un simbolismo en tu nombre: *Santiago* y *Cortés*, apóstol y mártir; conquistador, soldado, Capitán, español.

El escenario. Sierra Morena. Romance y leyenda. Medrosos cuentos de la abuela al calor del hogar, en el relato de bandidescas hazañas. Tradición pastoril de cuando la Madre de Dios aparecióse, hace siglos, al pastorcillo serrano. Y allí mismo, por designio divino, para aumentar nuestra fe y creencia en el milagro pasado, realizase el presente.

La epopeya. Agosto de 1936. Gran parte de la Guardia Civil de Jaén, quinientas familias, un reducido grupo de carabineros, guardias de Asalto, sacerdotes, retirados, valerosos y sentenciados falangistas parten para hacerse fuertes en el Santuario de Santa María de la Cabeza. Basta imaginarse tan singular e imponente convoy para suponer las dificultades, resistencias y contratiempos que hubieron de vencer. Así comienza a escribirse la primera página de una de las epopeyas más sublimes, maravillosas y ejemplares que figuran en el libro de la humana historia.

Primeros días...: esfuerzos de ingenio para, engañando a los rojos, ganar tiempo en la búsqueda, almacenamiento de víveres y preparación de la improvisada fortaleza. Luego..., mil quinientas personas piden fervorosamente el auxilio y protección de la Virgen a cuyo amparo se cobijan, elevando sus emocionadas miradas al cielo azul de Andalucía, para contemplar, vibrantes, cómo en plena Sierra Morena, a despecho de los rojos esbirros, en admirable alarde de gallardo patriotismo, se iza la venerada bandera de la España auténtica e inmortal, tremolada al viento cargado de tormentas, angustias y tempestades. Así lo decretó Cortés, prefiriendo lo dificultoso a la hacendedera empresa de— como hizo el resto de la Guardia Civil de aquella provincia—atravesar en audaz decisión el campo enemigo para engrosar las filas del Vencedor: ¡Franco! Su estrecha conciencia obligóle al sublime deber de amparar a cuantos, no combatientes, a él se habían confiado: ¡débil y sublime carga, como él la llama, sobre sus propios hombros, constituida por mil doscientas personas entre mujeres, niños y ancianos! Desde el principio al final de la gesta, los actos más sencillos rebosan enseñanzas, españolismo y emoción. En el Capitán Cortés no sabemos qué admirar más: su entereza, su sangre fría, su fe su abnegación o su valentía. Con temple de ánimo inconcebible, es tal su influencia en quienes le rodean, que nadie sufre des-

mayos. Su mirada tranquila; su voz acariciadora, enérgica y persuasiva; su conducta impecable, despiertan afanes de espiritualidad tan sorprendentes, que son soldados, héroes y mártires, con sencillez y naturalidad, cuantos habitan la débil fortaleza.

Son mujeres quienes dan repetidas lecciones de firmeza y amor patrio al padre y marido que, desde terreno adverso, les pide dejen el Santuario. Lo son



igualmente aquellas otras que no permitieron interrumpir las prácticas religiosas, ni aun en los momentos de mayor angustia. Lo es asimismo quien en los últimos días del sitio, luchando junto a los pocos que en pie quedan; dice: "Cuando falten los hombres, nosotras ocuparemos sus puestos." Es hijo amantísimo el Oficial que, rompiendo sin leerla, carta escrita por su torturada madre, dice a sus subordinados: "A partir de este momento, tan pronto se acerque cualquier parlamentario, sea quien fuese, haced fuego." Es el propio Cortés, autor de respuesta parecida cuando parientes cercanos le informan del cobarde asesinato cometido en sus allegados, al cual seguirá el de ellos mismos, de no renunciar a la defensa. Es un legítimo descendiente de Ahumada aquel a quien raptan esposa e hija, a fin de obligarle a la traición, que, naturalmente, no comete. Lo es, ¡cómo no!, quien, contemplado por su propia mujer e hijos, herido gravemente al intentar la recogida de alimentos arrojados por la Aviación propia, continúa heroicamente su misión, entregando — para los otros primero — lo conseguido a precio de su propia sangre. Es un Teniente empleado siempre en las más arriesgadas empresas, cubierto de gloria en Lugar Nuevo — no bastando ésta a su propio y exigente espíritu —, el organizador de las peligrosas, audaces y fructíferas "razzias". Son inocentes criaturas — promesa del mañana, orgullo, alegría, futuro apoyo y esperanza de sus progenitores — las diezmadas en feroz matanza al salir en busca de alimentos para sus hermanitos más pequeños. Son sus padres los primeros en contestar con brío, conteniendo las lágrimas de rostros y almas, al ¡Viva y Arriba España! pronunciado por el Jefe cuando la última paletada de tierra cae sobre los enterrados cuerpos de tan tiernas víctimas. Son jóvenes falangistas quienes, contagiados por el ambiente de sublimidad en que viven, acometen increíbles proezas: el uno, estudiante de Medicina, atiende y cura sin descanso, en posiciones y avanzadillas, a heridos y enfermos; amputa miembros, interviene en veintidós partos, salva vidas y fortalece almas. No creía cumplido su deber con tan continuadas y trágicas prácticas, finales de su humanitaria carrera: se le ve en los parapetos sosteniendo la moral con su vehemente y ardorosa palabra; herido Cortés, sirve de enlace para transmitir sus órdenes. Luego, en el exilio y prisión, prosigue su enaltecedora labor despreciando peligros sin cuento. Como éste, cubre su noble pecho con azul camisa, el designado por Cortés para llevar importante mensaje a las posiciones nacionales, al cual, hecho prisionero, fusilan los marxistas, cayendo a tierra herido en la cabeza. Mas — ¡providencial disposición! — al clarear el día, aprisionado por las muertas carnes de diecinueve compañeros, recobra el conocimiento, resucita! y huye esposado para, tras cinco días de odisea indescriptible, llegar nuevamente al Santuario bendito, al grito sonoro de "Arriba España".

Justicia y gratitud obligan. Recordemos en este emotivo recuento a quien, familiarizado con los espacios infinitos, ascendió hasta el venturoso Olimpo, morada de los inmortales: he nombrado a *Haya*. Las alas nacionales llevaron a los sitiados (además de medicinas, flores y pintura: sed insaciable de poesía en Cortés), en impar y sobrehumano esfuerzo: 97.670 ki-

logramos de víveres, un mortero del 81, 80 granadas para el mismo, 4 ametralladoras, 14 fusiles ametralladores, otros tantos mosquetones, 48.000 cartuchos, 600 granadas de mano y 400 de fusil. Todo ello, claro está, no pudo recogerse ni llegar a utilizarse; mas sí fué recogida, con repetido y emocionante anhelo, la profunda significación espiritual de presencia tan deseada.

Frasas lapidarias, arengas, escritos y partes de Cortés forman por sí solos materia suficiente para componer el más acabado texto de moral militar. No pudiendo, como sería mi deseo, transcribirlas en su totalidad, copiaré tan sólo, mutilados, en obsequio a la brevedad, sus mensajes al Caudillo y a los Generales Millán Astray y Aranda:

"Con el respeto y cariño que merece el para nosotros más bravo de los soldados y la formalidad que corresponde a la más alta magistratura del Estado, he dado a conocer a cuantos en este campamento residen, el retrato que nos dedica, formando la fuerza y personal que empuña armas, como si hubiéramos recibido la visita de V. E." ... "Nuestros actos se inspiran en los gloriosos gestos de este Cuerpo, cuna de héroes, al que su fundador supo imprimir el sublime espíritu de que viene dando pruebas en los momentos más difíciles. Un día, como lección, les leí a estos bravos hombres cierta alocución que, bajo el título de *Disciplina*, dirigió a los legionarios." ... "Mi respetado General: Al recibir el mensaje que desde el aire nos dirige al salir por primera vez de Asturias, donde, gracias al recio temple de su alma, tan alto se ha puesto el nombre de España, sentimos el orgullo de emular dicha conducta con nuestro gesto..."

"Innumerables son los hechos de valor y arrojo realizados por los defensores del Santuario. La falta de alimentos, lo reducido de los alojamientos, hace que las enfermedades contagiosas graves, así como numerosas intoxicaciones, produzcan repetidos casos de muerte entre tan sufrido y valeroso grupo de españoles que se juramentaron para no entregarse mientras tuvieran vida, y esto se ve realizado ante el suplicio del hambre. *No en una hora, ni en un día, sino en ocho meses de dura lucha y nueve de asedio.*" (De la reciente concesión de la Cruz laureada de San Fernando, colectiva.)

No contento con atender y velar por cuantos contigo convirtieron el Santuario de la Virgen en baluarte de heroísmo, facilitas importante información al Mando nacional y tienes todavía tiempo, pulso, lucidez mental y calma para proyectar eficaces planes de realización en la insumisa zona que conoces, pidiendo ser tú quien los ponga en práctica tan pronto quedés librado: ¡éste era tu ansiado y para ti merecido descanso!

¡Fuiste, *Santiago Cortés*, no sólo guardia civil y héroe nacional, sino también, y muy principalmente, padre, maestro, sacerdote, hermano de quienes tuvieron el alto honor de convivir contigo! ¡En el alto pedestal donde se yergue tu gigantesca figura, aureolada por la fama y el prestigio, contemplamos tu grandeza! ¡Fieles al destino histórico de nuestra Patria, pedimos a la Virgen de la Cabeza nos dé fuerzas, perseverancia y valor para continuar la luminosa senda que con tu ejemplo nos dejaste trazada! ¡Presente, Capitán Santiago Cortés!

BLOQUEO NAVAL



Capitán de navío PASCUAL DÍEZ DE RIVERA, Marqués de Valterra, Jefe de la primera flotilla de destructores.

EL bloqueo en la guerra actual es, en nuestro modesto modo de ver, lo más interesante de la guerra naval.

Dada la calidad del público a que tenemos el honor de dirigirnos, no vamos ahora a definir lo que es bloqueo; pero sí nos permitimos recalcar que si en las guerras anteriores el bloqueo fué fundamental, pues con él se pretendía hacer sentir la angustia en el puerto o país bloqueado y obligar a la Escuadra enemiga a salir y combatir, en la guerra actual, por la envergadura del conflicto, el bloqueo adquiere una importancia de "primerísima" magnitud.

Unida Gran Bretaña a los Estados Unidos por vínculos tan fuertes, políticos y económicos que les obliga a ir juntos a la guerra, y dada la situación estratégica actual de las diversas naciones del mundo, es Norteamérica el arsenal principal y casi único de donde han de salir los útiles generales de aprovisionamiento del pueblo inglés y los pertrechos

más preciados para su Escuadra y para sus Ejércitos. Y como ambas naciones, "hermanas siamesas", tienen el Océano de por medio, es el bloqueo naval el arma más eficaz de cuantas su enemigo, Alemania, pueda esgrimir. Desde luego, Inglaterra, sin la ayuda decidida de los Estados Unidos, no podría continuar la guerra y tendría que capitular.

El paso del Océano representa hoy para Inglaterra *su todo*: ya lo han manifestado repetidas veces en ambas orillas del Atlántico y con gritos angustiosos Churchill y Knox. La batalla del Atlántico es vital para los ingleses. Tiene tal importancia, que nos atrevemos a profetizar, sin temor a equivocarnos, que por este camino — por el del bloqueo naval — es por el único en que hoy se les puede poner en un brete.

Decimos más: si es cierto, como anuncia la prensa alemana, que Inglaterra, con el bloqueo de que es objeto, pierde todos los meses más de quinientas

mil toneladas de buques mercantes, y los ingleses no encuentran el antidoto a este mal, Inglaterra no podrá aguantar la guerra actual muchos meses más.

Hoy día le quedan a Inglaterra unos doce millones de toneladas mercantes para su tráfico, y si éste se reduce a la mitad, creemos que se habrá rebasado con exceso el tope mínimo que las Islas Británicas necesitan para su alimento material y *espiritual*.

Según la prensa inglesa, ya han hallado el remedio que ha de disminuir los hundimientos de tanto barco mercante; si es así, habrán obtenido la victoria más preciada para poder prolongar la guerra. Inglaterra, sin flota mercante no puede combatir ni vivir, pues la inmensa mayoría de los elementos que necesita los recibe de fuera, y como las costas vecinas están en poder de los alemanes, es a través del Atlántico por donde han de llegarle. Como Inglaterra es consciente de lo que el mar representa, no dudamos que ha de buscar con verdadero ahínco la medicina que le cure del mal que hoy le aqueja; pero digamos, aunque sea de pasada, que no somos de los que creemos que se haya inventado, por ahora, ningún *rayo verde*.

Mientras flote la Escuadra inglesa, nos cuesta mucho trabajo creer en esos desembarcos de que se habla: no creemos que Alemania se arriesgue. No quiere esto decir que mientras flote la Escuadra inglesa, no pueda esta nación perder la guerra; pero mientras tenga su Escuadra viva, es muy difícil que Inglaterra pida la paz.

Hay una posibilidad, no obstante, de que Inglaterra pierda la guerra teniendo su Escuadra a flote, y esta posibilidad estriba, como hemos dicho hace poco, en el bloqueo. Recordemos que en la guerra del 1914 al 1918, cuando Alemania pedía la paz, estaba boyante de gloria militar: sus Ejércitos invadían las naciones enemigas, pero el hambre y las privaciones provocaron la revolución interior. Inglaterra tiene todo esto muy presente: ¿no le puede pasar a ella algo análogo?

Antes de hablar del bloqueo en sí, es conveniente que hagamos unas cuantas reflexiones sobre las diferencias esenciales entre la guerra en tierra y la guerra en el mar. Tienen características peculiares y nos interesa mucho aclarar conceptos, todos relacionados con el bloqueo que vamos a considerar.

Al tratar de aprender la teoría de la guerra naval, acudimos, como es natural, a los libros que tratan del Arte de la guerra. Y dice Corbett, el célebre estratega marítimo inglés, que al recurrir a ellos, debemos tener muy presente que los primeros que se escribieron sobre arte de la guerra, lo fueron por militares de tierra, y presentan, de modo magistral, por cierto, enseñanzas sacadas de las campañas de los grandes Capitanes de tierra.

Las Escuelas de Guerra primeras que se formaron, lo fueron por célebres maestros militares, y nos presentaban sus estudios — inspirados en campañas terrestres — de un modo tan lógico y natural, que sus amplias y fundadas conclusiones se tomaban como de aplicación universal.

En líneas generales, no hay duda que las directivas que nos dan esos libros a que estamos aludiendo son las que deben regir cualquier estrategia, bien se

refiera nuestro estudio a un problema terrestre, naval o aéreo; sus métodos, en la mayoría de los casos, deben ser los nuestros; pero es preciso, y en ello Corbett — al dirigirse a los Oficiales de Marina — insiste con una tozudez que impresiona, repitiendo hasta la saciedad "que no debemos olvidar que el medio en que nos movemos es radicalmente distinto de aquel en que ellos (los maestros a quienes consultamos) han adquirido su experiencia".

El Oficial de Marina, por ser hombre, es un ser más apto para vivir en tierra que en el mar; por ley natural propende a comprender y asimilarse mejor lo terrestre que lo naval, y de aquí la preocupación del maestro Corbett (que, por cierto, no es Oficial de Marina) al discutir sobre temas de tan vital importancia para el primer Imperio marítimo del mundo.

Es curioso y nos da que pensar que esto se diga en un país en que se *siente* mucho el mar, y en donde han tenido unos Almirantes como Jervis, como Collingwood, como Nelson, entre otros, que tuvieron sus métodos propios de guerrear en la mar y establecieron bloqueos "cerrados" o "abiertos", sobre los que se ha escrito mucho y se discute bastante en las actuales Escuelas de Guerra Naval.

Si en un país como Inglaterra cree su primer crítico naval que hay que estar diciendo constantemente al Oficial de Marina que se acuerde de que el mar no es la tierra, ¿qué no habrá que hacer en otros países donde no se tiene un concepto tan claro como en aquél de lo que es el mar?

Siguiendo a Corbett, pasemos una rápida ojeada a tres de las principales ideas alrededor de las cuales gira toda la doctrina militar en relación con el bloqueo que estamos estudiando:

1.º *La concentración de fuerzas*, que lleva en sí la idea de derrotar a la fuerza principal del enemigo, acumulando sobre ella todo el peso y toda la energía de que seamos capaces.

2.º El concepto de que la estrategia es *principalmente una cuestión de determinadas líneas de comunicaciones*.

3.º *La concentración del esfuerzo*, lo que nos obliga a fijarnos únicamente en la fuerza que se quiere derrotar, sin tener en cuenta objetivos ulteriores.

En tierra no hay duda de que estos principios son incontrovertibles; en la mar, si los consideramos en su esencia, también son ciertos; pero por razón del medio en que se opera, la aplicación, o mejor dicho el desarrollo de estos principios; puede crear situaciones especiales y merece dediquemos unos minutos a cada uno de ellos.

El primer principio se suele enunciar diciendo que "nuestro primordial objetivo debe ser la fuerza principal del enemigo", y en la literatura naval correspondiente se enuncia de la siguiente forma: el primer objetivo de nuestra Flota de combate es buscar y destruir la Flota de combate enemiga. El principio en sí es magnífico, ¿qué duda cabe; una vez conseguido, diríamos en lenguaje vulgar y chabacano: "Muerto el perro, se acabó la rabia"; pero ¿quién y cómo le pone el cascabel al gato? Veamos la diferencia entre la guerra terrestre y la naval.

En tierra, en cuanto sepamos dónde está el ene-



El bloqueo no se interrumpe ni con viento huracanado ni con mar gruesa, que barre continuamente la cubierta.

migo, le podremos atacar *siempre*, si tenemos fuerza para superar los obstáculos y valor necesario para afrontar los riesgos. Y si nuestro Ejército es superior al del enemigo y los Mandos son iguales o mejores, lógicamente pensando, le derrotaremos.

En la mar no sucede igual. La Flota enemiga puede desaparecer de nuestra vista. Aunque existan la fuerza y el valor necesarios para superar los obstáculos y afrontar los riesgos, aunque tengamos una Escuadra superior en cantidad y calidad a la enemiga, no está muchas veces en nuestra mano el atacarla, porque la Flota enemiga puede retirarse a una Base en la costa. Puede encerrarse en un puerto defendido, en el cual se encontrará segura si el enemigo no cuenta con la ayuda del Ejército.

Contra una Base naval bien defendida no habrá ningún Almirante, consciente de lo que hace, que se aventure a entablar combate, porque en la lucha de la Flota contra las baterías de tierra, siempre, siempre, ganarán éstas contra las que estén a flote.

Cuanta más superioridad haya entre nuestra Flota y la enemiga, cuanto más ganas tengamos de encontrarla para combatir, más se ocultará la otra en un puerto defendido, menos la encontraremos.

¿Cómo diremos? Si disponemos de una superioridad sobre la Flota contraria que nos aconseje y anime a emprender una ofensiva para llegar a obtener una victoria decisiva, estas mismas razones harán que el Almirante contrario busque y ocupe una posición en la que no pueda ser atacado. Nuestra ofensiva queda de momento frustrada y, teóricamente, nuestra posición vendrá a ser la más débil que en la guerra naval puede presentarse. Ya veremos el papel que el bloqueo juega en esto.

El principio de masa combatiente contra masa combatiente, de fuerza organizada propia contra fuerza organizada del enemigo, tan defendido por las teorías de las Escuelas de Guerra de tierra, según las deducciones sacadas de los métodos de Federico o de Napoleón, al aplicarlo en lo naval se dificulta sobremanera.

Las guerras de Holanda contra Inglaterra—las tres—tuvieron un carácter comercial, donde el bloqueo al comercio estaba muy indicado desde el principio, y no obstante (cediendo a las teorías de la época), los ingleses, al comenzar aquellas campañas, su idea principal no era atacar al comercio, sino a sus Flotas de guerra.

Y fué entonces cuando se convencieron los ingleses que este procedimiento — el no atacar el comercio — dejaba de ser eficaz, porque toda tentativa para encontrar al enemigo y darle la batalla se frustraba ante el repliegue de los holandeses a sus costas y sus bases; desde ellas adoptaban una actitud defensiva, y la Escuadra atacante nada conseguía; había, pues, que buscar un medio de hacer que el enemigo saliese para obligarle a combatir y llegar a algo decisivo. Por esto empezó a atacar su comercio, comprendiendo que era un medio más eficaz, porque, una de dos, o dejaban los holandeses que sus buques de comercio fueran apresados, saqueados y hundidos, o salían con sus Flotas de combate a protegerlos, dando así a los ingleses ocasión de cogerlos fuera de puerto y entablar combate. Y como la historia se repite, porque "la geografía manda", se establecieron los ingleses precisamente en el Dogger Bank, donde muchos años después, y también como consecuencia del bloqueo, tuvo lugar la acción que lleva su nombre en la Gran Guerra.

Es una característica especial de la guerra naval: cuando conviene, se retiran las fuerzas organizadas del teatro o mar de operaciones, se encierran en sus bases, no cruzan el mar; pero desde el puerto ejercen su *fleet in being*, irradiando fuerza — no por lo que hacen, sino por lo que pudieran hacer —, y el comercio se paraliza y las naciones atacadas sufren sus funestas consecuencias. La gran *Fleet* del Almirante Jellicoe, metida en Scapa Flow durante la mayor parte de la Gran Guerra y bloqueando a distancia las costas alemanas y todo el mar del Norte, es un caso típico de lo que decíamos. Ya hablaremos de esto.

La segunda de las ideas que vamos a considerar al estudiar las diferencias principales entre la guerra

terrestre y la marítima, es la relacionada con el concepto de las líneas de comunicaciones.

En tierra, lo que pudiéramos llamar líneas de operaciones están perfectamente definidas: valles, ríos, caminos de hierro, carreteras y los obstáculos naturales del teatro de operaciones.

En el mar no hay caminos marcados ni obstáculos fijos.

Antiguamente, cuando se navegaba a vela, había que tener en cuenta los vientos dominantes según las estaciones del año en que se operaba, y algunas derrotas a seguir podían, desde luego, descartarse: no se llevaba siempre el viento en la bodega.

Hoy tenemos, sí, una limitación de importancia, y es ella la de los aprovisionamientos: el tener que rellenar de carbón o de petróleo imponen rutas casi fijas, con las naturales consecuencias que ello lleva consigo.

Por cuestión de comunicaciones, también se dificulta en la mar, más que en la tierra, lo de buscar la Flota enemiga. En la mar no hay jalones que nos indiquen caminos probables a seguir.

Cuando en Lisboa armamos "la Invencible" (que, por cierto, no fué nombre puesto por los españoles, sino por los hijos del Tío Sam, para ridiculizarnos), los marinos ingleses fueron partidarios de que su Flota viniese o bloquease nuestra Armada en la boca del puerto de salida. Drake, en su informe, decía que, puesto que no se sabía cuáles eran las intenciones de los españoles, si atacar en el Canal de la Mancha, en Holanda o en Escocia, era preferible cerrar el puerto de origen. En el primer caso, si nuestras intenciones eran dar el golpe en el Canal de la Mancha, se complicaba todo, porque, como sabéis, había un Ejército español en la costa flamenca, listo para la invasión de las islas, y hasta se podía contar con la ayuda de los Guisas desde Francia.

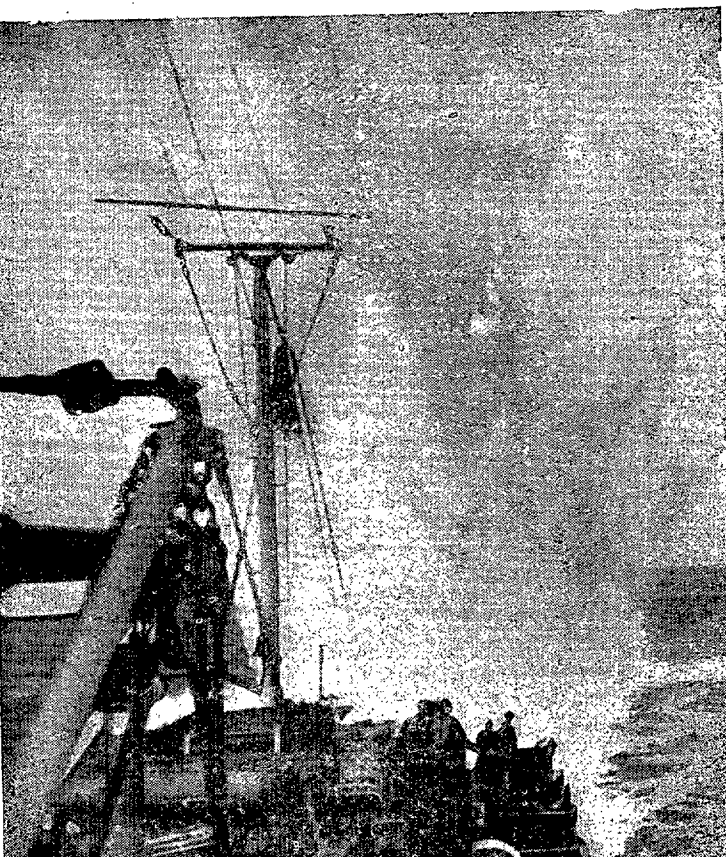
El Gobierno inglés comprendió las razones estratégicas que Drake citaba y apoyaba en otras de índole moral de la mayor importancia; pero no aprobó las sugerencias de Drake, no por pusilanimidad, como dicen algunos historiadores, ni por falta de visión estratégica, como aseguran los más, sino porque como *en el mar hay muchos caminos a seguir*, las probabilidades que tenía Drake de no establecer el contacto con el enemigo eran muy grandes, si éste, los españoles, se hubiesen hecho a la mar antes de que la Flota inglesa hubiese llegado a la boca del puerto donde "el pirata inglés" deseaba embotellarnos con su bloqueo.

La tercera característica que citamos al tabular en tres las diferencias principales entre las guerras terrestres y marítimas, el tercer principio que citamos, es la concentración del esfuerzo, lo que nos obliga a fijarnos únicamente en la fuerza que se

La caza del submarino. — Un lanzaminas arroja la carga regulada para que estalle a la profundidad a que se calcula, por el ruido, que navega el submarino.

En la foto de la página siguiente aparece sobre la superficie una gran mancha de aceite, que revela haber sido alcanzado gravemente el submarino.

(Fotos del E. M. de la Armada.)



quiere derrotar, sin tener en cuenta objetivos ulteriores. Es una consecuencia de los dos anteriores y su característica en la guerra naval, y, contradiciéndole — asegura Corbett —, es que, por encima del deber de ganar batallas, las Flotas tienen el de proteger el comercio.

Hoy día tiene esto una importancia capital, hasta el punto de que en la guerra actual muy bien pudiera ser esto del ataque al comercio la causa de la terminación de la guerra.

En las guerras antiguas se empezaron a proteger las líneas comerciales para que la potencia económica de la nación pudiese sufragar los gastos de la guerra.

En la actualidad, la magnitud de las guerras es tan brutal, que alcanza a todos los habitantes de la nación. Ya no existen aquellos Ejércitos más o menos mercenarios (por ello no creemos que pueda repetirse otra guerra de los 100, ni de los 30 años); hoy toda la nación está en armas; es combatiente el joven, y el viejo, y la mujer; todo se moviliza, todo se militariza y *se requisa*; por ello es preciso proteger las líneas comerciales propias, para poder seguir viviendo y atacar las contrarias, pues con ello se inflige — a buen seguro — un grave daño a la nación enemiga, se le toca en su mismo corazón.

Por ello el bloqueo comercial tiene una influencia decisiva en la lucha a muerte que estamos pre-

senciando entre las dos potencias más fuertes de Europa.

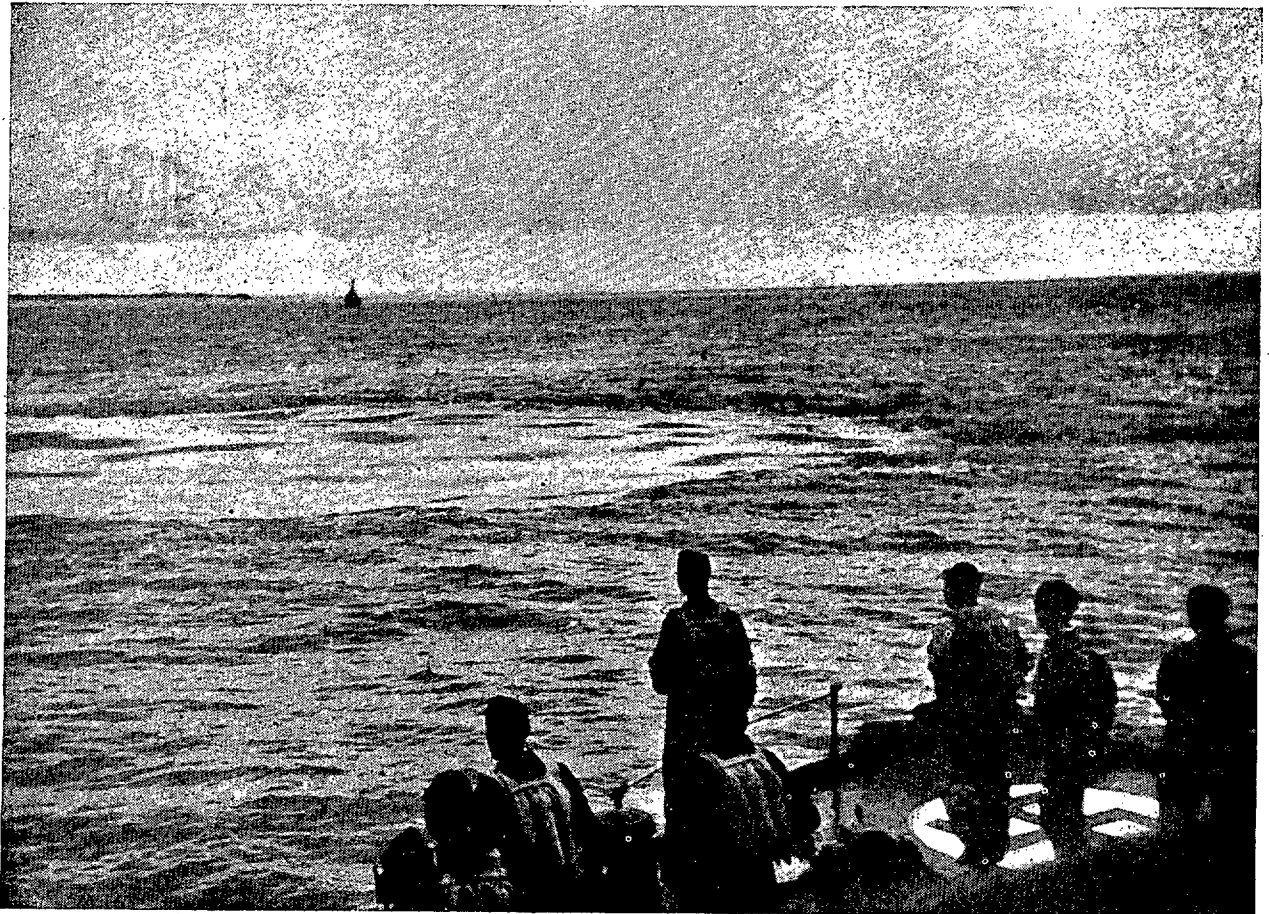
Los principios tan cacareados en las Escuelas Navales, sobre todo inglesa, hasta hace bien poco, de que el único medio razonable de proteger el comercio propio es destruir la Flota de guerra del enemigo, y aquel otro de que "la frontera de Inglaterra debe ser la costa enemiga", son temas que han pasado a la historia.

Claro es que si destruimos la Flota de guerra enemiga, el ataque al comercio de esa nación será "pan comido"; pero ¿y si la Flota de guerra enemiga rehusa proporcionarnos la ocasión de combatirla y derrotarla?

Se meterá en sus bases, y la Escuadra más fuerte vigilará y ejercerá el bloqueo a distancia: único hoy factible, como diremos.

La Escuadra bloqueada hará salidas más o menos audaces para ir desgastando la Flota enemiga en encuentros de fortuna o de valor. Ya hablaremos de esto y citaremos el caso de la Gran Guerra, típico y de grandes enseñanzas.

Lo de que las fronteras de Inglaterra sean las costas del enemigo, es un principio muy bueno, siempre que Inglaterra pueda ejercer el bloqueo en el puerto que contenga la Flota enemiga. No cabe duda de que si taponamos la boca de ese puerto, por su presencia allí, y embotella la Escuadra enemiga,



estará tranquila, pues tiene la seguridad de que los mares estarán limpios de enemigos; pero ese bloqueo cerrado desgasta mucho a la Flota que lo ejerce, y decimos más: hoy día es casi imposible practicarlo. La Aviación naval y los submarinos pueden ejercer un contrabloqueo verdaderamente temible.

Por otra parte, las Unidades modernas de combate, principalmente los buques de línea, tienen una capacidad logística relativamente limitada; en las flotas de vela, la capacidad logística era casi ilimitada. De modo que los buques modernos de línea son menos aptos que los antiguos para ejercer un bloqueo cerrado sobre un puerto.

Los últimos bloqueos cerrados que se han intentado fueron los de Santiago de Cuba, en nuestra guerra, y los de Puerto Arturo, en la guerra ruso-japonesa. En los primeros no actuaban submarinos ni aviones, y en nuestro litoral no había, prácticamente, ninguna defensa de costa. En Puerto Arturo bien caro le costó al Almirante Togo su osadía, pues recordaréis que perdió, por contacto con minas, dos acorazados: el *Hatsuse* y el *Yashima*, lo que redujo sus efectivos en un tercio y se vió obligado a retirarse al archipiélago de Elliot, y desde allí, a 50 millas, continuar el bloqueo de Puerto Arturo.

Hoy en día, con la aparición de la tercera dimen-

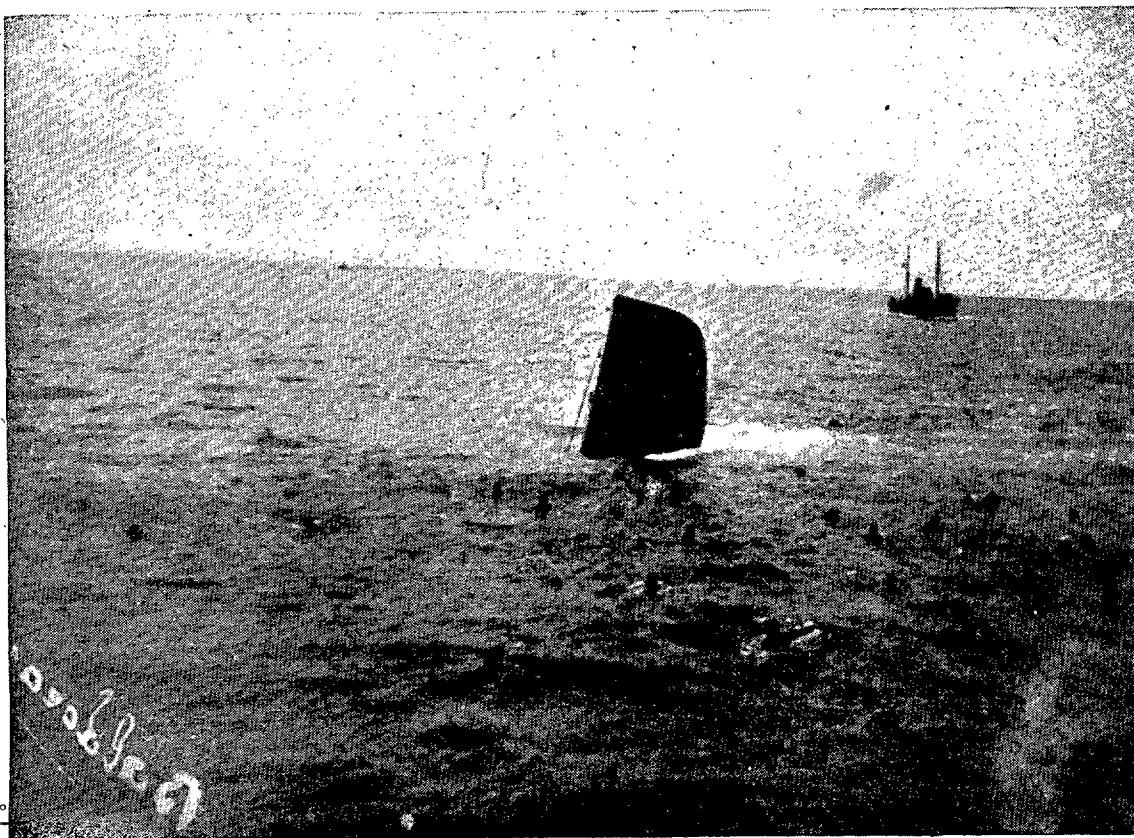
sión — submarinos y aviones —, se han dificultado muchísimo los bloqueos cerrados.

Queda otro aspecto a considerar en este tercer principio que diferencia esencialmente la guerra marítima de la terrestre: En la mar no hay que tener únicamente presente "la fuerza que queremos derrotar", sino que hay que pensar constantemente en los objetivos ulteriores que de repente se nos pueden presentar.

Por ejemplo, una flotilla de destructores lleva por misión defender un convoy de buques mercantes, a que va escoltando; se encuentra con un submarino que surge en la ruta o con una patrulla de destructores, y aunque tenga fuerza para combatirla, debe limitarse a *defender el paso del convoy*, rechazando el ataque de aquella patrulla; pero sin perseguirla ni combatirla más de lo debido, sin empeñarse a fondo en un combate, no sea que en este empeño hundan algún buque de la flotilla protectora y quede el convoy con su escolta mermada, y si más allá se encontrase de nuevo en su camino con nuevas fuerzas enemigas, éstas pudieran superar a las de escolta y destruir o disolver el convoy. La misión, pues, de la flotilla de escolta ha de llenarse siempre pensando en objetivos ulteriores.

No hay tiempo material para detenernos más en el análisis de estas tres ideas principales que Corbett elige para poner de manifiesto las diferencias básicas entre las guerras terrestre y naval.

—Una foto interesante de nuestra guerra de liberación.— Hundimiento de un submarino rojo por un bou. Los tripulantes del submarino se ven nadando a su alrededor.



Ideas, Reflexiones

EL TIRO DE ARTILLERIA SIN CALCULO LOGARITMICO NI DE PARALAJES

Capitán de Artillería ISIDORO CALDERON

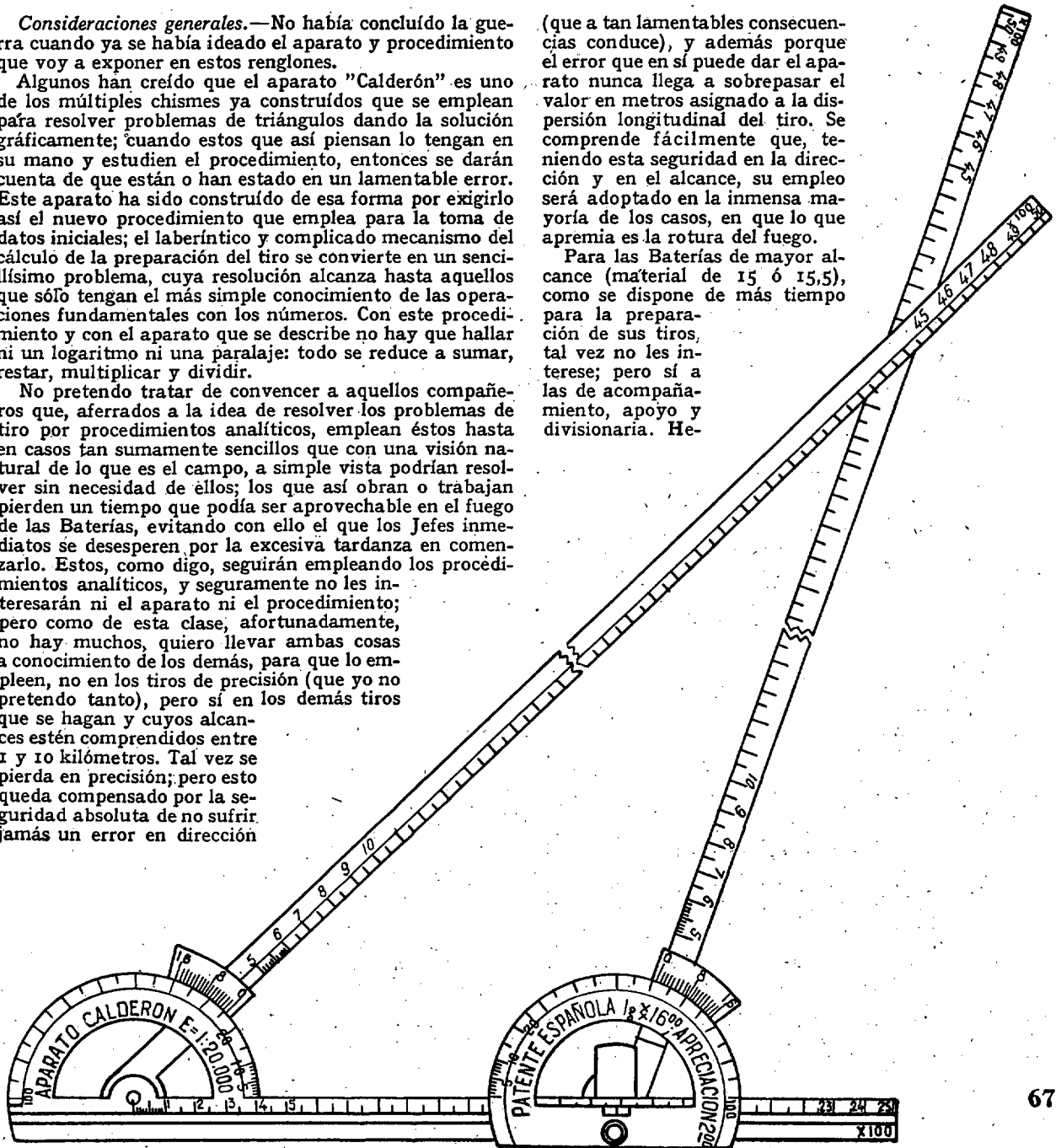
Consideraciones generales.—No había concluído la guerra cuando ya se había ideado el aparato y procedimiento que voy a exponer en estos renglones.

Algunos han creído que el aparato "Calderón" es uno de los múltiples chismes ya construídos que se emplean para resolver problemas de triángulos dando la solución gráficamente; cuando estos que así piensan lo tengan en su mano y estudien el procedimiento, entonces se darán cuenta de que están o han estado en un lamentable error. Este aparato ha sido construído de esa forma por exigirlo así el nuevo procedimiento que emplea para la toma de datos iniciales; el laberíntico y complicado mecanismo del cálculo de la preparación del tiro se convierte en un sencillísimo problema, cuya resolución alcanza hasta aquellos que sólo tengan el más simple conocimiento de las operaciones fundamentales con los números. Con este procedimiento y con el aparato que se describe no hay que hallar ni un logaritmo ni una paralaje: todo se reduce a sumar, restar, multiplicar y dividir.

No pretendo tratar de convencer a aquellos compañeros que, aferrados a la idea de resolver los problemas de tiro por procedimientos analíticos, emplean éstos hasta en casos tan sumamente sencillos que con una visión natural de lo que es el campo, a simple vista podrían resolver sin necesidad de ellos; los que así obran o trabajan pierden un tiempo que podía ser aprovechable en el fuego de las Baterías, evitando con ello el que los Jefes inmediatos se desesperen por la excesiva tardanza en comenzar. Estos, como digo, seguirán empleando los procedimientos analíticos, y seguramente no les interesarán ni el aparato ni el procedimiento; pero como de esta clase, afortunadamente, no hay muchos, quiero llevar ambas cosas a conocimiento de los demás, para que lo empleen, no en los tiros de precisión (que yo no pretendo tanto), pero sí en los demás tiros que se hagan y cuyos alcances estén comprendidos entre 1 y 10 kilómetros. Tal vez se pierda en precisión; pero esto queda compensado por la seguridad absoluta de no sufrir jamás un error en dirección

(que a tan lamentables consecuencias conduce), y además porque el error que en sí puede dar el aparato nunca llega a sobrepasar el valor en metros asignado a la dispersión longitudinal del tiro. Se comprende fácilmente que, teniendo esta seguridad en la dirección y en el alcance, su empleo será adoptado en la inmensa mayoría de los casos, en que lo que apremia es la rotura del fuego.

Para las Baterías de mayor alcance (material de 15 ó 15,5), como se dispone de más tiempo para la preparación de sus tiros, tal vez no les interese; pero sí a las de acompañamiento, apoyo y divisionaria. He-

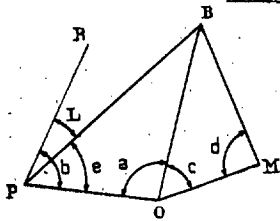


chas estas consideraciones, pasemos a estudiar el procedimiento.

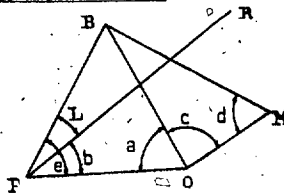
Explicación al procedimiento. — El Capitán o el Oficial auxiliar se estaciona en el Observatorio con el anteojo de Batería; puesto éste en cero, visa la mira parlante, colocada en la pieza directriz, y por simple lectura determina la distancia Observatorio-Pieza, y a continuación mide el ángulo Pieza-Observatorio-Blanco (que va marcado en todos los casos con la letra a), que después nos ha de servir. (Véanse los gráficos que se acompañan.)

Midiendo una base OM y los ángulos c y d , se viene en conocimiento de la distancia OB , por medio del aparato

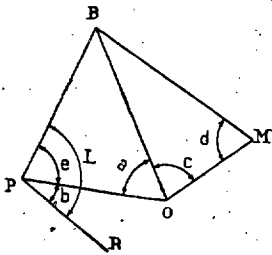
Observatorio al costado derecho



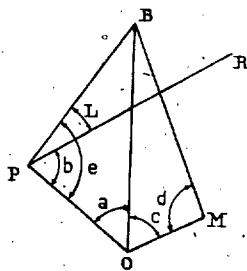
Primer caso.



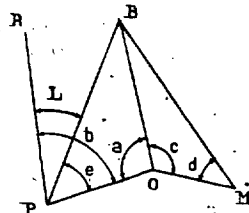
Segundo caso.



Tercer caso.



Cuarto caso.



Quinto caso.

que después se explicará. Esta distancia OB , en unión de la medida anteriormente OP y del ángulo comprendido a , nos da la distancia Pieza-Blanco = PB , que es la que buscamos, y también nos da el ángulo Blanco-Pieza-Observatorio = e , que después ha de servirnos para hallar la deriva.

Descripción y empleo del Aparato CALDERON para la determinación de las distancias OB , PB y la deriva. Se compone de tres reglillas y dos semicírculos; aquéllas van divididas en centímetros, milímetros y medios milímetros; la más corta lleva 25 divisiones (25 centímetros), y las otras dos, 50 divisiones, que en la escala 1 : 20.000 nos sirven para un alcance de 10 kilómetros, y para una distancia entre Observatorio-Pieza = OP de 5 kilómetros.

Los semicírculos van graduados en grados centesimales de dos en dos, y ambos llevan un nonius con 16 divisiones cada uno, correspondientes a 15 del arco, con lo que su apreciación es de $32/16 = 2$ milésimas; tornillo de fijación del semicírculo móvil, y tuercas para el apriete de las dos varillas mayores.

El semicírculo de la izquierda es fijo, y forma parte de la regla más pequeña, que es la que nos sirve de base, y el de la derecha es móvil, para llevarlo a coincidir al punto que convenga.

Determinación de OB y PB . — La distancia medida con el anteojo sirviéndose de la mira, e igual a OM , se lleva con arreglo a escala, sobre la base del triángulo (véase la figura del primer caso), que es, según hemos dicho, el lado menor; se marcan sobre los semicírculos los ángulos c y d , y el punto de intersección nos dará la distancia OB .

Para determinar PB llevamos, lo mismo que antes, sobre la base la distancia OP , y marcamos en uno de los semicírculos el ángulo $BOP = a$, y en su varilla correspondiente, la distancia encontrada anteriormente OB , y moviendo la varilla (sin que se mueva su semicírculo) se busca su punto de intersección con la primera, y por simple lectura en este lado conoceremos PB , y el ángulo $BPO = e$.

El Oficial de línea de fuego, o, en su defecto, un Sargento Jefe de Pieza, medirá con el goniómetro de Pieza el ángulo Observatorio-Pieza, Referencia = b , y lo dará seguidamente al Capitán.

Determinación de la deriva. — Esta viene dada siempre en función del ángulo medido desde la Pieza = b y del encontrado por medio del aparato = e .

En todos los casos se la representa por la letra L , y tiene por valor, en los primero y quinto casos, $L = b - e$; en los segundo y cuarto casos, $L = e - b$, y en el caso tercero, $L = b + e$.

Un ejemplo nos aclarará fácilmente lo expuesto.

Consideremos el primer caso (véase figura) suponiendo el Observatorio al lado derecho de la Batería.

Directamente, por simple lectura, hemos encontrado las distancias OP (Observatorio-Pieza directriz) y OM (base auxiliar); éstas valen, respectivamente, 2,400 y 1,600 metros.

Hemos medido con el anteojo de Batería los ángulos siguientes: Blanco-Observatorio-Pieza = $BOP = a$, y los dos ángulos de la base auxiliar c y d ; la Batería lo primero que ha de hacer es comunicarnos el ángulo Referencia Pieza-Observatorio = $RPO = b$. Pues bien: con estos datos ya tenemos elementos

bastantes para hallar la distancia Pieza-Blanco y la deriva.

Tomemos nota de éstos datos:

$OP = 2,400$ metros.	Ángulo $b = 1,520$ milésimas.
$OM = 1,600$ —	— $c = 1,410$ —
—	— $d = 1,230$ —
—	— $a = 1,400$ —

Vamos a buscar la distancia Pieza-Blanco y la deriva que hay que dar a la Pieza, para que, una vez puesta en su goniómetro y visando la Referencia, R , quede apuntada al blanco. Para ello resolveremos primero el triángulo BOM (que es el que forma la base, uniendo sus extremos con el blanco). Como esta base mide 1,600 metros, los llevamos con arreglo a la escala 1 : 20.000, al lado menor del aparato, llevando el semicírculo móvil a la división 8 de la regla, haciendo coincidir el índice que aquél lleva con el 8 y apretando el tornillo de su cara superior para inmovilizar el semicírculo; hecho esto, se marcan los ángulos c y d , cada uno en un semicírculo, haciendo la transformación correspondiente de milésimas artilleras a grados centesimales, teniendo en cuenta que cada grado centesimal vale 16 milésimas, y como las divisiones de los semicírculos van de dos en dos grados, dividiremos el número de milésimas por 32 (que es el equivalente a dos grados); y el cociente que resulte será el número de divisiones que hay que marcar en los semicírculos; siguiendo el ejemplo que nos ocupa, como c vale 1,410 milésimas y d 1,230, nos da, respectivamente, $44^{\circ}2$ divisiones y $38^{\circ}14$, que hemos de llevar a los semicírculos, haciendo que el cero del nonius rebase la divi-

sión 44, y el 1 del mismo nonius (puesto que cada división del nonius vale dos milésimas) coincide exactamente con una división del semicírculo, sin salir el cero de entre la división 44-45; y en el otro semicírculo se pondrá el cero del nonius rebasando la 38 división del semicírculo, y el 7 del mismo nonius, coincidiendo exactamente con una división del semicírculo, sin que su cero rebese tampoco la división 38-39; en el punto de cruce de ambas varillas nos dará la distancia $OB = 2,810$ metros, porque en la reglilla el punto de cruce es 14 centímetros y medio milímetro; es decir, 14'05 centímetros, que, multiplicado por 2 y por 100, dan los 2,810 metros; con esta distancia y la OP , ya medida antes en unión del ángulo a , encontraremos la PB ; para ello resolveremos el otro triángulo, que es el BOP .

Pongamos lo mismo que antes la distancia $OP = 2.400$ metros en la reglilla base, lo que se conseguirá llevando el índice del semicírculo móvil a la división 12; en este semicírculo se marcan las 1,400 milésimas, que, divididas por 32, dan un cociente de 43'24 divisiones del semicírculo; se pone, lo mismo que antes, el cero del nonius, rebasando el 43 y la división 24 (que son 12), coincidiendo con una del semicírculo, pero sin salirse el cero de las divisiones 43-44; en la reglilla del semicírculo se marca la distancia encontrada antes por el aparato, 2,810 metros, y moviendo la otra reglilla hasta coincidir con esa distancia, esta varilla nos dará la distancia Pieza-Blanco ($16'5 = 3,310$ metros), y su semicírculo nos dará un ángulo $e = 32'2 = 1,028^\circ$, que restado del $b = 1,520^\circ$ que nos dió la Batería, nos dará la deriva correspondiente $L = 492^\circ$, y ya tenemos resuelto el problema.

Nota. — Caso de faltar un índice, como los tornillos del triángulo terminan en punta, no habrá más que presionar sobre un papel o cartón, y entonces quedarán marcados los puntos, midiéndose la distancia con una regla graduada.

Según que consideremos el Observatorio al costado izquierdo o al derecho, hay cinco casos para cada uno.

Enterados ya del procedimiento y aparato, es necesario hacer nuevas consideraciones, enumerando los múltiples inconvenientes, y a continuación vendrá el rebatimiento de los mismos.

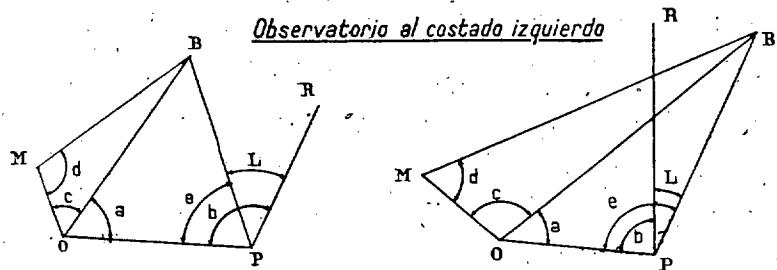
Primer inconveniente: Se dice que la menor distancia que puede colocarse en la regla base es de 740 metros, y que no pueden colocarse en los semicírculos ángulos menores de 32 y 34 divisiones. Esto es inexacto, pues en la reglilla base pueden colocarse distancias hasta de 240 metros, y en cuanto a los ángulos a señalar en los semicírculos, pueden resolverse todos, ya que en el semicírculo fijo puede marcarse hasta el 200 grado, y todos sabemos que la medida de un triángulo es independiente de su posición.

Segundo: La conversión de milésimas a grados dificulta las operaciones. ¿No existen tablas de equivalencias que hacen esta conversión rápidamente?

Tercero: Las coincidencias y apreciación de los nonius son imperfectos. La coincidencia podrá no estar muy ajustada, pero la apreciación no cabe más. ¿Es poca apreciación dos milésimas cuando nosotros despreciamos tres?

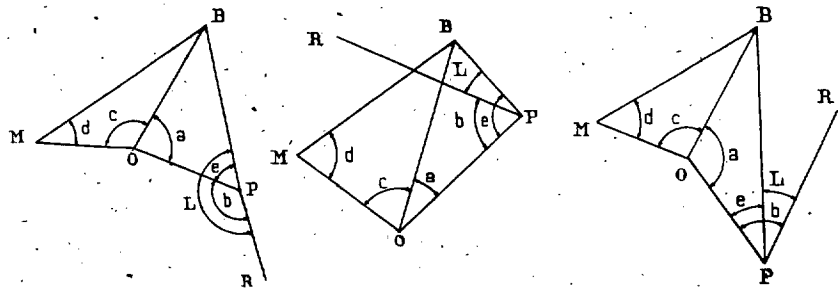
Cuarto: La escala es pequeña y los semicírculos también. Si fuera la escala mayor, tendrían que ser las varillas muy largas, flexarían y habría errores; en cuanto a los semicírculos, si fueran mayores, habría mayor longitud de reglilla sin dividir, teniendo además un volumen y un peso algo exagerado.

Quinto: Si las regletas fuesen divididas a la escala del aparato, se leerían en ellas directamente las distancias.



Primer caso.

Segundo caso.



Tercer caso.

Cuarto caso.

Quinto caso.

Esto es cierto y ya se tendrá en cuenta.

Sexto: El error que da el aparato es de dos milésimas, mayor que el que da un aparato en estación después de reiterada una vuelta de horizonte.

Para tener un error menor de dos milésimas, tendrían las Baterías que llevar un taquímetro o un teodolito; pero como lo que llevan es un antejo, que la mayoría de las veces está desajustado, tendrán errores de algunas milésimas más.

Séptimo y último inconveniente: El aparato "Calderón" no da derivas, sino únicamente separaciones angulares.

¡Naturalmente! ¿Cómo va a dar derivas, si los goniómetros de pieza van cada clase con un origen distinto? Los artilleros medimos siempre separaciones angulares, llamadas prácticamente derivas, cuyo valor, incrementado o disminuido a los orígenes de los aparatos de puntería, nos dan la deriva correspondiente.

Terminado el capítulo de "inconvenientes", dejo el de las ventajas al estudio de los compañeros, y que ellos decidan.

LA CABALLERIA EN LA GUERRA ACTUAL

Comandante de Caballería
JULIAN DE OLIVARES

En 18 de junio de 1940, los puestos de radio del Ejército francés de Levante transmitían el siguiente mensaje: "Gracias a la Caballería.—Firmado, Dentz."

El General Jefe del pequeño ejército que desde el 8 de junio disputaba palmo a palmo el terreno del Líbano y Siria a las fuerzas anglogaullistas invasoras, agradecía de esta manera a la Caballería una brillante operación realizada por la misma al sur de Damasco.

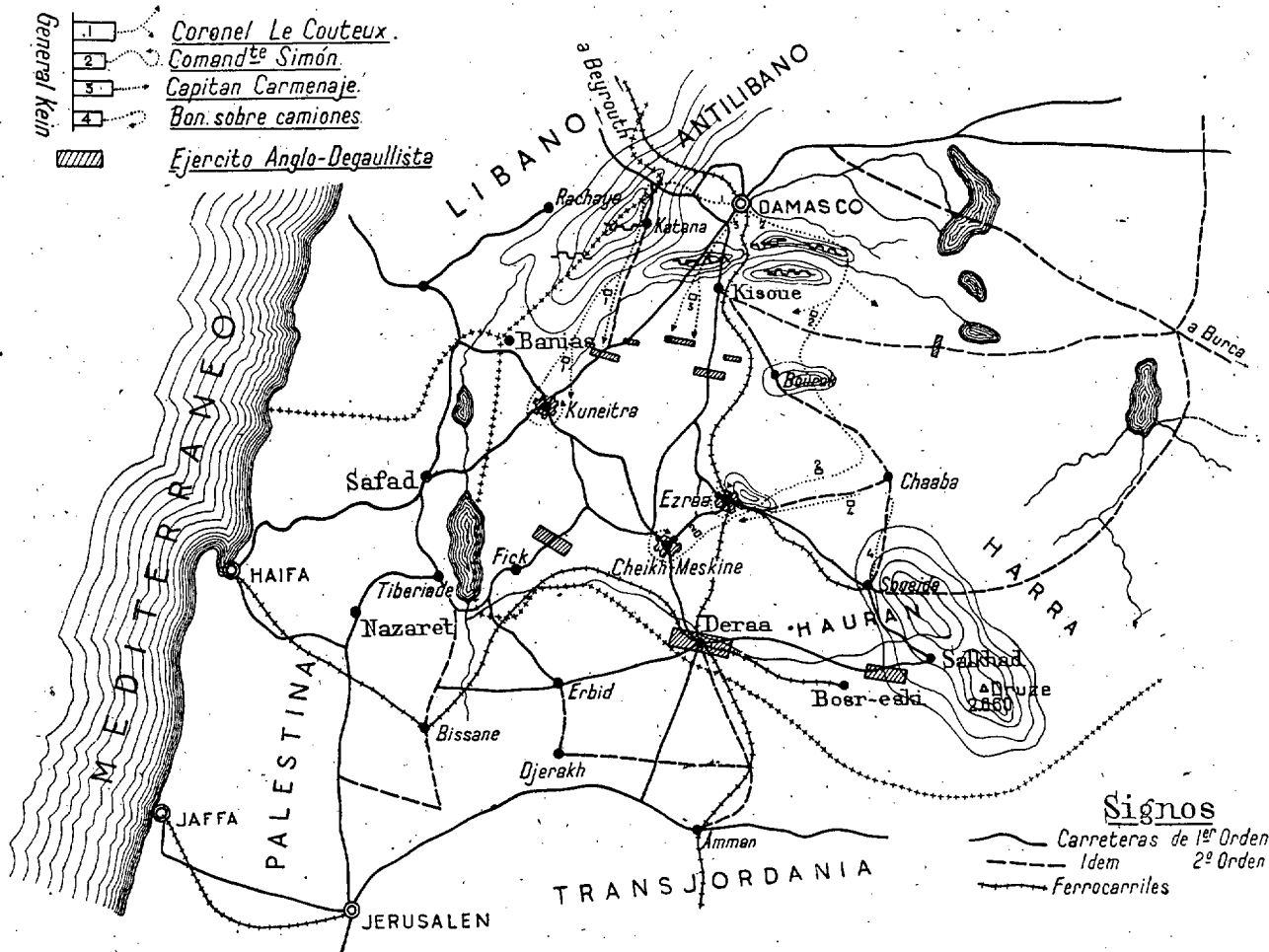
Según el plan de operaciones del Estado Mayor de

El General Dentz decide una acción sobre los flancos y retaguardia del enemigo, y como objetivos, las bases de avance adversarias, establecidas en Kuneitra, Cheik Meskine y Ezraa.

El General Kein, Comandante Jefe de la Caballería de Levante, toma el mando de la operación.

Se organizan tres grupos de fuerzas:

El primero, a las órdenes del Coronel Le Couteux de Caumont, siguiendo la ruta de Ketana, con objetivo Kuneitra.



Beirouth, la línea de resistencia debía replegarse al sur de la capital de Siria, sobre el río Amadjo. Los puestos avanzados del Hauran fueron, unos, tomados por las fuerzas adversarias, y otros se retiraron, en ejecución de este plan.

Fuerzas enemigas importantes, procedentes del sur, entorpecían la ejecución de la maniobra y presionaban fuertemente sobre las dos líneas principales de penetración: la carretera de Cheik el Meskine y la de Kuneitra, ambas convergentes en Damasco.

La Aviación procura hostigarlos en los pozos de agua de Sanameth y Guabachep, situados sobre estos ejes de marcha, sin conseguir, sin embargo, el despegue ni disminuir la presión, cada vez más fuerte.

El segundo grupo, al mando del Comandante Simón, será apoyado por un destacamento procedente de Soueida y se dirigirá por Bourak sobre Ezraa y Chek el Meskine.

El Capitán Carmejane, al mando de un grupo de dos Escuadrones, reforzado por algunas autoametralladoras, procurará el enlace de las dos agrupaciones anteriores.

El 14 de junio, de madrugada, las fuerzas salen de Damasco.

Las del Coronel Caumont abandonan la ciudad por los arrabales de Mezze, tomando la carretera de Damasco a Beirouth, y al abordar los primeros contrafuertes del Hermon (estribaciones del Antilíbano) se rebaten al sur, hacia Ketana, y llegan a la carretera de Damasco-Kuneitra, a retaguardia de las fuerzas avanzadas inglesas, cor-

tando su línea de comunicaciones. Este destacamento, del que forman parte autoametralladoras y Caballería transportada, llevan cubiertos sus flancos por Escuadrones de "Tcher-Kesses".

La agrupación Simon, de menos importancia que la anterior, pero más rápida y autónoma, apoya su Caballería por carros ligeros y autoametralladoras orugas. Deberá, desde Damasco hacia el oasis de Ghouta, establecer una vigilancia sobre las pistas que, procedentes del Este, atraviesan esta fértil región, y, contorneando la región volcánica e inhospitalaria de Loja, por Bourak y Chaaba (donde recibirá el refuerzo del destacamento que se retira del Djebel Druse), se dirigirá sobre Ezraa y Cheik el Meskine, sucesivamente. Estas fuerzas tienen que recorrer 150 kilómetros, mientras que las del Coronel Caumont, cuyo objetivo es Kuneitra, distan de la capital 80 kilómetros.

El 16 de junio, los puestos avanzados del enemigo, que cubren Kuneitra por el norte, son cortados y hechos prisioneros. Kuneitra fué tomada el 17, después de vencer fuerte oposición de las fuerzas que lo defendían, formadas por dos Batallones con numerosas armas anticarro, apoyados por varias Baterías. Quinientos prisioneros y

todo el material cae en manos de las fuerzas atacantes.

El Comandante Simon rechaza en tanto a la exploración enemiga, que aparece al este del oasis de Ghouta y llega, en su progresión por Bourak, hasta Chaaba, donde el Batallón que le ha de reforzar le espera sobre camiones; se lanza en tromba sobre Ezraa, que ocupa, y sigue contra Cheik-Meskine, cuya defensa no puede arrollar, pero la envuelve y asedia.

El pequeño destacamento de Caballería de Carnejane, que patrulla entre las carreteras de Kuneitra y Cheik-Meskine a Damasco, hostiga incesantemente los puestos y comunicaciones del enemigo, desorganizando sus columnas de aprovisionamiento.

La operación, que tenía por objeto únicamente descongestionar la presión enemiga, retrasar el ataque a Damasco, dar tiempo al repliegue sobre la nueva línea de resistencia acordada y conceder un reposo a las tropas, obtiene pleno éxito.

Importantes refuerzos enviados por el adversario para restablecer la situación en sus vanguardias obligan a las débiles fuerzas que efectuaron la maniobra a replegarse; sorteando hábilmente la amenaza de envolvimiento de que a su vez son objeto, entran en Damasco...

EL ACETILENO COMO COMBUSTIBLE EN LOS MOTORES DE EXPLOSION

Comandante de Artillería RODRIGO GARCIA LOPEZ de la Junta de gasógenos.

I. — ANTECEDENTES

Ya durante la pasada guerra mundial se intentó aprovechar en los motores de explosión el gas acetileno como combustible, en sustitución de la gasolina.

Los resultados, hemos de confesar, no se vieron coronados por el éxito de una verdadera realización industrial y práctica. Y ello era debido, por una parte, a las características verdaderamente detonantes del gas acetileno, y por la otra, a las dificultades de evitar los graves peligros de explosión del generador.

Por su gran poder detonante, daba lugar, en el motor, a frecuentes y graves averías, rotura de pistones, bielas, torcedura de cigüeñales, y en muchos casos inutilización de los motores, de-

bido a tales causas. Y en el gasógeno de carburo, o generador de acetileno, tenían lugar graves accidentes, motivados por su explosión; todo lo cual dió origen a un justificado temor en los usuarios.

ESQUEMA DE UN GASOGENO DE CARBURO

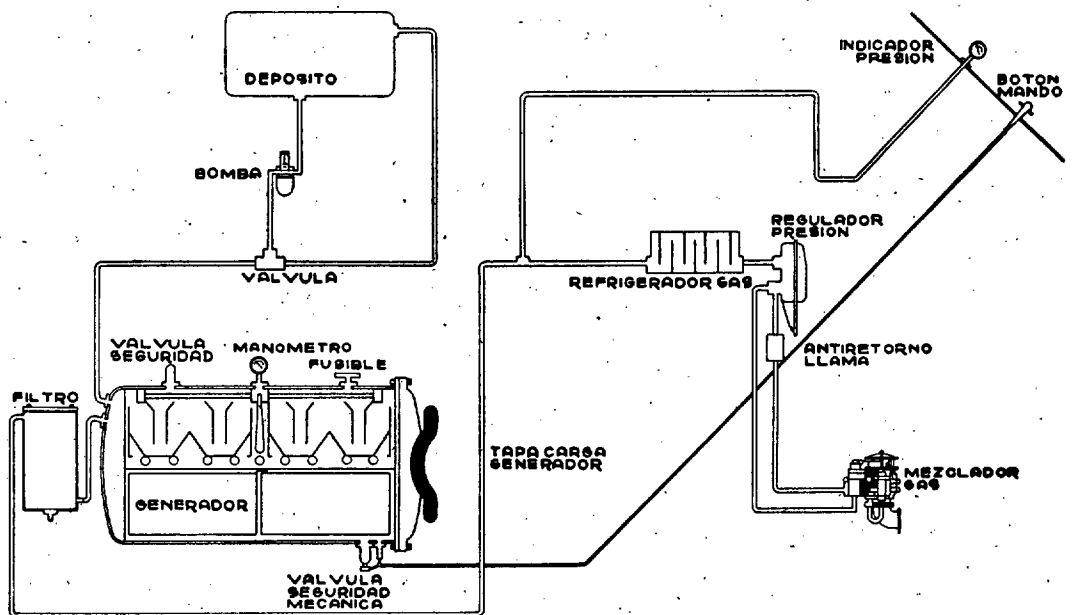


Fig. 1.ª—El gasógeno de carburo debe asegurar en todo momento que el gas producido, acetileno, nunca ha de estar sometido a una presión superior a dos (2) kilogramos por centímetro cuadrado. El acetileno a presiones inferiores es inexplorable, y a este principio fundamental responden los modernos gasógenos de carburo con sus variados dispositivos de seguridad.

Peero como el progreso únicamente se consigue a base de vencer dificultades, las investigaciones y ensayos continuaron con tesón, y merced a ellos podemos hoy afirmar que la utilización del acetileno en sustitución de la gasolina está enteramente resuelto, tanto en el aspecto teórico como en el de su absoluta seguridad de utilización.

II.—MODERNOS GASOGENOS DE CARBURO

Se recogen en estos gasógenos los últimos adelantos de la técnica, que ha conseguido felizmente la más completa realización industrial y económica en esta clase de generadores, en los que se ha llegado a *dominar* completamente el gas acetileno en el motor y a hacer desaparecer *totalmente* los hasta ahora posibles peligros de explosión del generador, pudiendo afirmarse, como hemos indicado, desde el doble punto de vista técnico y práctico, tanto la desaparición de todo peligro, como la obtención de un rendimiento verdaderamente interesante; y en su confirmación está el gran interés que este asunto ha alcanzado en el Extranjero con multitud de realizaciones crecientes y la garantía práctica de miles y miles de kilómetros recorridos sobre todas las rutas de distintos países europeos.

III.—SUS PRINCIPALES CARACTERISTICAS

En el motor. — El acetileno es aspirado por el motor, en unión de alcohol o benzol, que actúan como antidetonantes; pero como nosotros no podemos disponer en *cantidad*, actualmente, de tales productos, se ha solucionado acudiendo a una mezcla de agua y aceite, la que, por *dilución*, ejerce el efecto de amortiguar el poder detonante del acetileno, habiéndose logrado una marcha tan perfecta y regular, *sin modificación alguna en el motor*, como con la marcha a gasolina; es decir, mejor, porque en el arranque es incluso más rápido.

El acetileno llega al motor, como se ve por el adjunto esquema de la figura 1.^a, a través de un filtro especial, un condensador, un dispositivo de presión constante y un mezclador de gas.

A fin de evitar que las cabezas de los pistones se resequen más de lo debido, es aspirado el aceite convenientemente dosificado, mediante la adaptación de un sencillo dispositivo lubricador tan conocido en esta clase de instalaciones.

Es de notar que en estos casos se emplea acetileno; naciente de un gasógeno que lleva el mismo vehículo, que, como sabemos, es considerablemente más económico que el acetileno disuelto en acetona, resolviendo a su vez el problema, hoy casi insoluble, de disponer de botellas.

El problema de generación del gas acetileno en el mismo automóvil se puede resolver por tres procedimientos distintos:

- 1.º *Caída del carburo sobre el agua.*
- 2.º *Inmersión del carburo en el agua*, cuyo contacto se pierde a partir de cierta presión producida que empuja el agua a otro recipiente contiguo o levanta el carburo colocado sobre una campana.
- 3.º *Caída del agua sobre el carburo*, estando el depósito del agua independiente del carburo.

En cuanto a los dos primeros sistemas, mi opinión personal es que deben ser desechados, o, por lo menos, rigurosamente comprobadas sus características, que eviten toda presión, aunque sea momentánea, del gas acetileno superior a 2 kilogramos, ante el gravísimo peligro que implica la posibilidad de un vuelco o accidente cualquiera, que permita la mezcla del agua y carburo, produciendo una reacción rápida de toda la carga, con la consiguiente elevación de presión.

En el tercer caso, tal contingencia es imposible, ya que los recipientes de agua y carburo están completamente separados.

Además, los dos primeros sistemas expuestos necesitan una proporción de agua triple o cuádruple a la de carburo, mientras que en el tercero es sólo suficiente unos 500 gramos de agua por kilogramo de carburo.

Es cierto que este último sistema presenta el inconveniente de que las 400 calorías que se producen al reaccionar cada kilogramo de carburo elevan la temperatura del generador, y se creyó en un principio que esto podría ser un peligro.

Afortunadamente, el calor desprendido, 400 calorías por cada kilogramo de carburo que reacciona con el agua, no bastan para elevar aquél a la incandescencia, y, según Berthelot, el peligro comienza a los 700°.

Ello unido a los experimentos de Bullier y Moissan, que descartan todo peligro de explosión, por causas físicas o químicas, nos confirman este tercer procedimiento como el más interesante en tan importante modalidad cual es el empleo del carburo como auténtico combustible nacional de sustitución.

Ahora bien: lo que es absolutamente fundamental, sea cualquiera el tipo de gasógeno, es que el acetileno no esté comprimido a más de 3 atmósferas, pues a partir de esta presión se hace peligrosísimo por su acentuada tendencia a descomponerse en sus elementos carbono (C) e hidrógeno (H), acompañada de explosión espontánea.

Operando con este gas a una presión inferior a la indicada, el peligro es totalmente inexistente, y por si mi opinión carece de la autoridad debida, tal afirmación se encuentra confirmada por el director de la Oficina Central del Acetileno, de Paris, M. Grajon, quien en su reciente obra, titulada *Equipos de acetileno para vehículos automóviles*, dice textualmente:

"Un generador de acetileno en funcionamiento es absolutamente inofensivo, puesto que el gas que contiene, a menos de 2 kilogramos de presión, es inexplosible."

Describiremos, pues, un modelo de generadores de los que creemos reúnen las debidas condiciones de seguridad.

En los generadores de este tipo más corriente, el agua cae, como hemos dicho, sobre el carburo por riego, formando una atmósfera húmeda que permite una favorable gasificación.

Y el agua es introducida en el generador por una bomba eléctrica o mecánica, o por la misma bomba de gasolina del coche, a la que se le añade un dispositivo de regulación, a fin de que deje de inyectar agua cuando la producción de gas en el generador alcanza una presión de 1 a 1 1/2 kilogramos. Y como esta presión es más que suficiente para alimentar el motor en todos los regímenes de marcha, queda asegurado por esta parte el peligro de las superpresiones, que pueden tener lugar cuando ésta alcanza en el generador cierta presión límite, cifrada por algunos autores en unas 3 atmósferas, a partir de la cual pueden surgir las superpresiones de que hemos hablado. Pero por si la bomba continuara funcionando por encima de la regulación prevista, y a fin de evitar también que pueda seguir generándose acetileno por el agua ya inyectada que no hubiera reaccionado, se han tomado otras importantes precauciones:

1.º Disponer en el cuerpo del generador válvulas de seguridad, que permiten la salida del gas cuando la presión alcanza el límite fijado.

2.º Disponer en el mismo cuerpo un dispositivo llamado "fusible", que facilita la salida del gas, lo mismo que el fusible corta la corriente cuando la presión o intensidad, según los casos, pasa de cierto límite.

3.º Y por si los anteriores dispositivos de seguridad fueran pocos, del generador parte una tubería al *tablero del coche*, donde un manómetro nos indica la *presión límite*, pudiendo el conductor tirar de un botón que

acciona una válvula mecánica del generador, y desciende en el acto la presión.

La seguridad no puede ser, pues, más completa. La presión no llega a ser superior a la normal existente en la multitud de generadores de acetileno, usados durante años y años en todos los talleres y lugares del mundo sin el menor contratiempo.

La utilización del acetileno como sustitutivo de la gasolina en los motores de explosión se ha conseguido plenamente, y su importancia es de natural trascendencia.

IV.—OTRAS CARACTERISTICAS

El peso en conjunto de estos gasógenos, aunque variable según los tipos, viene a ser inferior a la mitad del corriente en los gasógenos de antracita o madera para el mismo radio de acción.

Su duración es mayor, ya que aquí no existen temperaturas elevadas y otros efectos nocivos que deterioran rápidamente la instalación gasificadora, como ocurre en los gasógenos citados.

Su volumen viene a ser la tercera parte de los gasógenos a gas pobre.

La pérdida de potencia, empleando acetileno con mezcla de agua y aceite, no existe o es inferior a 10 por 100; lo que, comparado con los gasógenos de gas pobre, donde ésta nunca es inferior al 25 por 100 en los mejores casos de adaptación, supone una notable ventaja.

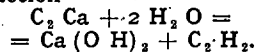
El arranque es instantáneo, sencillo, cómodo y seguro; basta poner el contacto y pisar el botón de la puesta en marcha.

La manipulación del carburo y la conducción del vehículo a gasógeno es incomparablemente más sencilla, cómoda y limpia que la de los gasógenos corrientes a gas pobre.

V.—ALGUNOS FUNDAMENTOS TECNICOS Y ECONOMICOS

El acetileno (C₂ H₂) tiene un poder calorífico aproximado a 11.900 calorías kilogramo, 13.300 calorías metro cúbico. Su peso específico es de 1.066 kgs./m.³ a 15° y 1 atmósfera, y su densidad con respecto al aire, de unos 0,915.

Se obtiene tratando el carburo de calcio (C₂ Ca) con el agua, según la reacción



Teórica y prácticamente, con un buen carburo se obtienen de 300 a 350 litros de acetileno por cada kilogramo de carburo. Si el valor de éste lo fijamos en 1,25 pesetas el kilogramo, lo que supone un precio inferior a 4,50 pesetas el m.³ de acetileno para un carburo de 300 litros el kilogramo.

Y como hemos dicho que su peso específico es de 1,066 para 1 atmósfera y que un m.³ de acetileno tiene un poder calorífico de 13.300 calorías, resulta que éste nos cuesta unas 4,50 pesetas, aproximadamente. Y si tenemos en cuenta que el poder calorífico de la gasolina viene a ser de unas 11.000 calorías y su peso específico de 0,730, un litro de gasolina tendrá 8.030 calorías, que en la actualidad, para vehículos de turismo, nos cuesta 5 pesetas. Luego resulta que:

1.000 calorías de gasolina importan 0,562 pesetas.
1.000 calorías de acetileno — 0,338 pesetas.
bajo el supuesto, como hemos dicho, que el kilogramo de carburo cueste a 1,25 pesetas y el litro de gasolina a 5 pesetas.

En la práctica, para un carburo que nos produzca 300 litros-kilogramos, el equivalente a un litro de gasolina sería 2,33 kilogramos; pero si el kilogramo de carburo no produce los 300 litros de acetileno y éste baja, como desgraciadamente ocurre actualmente con nuestros carburos... ¡entonces la equivalencia por un litro de gasolina sería superior!

VI.—POSIBILIDAD DE PRODUCCION DE CARBURO EN ESPAÑA

El carburo se obtiene, como se sabe, a base de cal, cok y energía eléctrica.

Cal abunda en España.

Cok. — La producción nacional es muy escasa, pero se le puede sustituir, y se le sustituye, por nuestras antracitas.

Energía eléctrica. — Este es el asunto fundamental, por la necesidad de que el precio del kilovatio-hora sea económico, pudiendo afirmarse en este sentido que la energía eléctrica que nos cueste a más de 3 céntimos el kilovatio, no conviene a esta clase de instalaciones. Las posibilidades

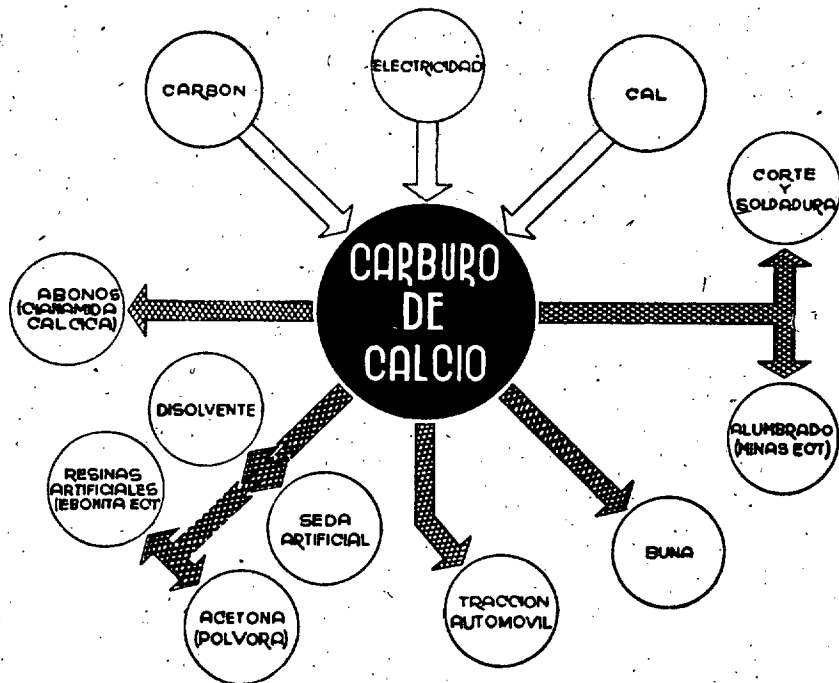


Fig. 2.ª—PRODUCTOS DERIVADOS DEL CARBURO.—Por ser el acetileno el punto de partida de una de las dos vías de la gran industria moderna por síntesis total, de porvenir ilimitado, la fabricación del carburo en España debe ser considerada como de verdadero interés nacional.

des nacionales en este aspecto no están agotadas ni mucho menos.

Con anterioridad a la guerra éramos exportadores de carburo, y aunque en la actualidad éste parece ser escasea en el mercado, pudiera ser ello debido a cosas posibles de solucionar, haciendo factible el asegurar el suministro permanente del combustible a un determinado número de vehículos que utilicen este sistema de propulsión.

Es digna de señalar la justa expectación que ha despertado en nuestro país, especialmente entre los conocedores de esta nueva aplicación del carburo, y así se puede hacer constar que son varias las industrias y grupos de gran solvencia que se empiezan a ocupar en la actualidad de tan importante cuestión, y aunque su resolución, como sabemos, no puede ser inmediata, es lo cierto que, según parece, se vencerán todas las dificultades del momento, ante la doble realidad de tener asegurada toda la producción actual, por grande que sea, en la tracción automovil y de estar asegurada también en el porvenir, sea cualquiera el resultado de la contienda actual, por ser el acetileno, como se sabe, uno de los dos puntos básicos de partida, vía óxido de carbono (CO) o vía acetileno (C, H₂) de la gran industria moderna por síntesis total.

Así, por vía acetileno, se obtiene (fig. 2.^a):

Cianamida cálcica, como abono con el que Italia ha aumentado considerablemente su producción de arroz, y de gran importancia en nuestro país.

Acetona, de crecido consumo en la fabricación de pólvoras sin humo y de indiscutible importancia en países pobres en riqueza forestal como el nuestro.

Acido acético, también importante para nosotros, y del que se obtienen colorantes, disolventes, lacas, perfumes, medicamentos, etc., del máximo interés.

Seda artificial. — Del ácido acético se llega al anhídrido del ácido acético, primera materia del acetato de celulosa, que, hilado y tejido, da lugar a una hermosa seda artificial, caracterizada por su gran brillo e inalterabilidad a la humedad.

Infinidad de resinas, de gran aplicación en la vida in-

dustrial, por sus variadísimos grados de elasticidad y propiedades plásticas, abarcando el horizonte más amplio y para nosotros casi desconocido: fabricación de infinidad de productos que sustituyen con ventaja al celuloide, temido por su inflamabilidad y por sus cualidades de resistencia y facilidad de ser tratado en fundición por inyección, sus aplicaciones industriales son ilimitadas. Modernísimas carrocerías de automóviles utilizan esta primera materia, en sustitución de la carrocería de acero, y por su menor peso y especiales cualidades, su intensa aplicación a los modernos aviones y a los vehículos eléctricos por acumulador no se hará esperar.

La **buna** o **caucho artificial**, cuyo producto se conoce en el mercado norteamericano con el nombre de *duprene*, de tan alto interés como de todos es bien conocido (figura 3.^a).

Y antes de terminar esta cuestión, dediquemos un recuerdo al R. P. Eduardo Victoria, quien ya en el año 1912, en una conferencia sobre el acetileno, pronunciada en Barcelona, presentaba la gran aplicación actual al decir:

"... el acetileno ha ganado un puesto de honor en sus aplicaciones más importantes: la luz y la industria (refiriéndose a la soldadura), si con el tiempo llegaran a andar parejas con ellas, sus servicios para los motores y automóviles, su triunfo mundial sería completo."

La puesta, pues, a punto del empleo del acetileno en los motores de explosión no sólo viene a llenar una angustiosa necesidad nacional, sino que puede llegar a constituir el punto de partida que impulse a nuestra Patria por nuevos e importantísimos horizontes, bajo el triple aspecto económico, industrial y de defensa nacional.

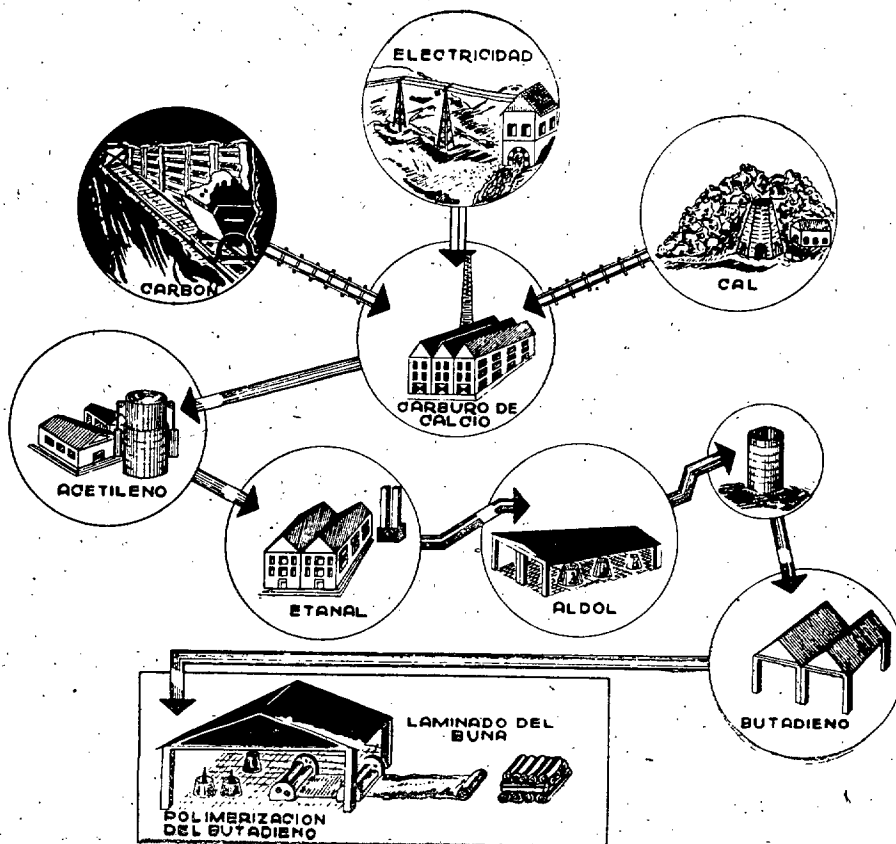


Fig. 3.^a—OBTENCIÓN DE LA BUNA PARTIENDO DEL CARBURO.—Alemania tiene asegurada la fabricación del caucho artificial (buna), partiendo del carburo. Norteamérica, en estos momentos, privada del caucho de las Indias Holandesas y otros lugares del Pacífico, en poder de los japoneses, busca, como solución más rápida, su obtención por el mismo procedimiento.

• INFORMACION •

¿Quién se batirá por la India?

Inglaterra ha perdido Singapur porque había asegurado, con medios formidables y a costa de grandes sacrificios, la defensa de tal fortaleza únicamente por la parte del mar, mientras que el ataque victorioso ha sido ejecutado por tierra. Y se arriesga también a perder la India por haber cometido un error análogo; pero esta vez en sentido inverso. Durante mucho tiempo se ha dedicado a cubrir la India de un conjunto de defensas contra un ataque que viniera del Continente, a través del Afganistán y del famoso paso de Khyber. Ahora bien: la India se encuentra hoy amenazada por el lado del mar.

Así va el mundo. La fortuna parece complacerse en desbaratar las previsiones y los cálculos humanos, sobre todo cuando éstos se retrasan respecto a ella.

Y sucede, además, que durante varias generaciones los ingleses no vislumbraban otro peligro para la India que el que provenía de los rusos, de los cuales son aliados hoy en día.

El duelo clásico entre el oso moscovita y la ballena británica fué uno de los temas más abundantemente desarrollados por los historiadores y los escritores políticos. En tales desarrollos se advertía una buena parte de literatura y de imaginación. Cuando en el curso de un viaje a las Indias obtuve, no sin mucho trabajo y formalidades múltiples, la autorización de llegar hasta ese desfiladero pavoroso de Khyber, puerta del Asia central, se hubiera creído, al ver tal lujo de preparaciones, que un potente Ejército enemigo se hallaba concentrado al otro lado, dispuesto, a una señal dada, a descender de las montañas para extenderse, como un torrente, en esta inmensa península. Ahora bien: al otro lado no había más que desiertos, en centenas, en millares de kilómetros, y las montañas más altas y más inaccesibles del mundo.

Cerca de 400 millones de habitantes, aproximadamente el quinto de la población del mundo, un conglomerado de pueblos, de razas, de religiones; 220 millones de indúes, una treintena de millones de intocables, los sin casta, 70 millones de musulmanes, 12 millones de budistas, 5 millones de cristianos, más de 100 religiones diferentes; no, pues, un país, sino un verdadero continente, tan extenso como Europa entera; un mundo aparte, que no se parece a ningún otro, con sus caracteres físicos y morales, su o, más bien, sus climas, sus leyes, sus costumbres, sus maneras de pensar y de vivir.

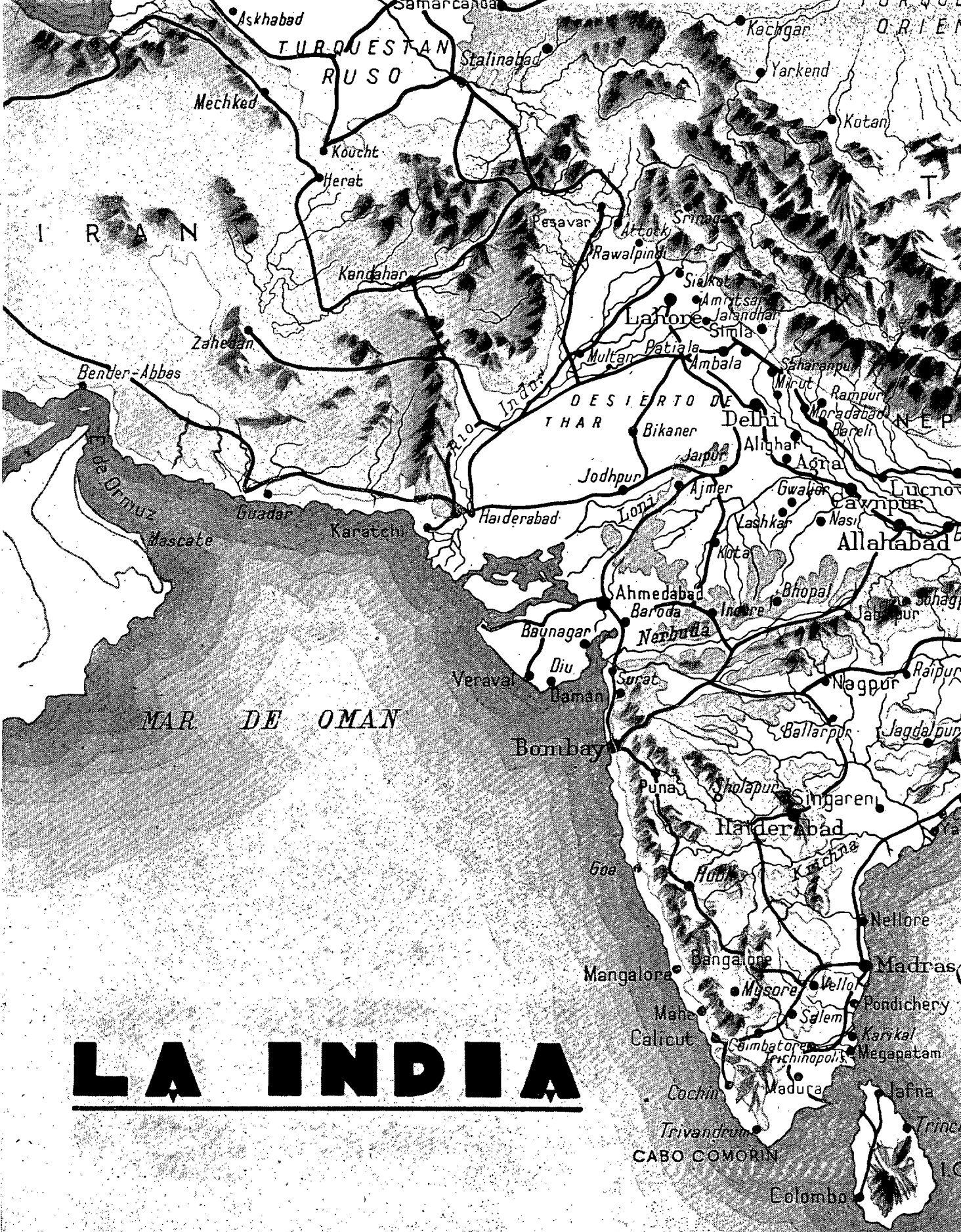
Me acuerdo con asombro de mi primer contacto con la tierra india, cuando acababa de desembarcar, en pleno

invierno, en Bombay. Tras haber dormido con las ventanas abiertas de par en par, un corto paseo matinal por el jardín del hotel, por las calles, por las plazas vecinas, me daba la extraña impresión de un mundo en que el reino vegetal y el animal no constituían, como en otras partes, compartimientos distintos, separados por tabiques impermeables. Plantas y animales, por el contrario, parecían no constituir más que uno de tales compartimientos. El hombre se siente ahogado, diluido, en el seno de una inmensa fuerza vital, de la que no es sino una parte insignificante, como si todas las barreras que protegen su originalidad, su personalidad, se encontraran más o menos destruidas.

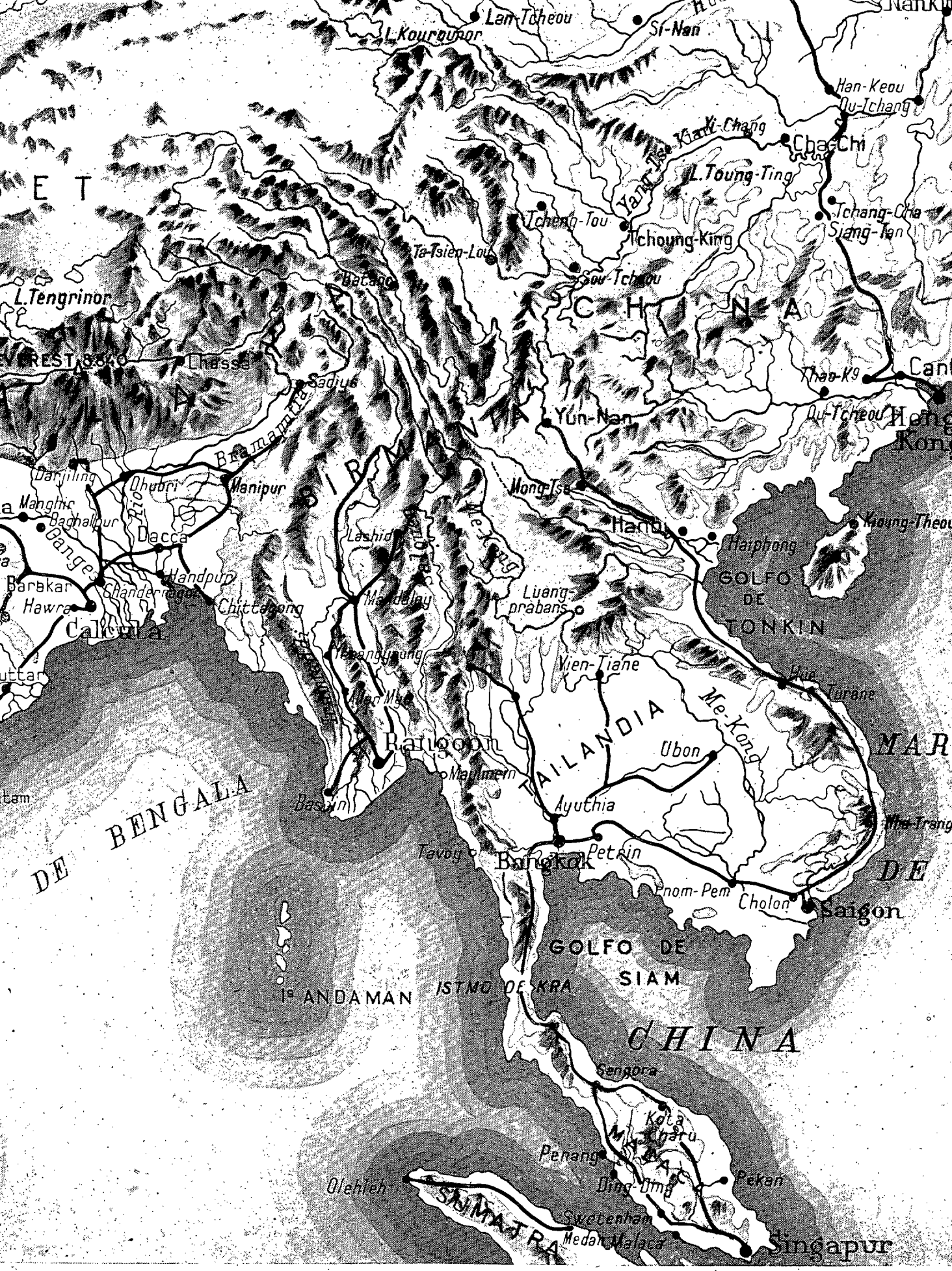
La prodigiosa diversidad de razas, de pueblos que forman este Imperio, su docilidad, su no resistencia nativa, han sido hábilmente utilizadas por Inglaterra para asentar su dominación. Dividir para reinar es una divisa que el inglés, en Asia como en Europa, aplica instintivamente. Con su sentido práctico, su oportunismo perezoso, ha creado un sistema, a la vez simple y complicado, en que las fuerzas centrífugas consiguen mal que bien equilibrarse; pero con un equilibrio muy inestable. Cuando se presentaban dificultades — y se presentaban muchas veces —, se esforzaba de primera intención en resolverlas. Pero después, si la tarea le parecía demasiado ardua, la abandonaba, dispuesto a reanudarla el día en que las circunstancias le obligaran a ello.

Esto es lo que ha pasado en la India después de la Gran Guerra. La parte considerable que las poblaciones indígenas acababan de tomar en ella, el gran esfuerzo que habían aportado a la victoria común, imponían a Inglaterra el deber imperioso de reformar el Gobierno y la Administración, concediendo a los indios mayores libertades. Una importante Comisión fué enviada al país; sus investigaciones fueron largas, y sus informes, voluminosos. ¿Qué resultado práctico se obtuvo? Nada o muy poca cosa.

Grandes obstáculos se atravesaban, efectivamente, en el camino de tales reformadores. Uno de los principales provenía de la actitud de los musulmanes, que, numéricamente inferiores a los indúes, deseaban, exigían a toda costa no ser colocados en una posición secundaria. Tras muchas dudas y tanteos, esta montaña de trabajo acabó por dar a luz un ratón. Las soluciones propuestas no solucionaban nada, ya que equivalían a una renuncia. La decepción de los interesados se manifestó mediante



LA INDIA



E T

L. Kouroumou

Lan Tcheou

Si-Nan

Han-Keou
Ou-Tchang

Yi-Chang
L. Toung-Ting

Chao-Chi

Tchang-Chia
Siang-Tan

Tcheng-Tou

Choung-King

Ta-Tsien-Lou

Sou-Tcheou

L. Tengrinor

Bacang

Yun-Nan

Thao-K9

Cant

REST 8840

Dhassa

Sadiu

Qu-Tcheou

Heng
Kon

Brahmaputra

Mong-Tse

Handu

Young-Theou

Darjiling

Ohubri

Manipur

Lashid

Luang-prabans

Haiphong

GOLFO DE
TONKIN

Manglic

Baghalpur

Dacca

Chittagong

Mandelay

Vien-Tiane

Turane

Barakar

Handpur

Shanderagou

Yangyung

Meo Mye

Me-Kong

Ubon

Hawra

Calcutta

Rangoon

TAILANDIA

Ayuthia

MAR

DE BENGALA

Basin

Tavoy

Bangkok

Pekin

Phom-Pem

Cholon

DE

1st ANDAMAN

ISTMO DE KRA

GOLFO DE
SIAM

CHINA

Sengora

Kota Bharu

Penang

Ding-Ding

Pekan

Olehleh

SANIMATRA

Swatanhan

Medan

Malacca

Singapur

reacciones más o menos vivas, muy enojosas, en más de una ocasión, para los ingleses; pero sin llegar a poner en peligro sus intereses vitales.

En el fondo, la Inglaterra de la postguerra se ha abandonado generosamente, en todos los terrenos, al principio del mínimo esfuerzo, y ha rehuido todos los obstáculos. Las nuevas generaciones no querían oír hablar de trabajo asiduo, de molestias y todavía menos de sacrificios. Es la época en que la más famosa asociación de los estudiantes, en Oxford, aprobaba una moción declarando que sus asociados rehusarían verter, en cualquiera circunstancia, su sangre por el Rey y por la Patria (*for King and Country*).

Winston Churchill escribió en tal ocasión que ese voto no tenía prácticamente ninguna importancia, que no se trataba más que de una niñería pura y simple. Desgraciadamente para sus compatriotas, los sucesos desmintieron este exceso de optimismo.

Esta fuga obstinada ante el esfuerzo, debería haber tenido por consecuencia lógica una política resueltamente pacífica. Sin embargo, Inglaterra, como Francia por su parte, hizo exactamente lo contrario.

La India, hoy en peligro, no podría resistir con algún éxito sino en el caso en que el país consintiera en participar ampliamente en su defensa. Pero ¿consentirá en ello, y en qué medida? Esto es lo que sir Stafford Cripps ha ido a pedirle. En cambio, lleva en su valija un proyecto de autonomía del que nadie, empezando por su autor, sabe justamente en qué consiste. ¿La India será transformada en *Dominion*, con su Parlamento y sus leyes propias, como el Canadá, Africa del Sur o Australia? Pero la situación es aquí completamente distinta que en esos diferentes países. Las modalidades de la reforma tienen tanta importancia, si no más, que la reforma misma en principio. Sobre tales modalidades habrá que ponerse de acuerdo, y ello no será cosa fácil. Pues el tiempo apremia y no es probable que los japoneses esperen, para emprender su ofensiva, a que sus enemigos hayan acabado de discutir y de deliberar.

El Ejército de la India.

En 1939, este Ejército se componía de 200.000 hombres de tropas regulares y de 100.000 hombres de tropas territoriales o locales. Los efectivos británicos constituían los dos quintos de ese total. Lo que representaba, en suma, el valor de una quincena de Divisiones coloniales, con fuerte proporción de europeos.

En 1942, el Ejército de la India alcanza la cifra de 900.000 hombres de tropas regulares; lo que corresponde a una cincuenta de Divisiones.

En dos años, pues, se ha más que triplicado dicho Ejército.

Este se recluta todavía únicamente por la vía del voluntariado; pero ciertos nuevos rasgos han modificado sensiblemente el carácter del antiguo Ejército.

En primer lugar, el Ejército territorial, que excluía del servicio en Ultramar, ha desaparecido, puesto que el 75 por 100 de los territoriales han sido trasladados a petición propia al Ejército regular.

Por otra parte, el reclutamiento se ha extendido a regiones y aun a castas en las que, en tiempos de Kipling, se hubiera considerado como herejía el proporcionar soldados.

Un inglés muy clarividente (aun existen o existían algunos), Grant Duff, escribía a fines del siglo pasado: "No oigo jamás hablar de un barco que navega a través de la bruma, en los bancos de Terranova, en medio de montañas de hielo, sin que ello me haga pensar en nuestro dominio sobre la India."

Los ingleses han olvidado durante mucho tiempo esta sabia advertencia.

Ahora es necesario operar al enfermo en caliente, en plena crisis. Es necesario poner de acuerdo a musulmanes e indios: una tarea que recuerda la cuadratura del círculo. Es necesario decidir a los indios, más numerosos, a disminuir sus exigencias, a contentarse con los ofrecimientos británicos, que les hubieran satisfecho cuando Inglaterra era o parecía ser fuerte; pero que se exponen a revelarse insuficientes ahora que ella exhibe públicamente su debilidad.

Los ingleses, que cuentan siempre con los demás para que les saquen del pozo en que se han dejado caer, acaban de llamar en su auxilio a Chang-Kai-Chek, el Jefe nacionalista chino, para predicar la concordia a los pueblos de la India y levantarlos contra los japoneses. A tal fin ha permanecido bastante tiempo en el país, donde ha sido objeto, por parte de las autoridades británicas, de una entusiasta acogida; ha celebrado reuniones, publicado manifiestos. Su mujer, su asociada política, ha redactado también un apresurado llamamiento.

¿Qué resultados efectivos puede dar todo esto?

En resumidas cuentas los ingleses, como es su costumbre, piden a los indios sin hablar de los chinos, que combatan en lugar de ellos. Pero los indios no parecen experimentar un deseo muy violento de hacerlo. Si a ellos les gustase combatir, Inglaterra, con apenas 100.000 soldados blancos, no ocuparía tan fácilmente, desde hace casi un siglo, un territorio de 400 millones de habitantes.

(Raymond Recouly, "Gringoire",
27 de marzo de 1942.)

Signo de los tiempos. Es en los servicios (Automóviles, T. S. H., Intendencia, Ingenieros, etc.) en donde existe mayor aflujo y aun plétora de reenganchados. Durante la Gran Guerra, sólo el 2 por 100 de los soldados indios estaban clasificados como "técnicos"; hoy lo están en un 20 por 100.

Otro rasgo capital: la "indianización" del Ejército. El núcleo de raza blanca se ha reducido cada vez más, y en particular la indianización de los cuadros prosigue a un ritmo acelerado.

Tres escuelas militares proporcionan 2.000 Oficiales por año al Ejército indio, y funcionan desde 1939; es decir, desde hace tres años.

Ahora bien: las nuevas Unidades requieren un encuadramiento de 15.000 Oficiales. Cabe, por tanto, preguntar si, a falta de esos cuadros, el Ejército de la India es más que una simple improvisación.

Y, además, ¿hasta dónde llega su instrucción?, ¿cuál es el valor de su material?, ¿cuál es, sobre todo, su grado de lealtad?

(Coronel de Lapomardé, "Candide",
27 de marzo de 1942.)

El combate de noche.

I.—IMPORTANCIA

En caso de un conflicto, la superioridad aérea de un adversario posible, aunque reducida en eficacia por los obstáculos naturales que nuestro país ofrece a la acción de la Aviación, sería tal que restringiría considerablemente nuestras posibilidades de desplazamiento durante el día. Ello nos obligaría, pues, a efectuar durante la noche los desplazamientos de cierta importancia. Por otra parte, es obvio que carecemos de elementos blindados suficientes para poder conservar normalmente la iniciativa de las operaciones en pleno día en terreno descubierto. Ahí también la superioridad técnica del adversario limitaría nuestros movimientos.

Solamente tendríamos nosotros una ventaja indiscutible: el conocimiento de nuestro propio terreno. Pero en el supuesto de que el adversario esté mejor armado y que tenga una gran experiencia de la guerra, aquel conocimiento no podría redundar en verdadera superioridad, sino durante la noche. En efecto: de noche, ni los mejores planos, ni los informes más precisos, ni aun el armamento más perfeccionado, pueden reemplazar el conocimiento casi instintivo del terreno que da la costumbre. Esto es una verdad tan evidente, que no se le concede toda la importancia que merece.

Un conocimiento profundo de la práctica del combate de noche resulta, pues, indispensable. Nos dará la posibilidad de desplazarnos de noche con un mínimo de pérdidas. Nos permitirá dificultar el avituallamiento adverso, interrumpir sus comunicaciones, reconquistar los elementos defensivos de los que el enemigo se haya apoderado, aniquilar los elementos enemigos — especialmente los blindados — que hubiesen conseguido penetrar en nuestro dispositivo de defensa durante el día, efectuar destrucciones, etc. Nos permitirá actuar sobre la moral adversa, aunque no se alcancen de momento resultados inmediatos. Nada resulta, en efecto, más desmoralizador para una tropa agotada por una jornada de combate, que el sentirse constantemente molestanda en su reposo.

Una opinión alemana acerca de las posibilidades de un ataque de noche, en un caso concreto: "Mientras tanto, la oscuridad se ha hecho casi total, y no resulta fácil tomar el dispositivo de seguridad que ha sido prescrito, con el fin de que constituya una verdadera garantía para los camaradas que duermen tras de nosotros.

Si los franceses, contraatacando bruscamente con la energía de la desesperación, consiguiesen perforar o romper nuestras líneas, todos los éxitos de la víspera y todos los sacrificios hubieran resultado vanos. Nosotros hemos formado, pues, un "erizo" con los carros en la carretera, y el pequeño resto del destacamento ha podido dedicarse al descanso." — ("Jungenfeld", *So kämpfen, Panzer*, p. 147 ff; Bélgica, 1940.)

II.—CARACTERÍSTICAS

En las cuestiones de orden militar, como en las demás, es peligroso establecer reglas generales. No hay más que casos particulares. Sin embargo, se puede afirmar que la noche hace difícil y muy costosa toda acción ofensiva de gran envergadura, sobre todo cuando el asaltante no conoce el terreno y el defensor ha tenido tiempo de organizarse, como ocurre en nuestro caso.

La noche priva al atacante de dos de sus recursos más preciosos. Por una parte, hace casi imposible el empleo de los carros de combate, a los que ciega; por otra, hace muy difícil la intervención de la "Artilería aérea" (Aviación de asalto y de bombardeo en picado), que da al ata-

que moderno toda su potencia. En cuanto a la Artilería propiamente dicha, no puede ser empleada más que mediante tiros preparados, ya que la mala visibilidad hace azarosa toda corrección de noche. Los tiros sobre zona resultan posibles, lo mismo que los bombardeos de la Aviación, que emplea cohetes luminosos o bombas incendiarias, según los casos, para iluminar el blanco. Sin embargo, la ayuda a la Infantería no es apenas realizable, a menos que dicha Infantería se encuentre próxima a un objetivo visible fácilmente desde el aire y que pueda servir de punto de referencia.

La Infantería ataca, pues, sin otra protección que la de sus propias armas, las cuales (cañones de Infantería y lanzaminas) sólo pueden serle de utilidad a las distancias cortas. Su avance se complica por el hecho de que el enlace visual — esencial para la coordinación de esfuerzos — no resulta posible. La Infantería ataca, pues, en igualdad de armamento a un adversario que tiene la ventaja de conocer el terreno y de haber podido organizar su defensa. Y sufre, además, la desventaja de verse obligada a desplazarse. Durante la noche, el oído reemplaza a la vista: es necesario "ver con los oídos", lo cual redundará en ventaja del defensor, que permanece inmóvil y escucha.

Veamos cómo se presentan las cosas para el defensor. La noche reduce considerablemente las posibilidades de empleo de las armas de trayectoria rasante, las cuales, por definición, no pueden tirar sino sobre lo que sus sirvientes vean, y pierden así una gran parte de su utilidad. Para la Infantería, las armas que conservan todo su valor son las armas blancas, los lanzallamas y la granada. Esta última, con su radio de eficacia relativamente grande, proporciona el medio de poner fuera de combate al adversario, aun si solamente se le oye, sin haberle visto. Tiene, además, sobre el fusil y el lanzallamas la ventaja de no revelar el emplazamiento de quien la utiliza. La noche transforma el terreno cubriéndolo con un velo de sombra que aumenta mucho las posibilidades de progresión de la Infantería y facilita la sorpresa, con la condición de que tal progresión sea silenciosa, lo que, evidentemente, no se puede conseguir sino en las pequeñas Unidades.

La noche disminuye el valor de los obstáculos artificiales, que pueden ser cortados, desmontados o destruidos, si no son guardados de cerca.

La oscuridad tiene un efecto psicológico importante: Al aislarle de sus vecinos, relega a cada hombre sobre sí mismo, dándole una sensación de soledad que estimula su imaginación y se le hace difícilmente soportable, aun a sabiendas de que tiene un camarada a menos de diez metros. De ello se resiente particularmente si se halla inactivo, como ocurre en el caso de la defensiva. Recordemos esos tiroteos que se organizan durante la noche cuando un centinela excesivamente nervioso toma a una vaca o una sombra cualquiera por el enemigo.

Todo esto tiende a disminuir la impermeabilidad de los dispositivos de defensa. Para detener al enemigo en un lugar determinado, son necesarios mayores efectivos que durante el día. En lugar de batir el terreno con trayectorias, se le debe defender con hombres, lo que no es siempre posible, si conviene que la tropa repose. Esto obliga a no ocupar más que los puntos importantes, dejando el resto confiado a la vigilancia de las patrullas.

Por otra parte, la noche se presta a la confusión, al hacer difícil distinguir el amigo del enemigo. Ello da a pequeñas Unidades de gran cohesión (a fin de eliminar el riesgo de tales confusiones) la posibilidad de silviantar a un número infinitamente superior de adversarios. (Recuérdense las experiencias de la guerra de Finlandia,

en la que pequeñas patrullas finlandesas del efectivo de un grupo se aprovecharon de su superior movilidad y de su conocimiento del terreno para poner en apuro a compañías enteras de rusos.) Pero si los atacantes no consiguen permanecer juntos y si, en la confusión, el combate degenera en lucha cuerpo a cuerpo, llega a tomar un carácter particularmente sangriento para los dos partidos.

En resumen: si la noche no se presta a operar en grandes masas, ni para los atacantes ni para los defensores, ella crea las condiciones ideales para la operación ofensiva sobre un objetivo limitado con medios limitados, de la cual resulta típico el clásico golpe de mano. El combate de noche representa, pues, tal vez, la única posibilidad de conservar la iniciativa frente a recursos técnicos superiores del adversario, cuyo empleo nos pusiera de día en día en evidente inferioridad.

III.—GENERALIDADES

El combate de noche no se improvisa. Debe no solamente ser aprendido, sino hasta ejercitado constantemente, dado que sus características exigen un entrenamiento a fondo. Cabe decir que la oscuridad es una arma de dos filos, que, como el terreno, aprovecha a aquel que se sabe servir mejor de ella, y se convierte en desventaja para el que a ella no se haya acostumbrado. Es evidente que todos los hombres no se hallan dotados igualmente para este trabajo, y que aquí, como para el combate a corta distancia, será necesario crear especialistas en golpes de mano, etc. Pero es indispensable que todos conozcan el combate de noche y se habitúen a él.

No basta, pues, con hacer un ejercicio de noche en cada período de instrucción, como una especie de traca final, tal como se practicaba en los cursos de repetición. Debería haber, por lo menos, un ejercicio de aplicación por semana, aparte de los ejercicios normales de entrenamiento.

Para ser verdaderamente completo, el entrenamiento para el combate de noche debería hacerse en dos formas:

1.º La preparación para el combate de noche propiamente dicha, que pudiera denominarse estudio de la técnica del combate de noche.

2.º El estudio profundizado durante la noche de las posibilidades del sector en que se esté destinado a combatir, y esto en los dos sentidos (tanto para el ataque como para la defensa).

IV.—TÉCNICA DEL COMBATE DE NOCHE

EJERCICIOS PRELIMINARES. — Proceder primeramente por demostraciones, tomando como sujeto uno de los hombres, después de pasar a poner en práctica la enseñanza que se haya sacado de esta demostración.

1. Ejercicios encaminados a enseñar al hombre a desplazarse silenciosamente.

Demostración del ruido que hacen diferentes efectos del equipo y del armamento durante la marcha (cuchillo-bayoneta, cargadores en las cartucheras, ruido de los zapatos claveteados sobre piedra, sobre madera seca, en las hojas); después, los medios que permitan eliminarlos (sujeción del cuchillo-bayoneta mediante presillas o el pañuelo, empleo de calzado especial o de "trucos" para eliminar el ruido de los clavos, cubrirlos con calcetines viejos o pedazos de tela, etc.). Demostración de la manera de marchar de noche: elección del terreno (evitar el detenerse en lugares en que la silueta pueda destacarse netamente contra el cielo u otra zona clara, evitar las crestas).

A la inmediatez del enemigo: aprender a desplazarse irregularmente, con largas detenciones para escuchar.

2. Ejercicios para enseñar al hombre a "ver con los oídos".

Determinar la dirección de donde viene un sonido. Saber estimar la distancia de donde viene un sonido.

3. Ejercicios encaminados a dar al hombre ciertos conocimientos especiales.

a) Ejercicio de orientación durante la noche, trabajo con brújula.

b) Estudio de las posibilidades de enlace: Por la vista, por el oído, por medios especiales: Lámparas de muy estrecho haz luminoso, lámpara eléctrica con reflector recubierto de un cartón perforado con un alfiler. Lámparas azules o verdes, pastillas fosforescentes por el dorso. Por coordinación en el tiempo (horario).

c) Empleo de la granada de noche: poner al enemigo fuera de combate silenciosamente; estudio de las capturas y medios más apropiados; cortar sin ruido un obstáculo de alambre espinoso; buscar de noche un hilo telefónico.

Manera de cortar sin ruido las alambradas. — Henos aquí ante el primer obstáculo. Comienza un trabajo difícil. Uno de nosotros rodea cada alambre con un pedazo de lienzo antes de aplicarle la pinza. Los otros aflojan el alambre antes de comenzar a seccionarlo lentamente. Es necesario retener los dos extremos del hilo, una vez que quede cortado, y arrollarlos hacia atrás con precaución. Es necesario evitar a toda costa que se aflojen bruscamente, lo que haría ruido. *Todo esto debe haber sido estudiado a fondo previamente.* (Coronel Rommel, *Infanterie greift an*, p. 114; Guerra 14-18.)

4. Importancia de la instrucción en el combate próximo.

El combate de noche es un combate de Infantería contra Infantería, y termina con una lucha cuerpo a cuerpo. En el combate próximo, a valor y vigor iguales, será la tropa mejor instruida en este género de combate la que venza. Por ello es absolutamente indispensable que la tropa reciba una instrucción particularmente completa en este género de combate.

V.—EJERCICIOS DE APLICACION

Pueden ser practicados al mismo tiempo que los ejercicios preliminares, combinando, por ejemplo, la progresión silenciosa con los ejercicios de identificación de ruidos; con un poco de imaginación es posible el variarlos indefinidamente. Mediante la elección de terrenos, cada vez más difíciles, pueden hacerse de más en más interesantes. He aquí algunos ejemplos:

a) Franquear una zona limitada a derecha e izquierda y guardada por uno o varios centinelas: 1, aisladamente; 2, por pequeños grupos (equipos).

b) Aproximarse a un centinela y ponerle fuera de combate sin atraer la atención del enemigo.

c) Sabiendo dónde se encuentra el enemigo, efectuar el reconocimiento del sitio en donde está sin ser uno mismo advertido, y dar el parte correspondiente.

d) Sabiendo la zona en que se encuentra el enemigo, pero no el sitio exacto, descubrir éste.

e) Golpes de mano (operación típica que la tropa debe conocer en todos sus aspectos): sobre un puesto de guardia, sobre una posición enemiga en forma de "erizo", sobre un elemento de la defensa adversa, sobre un P. C. en el interior de las líneas enemigas, para efectuar una destrucción, sobre una tropa que se desplaza de noche por un camino.

VI.—PREPARACION DE LOS CUADROS PARA LA MANIOBRA DE NOCHE

La conducción de la tropa durante la noche plantea numerosos problemas, suscitados por la necesidad del

silencio y la dificultad de mantener el enlace por la vista, aun con medios artificiales. Tales problemas se hacen tanto más arduos merced al efecto psicológico de aislamiento que produce la oscuridad, y hacen recaer una mayor responsabilidad sobre el jefe.

Por ello es necesario instruir especialmente a los cuadros para este cometido. La instrucción recaerá sobre la orientación y sobre la transmisión de órdenes, teniendo en cuenta las condiciones particulares creadas por la oscuridad. Tal instrucción se esforzará — al obligar a los cuadros a hacer frente rápidamente a cambios de situación imprevistos — en aumentar su facultad de adaptación y su rapidez de reacción, cualidades que el combate de noche exige en alto grado.

VII.—ESTUDIO DEL SECTOR DEFENSIVO EN QUE SE ESTÉ DESTINADO A COMBATIR

M. De la Palisse diría: "Para conocer el valor de un sistema de defensa propio, no hay mejor método que el atacarlo."

Pero resulta a veces difícil al Oficial que ha establecido las defensas el desembarazarse de la apreciación de la situación que ha servido de base para su plan de fuegos. Se arriesga a "atacar en plan de defensor", si se le permite la paradoja. Más vale, pues, que la exploración de

un tal sector durante la noche se encomiende a otros. Dicha exploración, por ejemplo, podría tomar la forma de un ejercicio de doble acción. El destacamento encargado de la defensa se dividiría en un cierto número de patrullas, y todas las posibilidades de ataque serían ensayadas por ella una tras otra. Sería necesario hacer pasar por turno a cada grupo del papel del ataque al de la defensa, con el fin de que aprendieran a actuar en los dos sentidos. En seguida, para comprobar la exactitud de las enseñanzas sacadas de estas experiencias, convendría hacer atacar el sector por otra cualquiera Unidad: la del sector vecino, por ejemplo.

Objetivo a alcanzar: que tanto la tropa como los cuadros conozcan a fondo los recursos del sector.

Es claro que sería necesario estudiar también las posibilidades de contraataques destinados a liberar un punto que sufriera fuerte presión o para reconquistar un elemento de defensa ocupado por el enemigo, operación que pudiera ser menos costosa de noche que de día, si se la conduce bien.

Aparte de su valor táctico, tal preparación tiene también un valor moral considerable, ya que aumenta la confianza de la tropa en sí misma y en el terreno que ha aprendido a conocer.

(Teniente C. van Muyden, "Revue Militaire Suisse", Febrero de 1942.)

Las pinturas luminosas y sus aplicaciones militares.

Para distinguir un objeto en la oscuridad se hace necesario que su claridad superficial, bien sea debido a su propia iluminación o a la luz reflejada, sea superior al grado de oscuridad circundante, sin que, por el contrario, dependa de su grado absoluto de intensidad de iluminación o claridad. Esto dicho bajo una manera abstracta, vamos a procurar aclararlo con un ejemplo: la débil claridad o iluminación que posee un gusano de luz permite distinguirlo en la relativa oscuridad de un matorral (durante la noche), a algunos metros de distancia, mientras la luz de una lámpara de bolsillo, bastante más potente, suele apenas distinguirse a la claridad del sol y a la misma distancia. Lo mismo sucede con las placas fosforescentes empleadas para prevenir a los automovilistas o indicar los nombres de las calles mal iluminadas de las poblaciones. Estas consideraciones nos conducen a los fundamentos de una nueva técnica de la iluminación.

Puesto que las diversas sustancias luminiscentes se confunden tan frecuentemente unas con otras, llegando incluso a no diferenciarse claramente, vamos a tratar de delimitarlas o clasificarlas en los grupos siguientes:

Sustancias luminosas radiactivas. — Son una mezcla de las sustancias radiactivas de la serie o familia del uranio, radio y torio, con ciertas materias, tales como el sulfato de cinc, que bajo el bombardeo de las radiaciones de partículas alfa se hacen de apariencia luminosa. Si bien las cantidades en que intervienen las sustancias radiactivas son de orden ínfimo, hacen su empleo casi prohibitivo, quedando casi restringido a la impregnación de las manecillas y signos horarios de los relojes e instrumentos de medida. Estos compuestos suelen conservar su poder luminiscente durante muchos años, pudiendo regenerarse exponiéndolos a nuevas radiaciones.

Sustancias fosforescentes. — Constituidas por sustancias "portadoras de luz" o "colectoras de luz" que absorben la luz (de un modo análogo a como una esponja se embebe de agua), emitiéndola después gradualmente, llegando a oscurecerse completamente al cabo de mayor o menor tiempo; a este grupo pertenecen las materias con que se recubren las placas anunciadoras mencionadas anteriormente. Estas sustancias, por lo demás, no tienen nada que ver con el elemento fósforo; más bien se trata

de residuos de la calcinación de los sulfatos de los metales alcalinotérreos (calcio, bario, estroncio) o de cinc, con vestigios de otras sales, que actúan como excitadores de los focos luminosos. Los inconvenientes de su empleo consisten en la rápida extinción de su potencia luminosa en el transcurso de algunos minutos o, a lo más, de horas.

Sustancias fluorescentes. — Las sustancias de este tercer grupo ni almacenan ni producen luz, transformando las radiaciones que reciben, en otras con características diferentes. Por ejemplo: si estas sustancias son irradiadas con los invisibles rayos ultravioletas, emiten a su vez las radiaciones visibles del espectro luminoso en los tonos amarillos, verdes o azules. Claro que esta fluorescencia se mantiene únicamente durante el tiempo en que son irradiadas por la lámpara de cuarzo. Los químicos conocen desde tiempo inmemorial una serie de sustancias, tanto orgánicas como inorgánicas, que poseen la propiedad de fluorescencia. La sociedad alemana IG-Farbenindustrie A. G. fabrica (sustancias sintéticas derivadas del alquitrán) y expende al mercado una serie de productos fluorescentes de gran capacidad y estabilidad, y aun colores luminosos aptos para ser empleados de manera inmediata como pintura.

Estos colores fluorescentes, en combinación con un manantial de rayos ultravioleta, constituyen el medio ideal de iluminación en la oscuridad, siendo numerosas sus aplicaciones militares. Con ellos se evitan los inconvenientes de los métodos habituales de iluminación por medio de bombillas con capas filtrantes o pintadas de azul, que al inutilizarse dichas capas denunciarían su presencia con la emisión de luz clara. Utilizando dichos colores fluorescentes se puede también regular la intensidad de la emisión de luz, pues ésta depende no sólo de la calidad del color, sino de la intensidad del manantial ultravioleta y de la distancia a que está colocado. Prácticamente se puede elegir la claridad (de una superficie pintada con tales colores) de manera que pueda distinguirse perfectamente desde unos cien metros de distancia, sin que, por el contrario, pueda distinguirse desde las distancias corrientes a que suele volar la Aviación enemiga. Según esto, será en las alarmas aéreas o en el "Black-out" de las poblaciones donde pueden encontrar una gran apli-

cación, pintando y señalando los signos reguladores del tráfico y todos aquellos que se crea convenientes, iluminándolos después artificialmente con un solo manantial de rayos ultravioleta. Con estas pinturas se puede pintar toda clase de objetos, incluso las armas utilizadas en el frente, facilitando así el empleo de los mismos en la oscuridad sin ser descubierto por el enemigo.

Cuando se trate de irradiar una gran superficie de sustancias fluorescentes, se suele emplear un potente manantial, tal como la lámpara de vapor de mercurio; pero

cuando las superficies sean pequeñas, se emplearán manantiales más modestos. Las mismas bombillas de incandescencia, que también emiten estas radiaciones oscuras, cubiertas con un filtro, para las radiaciones visibles y cristal de cuarzo, pueden servir de manantiales de rayos ultravioleta, y, si es preciso, las lámparas de bolsillo podrán emplearse también para estos menesteres.

(Doctor A. Stager, "Militärwissenschaftliche Mitteilungen", mayo de 1940.)

La campaña de Francia en 1940, vista por la crítica francesa.

Aunque la mayor parte de la literatura francesa aparecida después del armisticio está inspirada por el espíritu polémico de sus autores, no por ello deja de ofrecer cierto interés el hacer un estudio más o menos objetivo de la misma.

El juicio más difundido, que encuentra el fundamento de la derrota en la considerable superioridad numérica de las tropas alemanas, no está muy justificado; dado que entonces los alemanes tenían enfrente un ejército compuesto de 90 Divisiones francesas y 10 inglesas, además de las tropas polacas incorporadas a las citadas, conjuntamente con la totalidad de los Ejércitos belga y holandés.

Otros autores, entre ellos el General Weygand, la atribuyen a la escasez de material y a la falta de una doctrina, no faltando tampoco quien ve en las derrotas del Maas y de Dunkerque el principio del fin de la catástrofe.

Los franceses estiman la masa de su Ejército en el frente en 1.000.000 de hombres. Pero el mismo Pétain cifra éste en 2.780.000; es decir, unos 500.000 menos que en mayo de 1917; en cuya ocasión se disponía, además, de 8 Divisiones inglesas y 58 italianas. En el año 1939 se disponía de 6.000.000 de hombres, de los cuales más de 1.000.000 se encontraban en las colonias, y del resto había que descontar los que estaban en segunda línea y los ocupados en la industria de guerra. Los datos sobre los efectivos de las fuerzas blindadas oscilaban entre 2.000 y 3.500 tanques (Bidou da, para el comienzo de las hostilidades, la cifra de 1.600). El E. M. francés afirma que solamente disponía de 420 aviones de caza y 100 de bombardeo. Según otros datos, las cifras anteriores se transforman en 710 y 596, respectivamente, y entre los cuales parece que se incluyen los ingleses, de los cuales el mencionado E. M. sólo cuenta 64. Probablemente, en estas cifras solamente están incluidos aquellos aviones de construcción moderna. Dada la tendencia manifiesta en hacer resaltar su inferioridad numérica, indudablemente que estos datos son artificiosos. En el mes que transcurrió desde el 10 de mayo al 10 de junio de 1940, fueron abatidos de una manera evidente 306 aviones franceses y 229 destruidos en los aeródromos. El personal de Aviación puede calcularse en 2.000 individuos, de los cuales no menos de 678 fueron heridos, y entre ellos, 280 oficiales.

Respecto a la Artillería, el cañón de 75 milímetros francés fué manifiestamente inferior al obús de campaña, sobre todo en alcance. La Artillería pesada era buena, pero inferior numéricamente. En Artillería antitanque, cada División francesa debía contar con 50 piezas de 25 milímetros; pero la realidad era que contaba solamente con dos tercios de lo previsto. Tres Divisiones de Reserva no poseían ningún cañón antitanque, que, por lo demás, eran completamente ineficaces contra los tanques alemanes. Los cañones de 45 milímetros solamente existían en muy pocas Divisiones.

Especialmente importante fué la falta de preparación y organización militar de las fuerzas francesas, así como la influencia decisiva que tuvo la autodeterminación de las tropas inglesas en su famosa retirada de la noche del

25 al 26 de mayo. El ataque a través de Bélgica y Holanda se verificó de una manera imprevista, a lo que hay que añadir lo incompleto de la prolongación de la línea Maginot desde Sedán hasta el mar. Por otra parte, también fallaron las conjeturas sobre la táctica alemana, creyendo que subsistiría la concepción estática que predominó durante la pasada Guerra Mundial.

Conjuntamente con las erróneas medidas adoptadas por el Mando francés, contribuyó también en la derrota la desmoralización del pueblo y dirigentes, pues, evidentemente, el pueblo francés cuenta con numerosos antecedentes históricos, desde Juana de Arco, continuando con la campaña de Napoleón sobre Italia y terminando con Gambetta, que nos prueban lo contrario. La fortaleza de Verdun se mantuvo invicta, porque el pueblo francés, como un solo hombre, se mantuvo unida detrás del Mariscal Pétain.

Aunque los franceses critican duramente la constitución moral de su Ejército, no obstante, se esfuerzan por demostrar que el soldado francés, por lo general, luchó de una manera heroica; así, vemos relatos a este respecto que se extienden desde la simple Sección de una Compañía hasta la más numerosa División. Algunos relatos llegan hasta cifrar las pérdidas francesas en 80.000 muertos y 120.000 heridos, entre los cuales cayeron 9 Generales y 130 fueron hechos prisioneros. El 65 por 100 de los Oficiales en activo fueron bajas por una u otra causa. Siempre se ha hecho resaltar el gran espíritu combativo y la caballerosidad del soldado alemán. Respecto a la táctica de Weygand de suplir la falta de medios para organizar una fuerte línea continua de defensa por una disposición elástica de nidos de resistencia, distribuidos a la manera de un tablero de ajedrez, también falló; pues si bien algunos de éstos se mantuvieron aun después de ser rebasados por las Divisiones blindadas, el agotamiento de los medios de defensa y la imposibilidad del contraataque de las tropas de refuerzo hicieron estéril el esfuerzo.

Algunos autores hacen resaltar la subsistencia en algunos de los Jefes franceses del espíritu de Gambetta; así, vemos cómo el General Orly, Comandante de un sector del frente de los Alpes, trata de improvisar un Ejército para impedir la progresión de los alemanes, que avanzan por su retaguardia hacia Chambery y Grenoble.

Por último, los reproches dirigidos por Reinaud contra el General Corap, que mandaba el 9.º Ejército, que guarnecía el frente del Maas, son injustificados, pues no solamente este sector era el más débil en fortificación (ya que las obras empezaron a construirse en el año 1939, y a principios de mayo del 1940 todavía no estaban terminadas), sino que también, y debido a las dificultades de sus zonas de acceso, se había descuidado su defensa, llegando a carecer de aviones y tanques, y estando constituidas sus Unidades por tropas de reserva. Por otra parte, los contraataques fracasaron, y se vió envuelto además por su flanco derecho.

(Coronel Aschenbrandt, "Militär-Wochenblatt". Traducción P. S. E.)